
HARLEQUIN
Jazmin
JEFE POR CONTRATO
TERESA CARPENTER

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Jefe por contrato, n.º 2602 - septiembre 2016
Título original: Her Boss by Arrangement
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8659-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

–APARCAMIENTO. Código azul –Tori Randall oyó por el pinganillo la petición de asistencia del aparcacoches. Para un evento como aquel solían contar con tres, pero uno de los habituales estaba de baja por enfermedad. También faltaba un cocinero. La gripe estaba causando estragos.

–Voy –respondió. Y cruzó la mirada con su hermana gemela, que estaba en la puerta de acceso a la terraza. Lauren inclinó la cabeza levemente, indicando que lo había oído.

–¿Notas la química que hay entre esos dos? –Tori señaló al coordinador de especialistas y a la ayudante de producción, que charlaban en una esquina–. Yo diría que están despertando al amor.

Lauren miró a la pareja y Tori supo que también ella percibía que estaban hechos el uno para el otro. Era un talento que compartían.

–Nada de jugar a casamentera –le advirtió Lauren–. Quedamos en centrarnos en el trabajo.

–Nosotras no hacemos de casamenteras –protestó Tori–. Solo presentamos a gente que puede formar una buena pareja. Y estos no nos necesitan.

–Se ve que no.

–El buffet se ha renovado y vuelven a circular los aperitivos –notificó Tori a Lauren. Era su primera gran fiesta para uno de los grandes directores de cine de Hollywood, Ray Donovan. Y todo debía salir a la perfección–. Los postres saldrán en media hora. Voy a tomar un poco el aire.

–Estate atenta a la llegada de Garrett Black –dijo Lauren.

–¿Todavía confías en que venga? Yo que tú me daría por vencida.

El nuevo dueño de los estudios Obsidian era el hombre del momento. Todo el mundo quería tenerlo de invitado, pero él se mostraba esquivo. Tenía fama de insociable.

La empresa de Tori y Lauren, By Arrangement, había conseguido

un codiciado contrato con Obsidian para organizar las fiestas del festival de Hollywood Hills, y Lauren confiaba en tener la oportunidad de conocer al gran jefe personalmente.

–Todavía es pronto. Mi fuente dice que va a venir. Donovan y él son muy amigos.

–Está bien. Mantendré los ojos abiertos –dijo Tori.

Aunque las fuentes de Lauren solían ser certeras, dudaba que en aquella ocasión lo fueran. Tras sufrir un accidente en el que su padre había muerto y tras el que se había convertido en el dueño de uno de los cinco principales estudios de Hollywood, Garrett había dirigido el negocio desde su casa de Santa Bárbara. Hasta hacía un mes cuando, según los rumores, aparecía a diario en las oficinas.

Tori salió al exterior y respiró el aire salado de Malibú. En el acceso estaban aparcados coches de alta gama y todo parecía en calma. Bajó las escaleras hacia el puesto de aparcacoches.

–¿Qué pasa, Matt? –se frotó los brazos desnudos. La brisa marina era deliciosa, pero algo fresca a principios de noviembre.

–Lo siento, jefa. Necesito ir al servicio y John está llevando un coche hasta la iglesia –el camino de acceso y el garaje podían acoger un gran número de coches, pero los que no cabían debían conducirse hasta el aparcamiento de una iglesia, bajando la colina.

Matt había estado enfermo la semana anterior y estaba un poco pálido.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, pero necesito descansar un momento.

Tori asintió.

–Tranquilo. Yo te cubro –dijo, temblando de frío.

–Gracias. Esto está muy tranquilo, así que puede que no tengas que atender a nadie –Matt se quitó la chaqueta y se la pasó–. Toma. No tardaré –añadió, y corrió hacia la entrada de servicio.

Tori se puso la chaqueta, que no le quedaba excesivamente grande porque Matt era más bien menudo. Se cruzó de brazos y se balanceó sobre sus tacones de ocho centímetros, pensando que en el futuro dejaría que los aparcacoches tuvieran taburetes. Habría dado cualquier cosa por sentarse unos minutos.

Asegurándose de que estaba sola, se quitó los zapatos. Lauren insistía en que usaran aquellos instrumentos de tortura en las fiestas, pero eso era porque ella era capaz de llevar tacones durante

horas sin que le molestaran.

Tori flexionó los dedos. Le encantaba estar descalza y sentir el frío suelo bajo los pies.

El ruido de un poderoso motor atravesó la noche y un Maserati Spider apareció en el camino de acceso. En cuanto se detuvo ante la puerta, Tori se olvidó de los zapatos y tuvo que asirse las manos para no frotárselas ante la tentadora perspectiva de conducir aquella belleza.

–Gracias, señor –estaba tan concentrada en el coche que no se fijó en el conductor hasta que este rehusó darle las llaves. Al alzar la mirada se encontró con unos ojos gris pálido que la miraban con enfado.

Aunque le resultó familiar, Tori no fue capaz de ponerle nombre. Llevaba un traje negro que le quedaba grande y no parecía de humor para asistir a una fiesta. Apretaba los dientes y tenía las facciones en tensión.

De lo que estaba segura era de que no era un don nadie, o no conduciría ese coche. Era bastante más alto que ella, lo que le recordó que se había quitado los zapatos; pero aun con ellos, que la elevaban a un metro setenta y cinco, la habría superado por mucho.

Tori le dedicó una espléndida sonrisa confiando en que no notara que estaba descalza y tiró de las llaves.

–Cuidaré de su vehículo, señor.

Él la inspeccionó de arriba abajo.

–¿Qué coche conduce? –preguntó con voz áspera.

–Un Mustang 500GT.

–Vaya –dijo él, sin soltar las llaves–. ¿No hay un aparcacoches masculino?

–Está en el servicio –le informó Tori, pasando por alto la descortesía.

–Sé amable –le advirtió Lauren en el oído.

El hombre apretó los labios en un rictus.

–Apárquelo cerca –ordenó como si adivinara que, por el placer de conducirlo, Tori lo habría llevado hasta el aparcamiento más alejado–. No tardaré en irme.

Dejó las llaves en la palma de la mano de Tori y esta tuvo que reprimir el impulso de saltar de alegría.

–Señorita –Tori miró hacia el hombre. Estaba a mitad de la

escalera, con sus zapatos en la mano–, preferiría que llevara esto puesto.

–Por supuesto –Tori subió los peldaños precipitadamente, tomó los zapatos, los dejó en el suelo y desconecto el pinganillo–. Gracias. Si no le importa, preferiría que esto quedara entre nosotros.

–¿Teme perder su trabajo? –dijo él con un sarcasmo que indicaba lo poco que le importaba. A aquella distancia, dejó a Tori sin aliento. Tenía unas facciones perfectas, con una mandíbula firme y una frente despejada. Era extremadamente masculino y más bello que guapo.

–Algo peor: un sermón –Tori perdió el equilibrio. Al ver que el hombre le ofrecía su brazo como apoyo, lo aceptó con una mirada de agradecimiento que él recibió impertérrito.

Los músculos que sintió bajo la mano despertaron en ella una automática respuesta femenina que la irritó. Se negaba a sentirse atraída por un cretino. Y en cuanto se puso los zapatos, le soltó el brazo. Echándose hacia atrás la coleta rubia, encendió el pinganillo.

–Disfrute de la fiesta, señor –le dedicó una nueva sonrisa y fue hacia el coche a la vez que estiraba la chaqueta de Matt.

En el coche, ajustó el asiento. Olía deliciosamente a cuero, aceite de linaza y a una colonia ácida que debía de pertenecer a Don Grosero. Arrancó el motor y este rugió como un león. Se mordió los labios y, reprimiendo el impulso de llevarlo finalmente hasta la iglesia, lo aparcó en un hueco vacío en el garaje como si con ello cumpliera una penitencia por haberse descalzado.

Cuando llegó a la entrada, Matt y John estaban en su puesto. Tori le dio a Matt la chaqueta y las llaves del Maserati, indicándole dónde lo había aparcado, y entró.

Lauren la estaba esperando.

–Te has desconectado. ¿Qué ha pasado?

–¿De verdad? –Tori dio un golpecito en el pinganillo–. Habrá sido una interferencia –miró a su alrededor, pero no vio al taciturno invitado–. ¿Has visto entrar a un tipo alto con un traje holgado?

–No. No deberías mentir, Tori, se te da fatal –Lauren la observó entornando sus ojos de color miel, idénticos a los de ella–. Dime que no te has quitado los zapatos.

–No me he quitado los zapatos.

Lauren puso los brazos en jarras.

–Ya hemos hablado de este tema.

–Y seguiremos hablando de ello si me haces usar estos tacones.

–Es poco profesional.

–Estaba sola.

–Con el hombre del traje grande.

–Que conduce un Maserati –Tori no pudo disimular su entusiasmo–. Lauren, es lo más maravilloso que he conducido. Por unos minutos he perdido la cabeza –admitió.

Lauren la llevó por el pasillo hacia la cocina.

–Supongo que ya le habrás enviado un mensaje a papá.

–Puede que le haya mandado una fotografía.

–Tori, esta es una fiesta importante. No podemos cometer errores.

–Relájate, Lauren –dos camareros pasaron con unos deliciosos dulces–. Ahí van los postres. Ya sabes que en cuanto instale la mesa de los dulces, todo irá de maravilla –confiando en evitarse más reprimendas, Tori se giró hacia la cocina.

–Black conduce un Maserati.

–¿Qué? –preguntó Tori, alarmada.

–Garrett Black conduce un Maserati –repitió Lauren.

–Vaya –balbuceó Tori. En cuanto oyó el nombre supo que era él. Si no lo había reconocido inmediatamente era porque se había cortado el pelo y había adelgazado, lo que explicaba la holgura del traje–. Quizá sea mejor que nos lo presenten en otra ocasión.

–Garrett, qué alegría verte –Ray Donovan se separó de un pequeño grupo que se hallaba cerca de la terraza y fue al encuentro de Garrett. Se estrecharon la mano y Ray tiró de él para darle un fuerte abrazo.

–Me has amenazado con retirar tu próxima película si no venía –comentó Garrett, separándose en cuanto pudo. Prefería mantener una mayor distancia física–. No me has dejado alternativa.

Ray se rio.

–Has hecho bien. Vayamos a por algo de comer –dijo, conduciéndolo hacia una mesa cubierta por distintos platos con bocados de un aspecto delicioso.

–No tengo hambre.

–Tienes que comer. Estás delgado. Prueba esto: es lo mejor que he tomado en mucho tiempo. Las albóndigas envueltas en beicon están deliciosas.

–¿Te extraña que haya adelgazado? Te recuerdo que he tenido una fractura de mandíbula –además de la pierna izquierda y de una clavícula destrozadas. Debido a que un coche había embestido el lateral del suyo. Él había sobrevivido. Su padre, no.

–Has adelgazado un montón –dijo Ray–. Ese traje te está enorme.

Garrett miró hacia abajo.

–¿Y?

–Que ahora eres el director del estudio y que debes presentar tu mejor aspecto. Toma –Ray le pasó un plato con una selección de comida–. Vayamos arriba y me cuentas qué estás haciendo. ¡Mira! –una ayudante pasó con un plato en el que llevaba unos pasteles de chocolate–. Diane, sé un amor y dale ese plato a mi amigo, por favor.

–Claro, señor Donovan –la chica le tendió el plato a Garrett con una sonrisa.

Ray tomó a Garrett del brazo y lo llevó por una escalera de caracol a un altillo desde el que se veía la planta baja. Una pared acristalada proporcionaba durante el día una vista espectacular del mar. En aquel momento se veían parejas bailando en el patio.

Garrett se sentó en un sillón de cuero blanco y dejó el plato en una mesa de cristal negro. Probó uno de los aperitivos y tuvo que admitir que era lo mejor que había comido desde el accidente. Tomó otro.

–¿Qué tal tienes la pierna? –preguntó Ray.

–Mejor. El fisioterapeuta dice que está al noventa por ciento.

–¡Qué bien! –Ray fue hacia el bar–. La última vez que te visité en el hospital iban a ponerte un clavo.

–Varios. Han tenido que reconstruir completamente el muslo y la rodilla –cuatro operaciones lo habían mantenido ingresado intermitentemente durante ocho meses. Solo los dos últimos había empezado a sentir que mejoraba–. Puedes llamarme Robo-director.

–Robo-CEO. Ahora eres el dueño de los estudios.

–Nunca pensé que sucedería –Garrett aceptó un whisky, le dio un sorbo y lo dejó. Iba a conducir y estaba tomando analgésicos. No

estaba dispuesto a correr el menor riesgo–. De hecho, todavía estoy haciéndome a la idea.

–¿De verdad? Solías hablar de lo que harías cuando tomaras las riendas –Ray se sentó en un puf a su lado.

–Hasta que mi padre y yo nos peleamos. Te lo conté.

–Lo recuerdo. Insistió en hacerte director creativo y luego rectificaba todas tus decisiones.

–Le advertí que dejara de hacerlo, pero como no lo conseguí, decidí dimitir. Se vengó despidiéndome del estudio.

–No me lo habías contado.

–La verdad es que no era una noticia que quisiera compartir –como no le había contado a su amigo que la reputación del estudio estaba en declive–. Como te puedes imaginar, pensé que me habría excluido del testamento.

Pero se había equivocado. O quizá su padre no había encontrado el momento de cambiar el testamento en los últimos seis años. Seguía sin saber por qué lo había invitado a cenar el Día de Acción de Gracias. En cualquier caso, Garrett tenía trabajo que hacer si quería que el estudio recuperara su antigua gloria. En el mundo del cine los rumores circulaban a toda velocidad largas distancias, lo que explicaba la pérdida de contratos. No quería que nadie supiera que un declive continuado podía poner en riesgo la continuidad de los estudios Obsidian.

–Eres hijo único –señaló Ray–. Tu familia ha sido dueña del estudio durante noventa años. Está claro que la sangre pudo más que el rencor.

–Puede ser.

Cualquiera que fuera la razón, el caso era que Garrett era el dueño, y que no pensaba fracasar.

Buscando una distracción, giró el sillón para observar a la gente de la planta baja a la vez que alargaba la mano distraídamente hacia otra albóndiga. Al instante, vio la coleta rubia de su irritante aparcacoches. Estaba en la puerta de la sala, hablando con otra mujer.

Se había quitado la chaqueta y llevaba un vestido negro atado al cuello que le llegaba justo por encima de la rodilla. Aunque no se le pegaba al cuerpo, permitía intuir su figura de una manera más sutil que muchos de los llamativos vestidos que lucían las demás

mujeres.

Garrett parpadeó. Frunció el ceño y parpadeó de nuevo. Solo había probado la copa y aun así veía doble. No, había dos de ellas. La segunda llevaba un escote redondo y la coleta recogida en la nuca.

–¿Quién es el dúo dinámico? –preguntó. Ray se giró para ver a quién se refería.

–Ah –dijo. Y sus ojos azules se iluminaron–. Son Lauren y Tori Randall, mis coordinadoras de eventos. Se ocuparon del estreno de *Pequeñas brujas* hace unos meses.

Garrett enarcó una ceja. Incluso convaleciendo en el hospital le habían llegado noticias del éxito de la fiesta.

–La película fue un fracaso –continuó Ray–, pero la gente sigue hablando de la fiesta. Así que, cuando tuve que organizar una privada, las llamé. Su empresa se llama By Arrangement.

Garrett pensó que el nombre le resultaba familiar. Las mujeres se separaron. Su aparcacoches fue hacia la cocina y la otra en dirección contraria. Apartó la mirada. Ya le había dedicado demasiado tiempo a aquella mujer.

Clavó la mirada en Ray.

–¿Cuándo vas a terminar con mi casa? –se la había alquilado para filmar la película en la que estaba trabajando, *Las puertas del abismo*, mientras él se instalaba en la casa solariega familiar, junto al estudio–. Estoy cansado de estar en esa polvorienta mansión.

–Falta poco. Quizá un mes.

–¡Eso es un montón, Ray! Además, sé que te has pasado del presupuesto.

–Sí, por culpa de los efectos especiales. Un mes más y otros dos millones deberían permitirme acabar –el director sacudió la cabeza–. El plató es un circo. Jenna Vick, la protagonista, acaba de prometerse y su novio pasa a visitarla constantemente. Y el coordinador de efectos especiales ha llevado a sus hijos porque su canguro está enferma.

–Esos problemas no pueden afectar al estudio. Se supone que debes terminar en mi casa en dos semanas. Hay otra filmación programada y, si no pueden empezar, el estudio tendrá que pagar una fianza.

Ray se encogió de hombros.

–Añádela al presupuesto.

Garrett sacudió la cabeza. Esa actitud era la que estaba perjudicando la reputación del estudio.

–Ray, te quiero como a un hermano, pero los días de los presupuestos abiertos han acabado junto con mi padre. Tienes dos semanas y un millón. Voy a cerrar el plató para cualquiera que no forme parte de la película. Tienes que poner orden y terminar.

Tori se metió un cacahuete cubierto de miel en la boca e inspeccionó la mesa de los dulces. Estaba perfecta. En cuanto se retiró, los invitados acudieron a probarlos. Mientras se alejaba, oyó sus exclamaciones de placer. A pesar de su embarazoso encuentro con Black, consideraba aquella noche como un éxito. Había recibido numerosos cumplidos por la comida y entregado su tarjeta al menos a tres posibles clientes.

Al acordarse de Black fue hacia la puerta de la sala, desde la que podía ver la puerta principal. Matt le había dado el ticket correspondiente al Maserati para que se lo entregara a su dueño. Y como si acabara de invocarlo, este apareció entre la gente y se dirigió hacia ella. Tori logró esbozar una sonrisa.

–Señor Black, ¿puedo ayudarle en algo?

Él alzó una ceja al ver que lo llamaba por su nombre. Miró hacia la mesa que rodeaba la gente y luego observó la copa de Martini que Tori llevaba en la mano, llena de dulces.

–Con esto me basta –se la quitó y vació la mitad en su mano–. Gracias.

Sorprendida por que fuera tan goloso y ofendida por su brusquedad, Tori le advirtió:

–Cuidado, soy una fanática de los cacahuetes, espero que no sea alérgico.

–No. ¿Ha disfrutado conduciendo mi coche, señorita Randall?

–Ha sido el mejor momento de la noche –Tori se tensó al oír su nombre, preguntándose si era una mala o una buena señal–. Por cierto, había olvidado darle esto –con una sonrisa avergonzada, metió los dedos en el escote.

Él tomó el papel y miró hacia su busto. Sus ojos se encendieron antes de que volviera la mirada al rostro de Tori.

–Lo siento –dijo ella, encogiéndose de hombros–. No tengo bolsillos.

–No hace falta que se disculpe –él pasó el pulgar por el ticket–. Puede que lo guarde como recuerdo.

¿Qué quería decir con eso? ¿Estaba coqueteando con ella? ¿Qué habría pensado Lauren? En cuanto a ella, no podía negar que le resultaba atractivo, pero su actitud reservada y taciturna lo colocaba aún más fuera de los límites que el hecho de que fuera un cliente.

Por otro lado, tenía aquel fabuloso coche…

–Si necesita un conductor, me ofrezco de voluntaria.

–¿Le parece que estoy borracho, señorita Randall?

¡Había vuelto a ofenderlo!

–No. Pero eso no me impide soñar.

–Muy graciosa.

Ella se encogió de hombros y él le quitó el último dulce.

–No le importa, ¿verdad? –preguntó con arrogancia.

–Por supuesto que no –definitivamente, era un idiota–. Pero, si quiere, puedo conseguirle una copa.

–No. Me basta con la suya.

¿Estaba practicando para ganar un premio a la grosería o era así por naturaleza? En cualquier caso, nadie lo describiría como encantador. De hecho, Tori no recordaba que ese adjetivo hubiera aparecido jamás junto a su nombre. Trabajador, brillante, taciturno eran los comentarios habituales cuando se hablaba de él como director. Mirando sus ojos claros, Tori tuvo la certeza de que lo describían bien.

Como invitado, necesitaba unas cuantas lecciones de comportamiento.

–Buenas noches, señorita Randall –Black pasó de largo hacia la puerta.

–Conduzca con cuidado –dijo Tori a su espalda, más preocupada por su coche que por él.

Capítulo 2

EL MARTES por la tarde, Tori estaba terminando el menú de una fiesta de cumpleaños cuando sonó el timbre que indicaba que alguien había entrado en la oficina.

–Ya voy –dijo a la vez que guardaba el documento.

Por la sombra que se proyectaba en el cristal opaco, dedujo que se trataba de un hombre.

Tanteó con los pies para encontrar sus zapatos, pero acabó alejándolos aún más de una patada y tuvo que agacharse para recogerlos. Alegrándose de llevar vaqueros negros, que eran siempre un poco más elegantes que los azules, fue a recibir a su visitante.

–Bienvenido… ¡Usted! –Tori se quedó muda al ver a Garrett Black, alto e imponente, en medio de la sala de muestras–. ¿Qué hace aquí? –al darse cuenta de lo desagradable que había sonado, Tori rectificó–: Quiero decir, señor Black, ¿puedo ayudarle en algo?

–Señorita Randall –él barrió con la mirada el restaurante adaptado y enarcó una ceja.

–A veces celebramos aquí eventos –explicó Tori–. O lo hacíamos.

Lauren y ella habían comprado el restaurante hacía cuatro años, cuando la cocina de su casa se había quedado pequeña, y después de seis meses, convirtieron la parte trasera en despachos, y dejaron el comedor como salón de muestras.

Black asintió y recorrió la sala. Su presencia desconcertaba a Tori. Lauren y ella tenían ideas excelentes para el festival de cine, pero la siguiente reunión con Obsidian estaba programada para diciembre.

–¿Quiere sentarse? –preguntó.

–No –Black se volvió hacia ella con las manos en los bolsillos–. He venido por las huellas de pies.

Tori parpadeó.

–¿Qué huellas de pies?

–Cuando he inspeccionado mi coche esta mañana, he encontrado

huellas de pies en la alfombrilla del conductor. Quería avisarle de que le mandaré el recibo de la limpieza.

Tori lo oyó con una creciente indignación. Tenía que estar bromeando.

–Imposible –dijo, manteniendo un tono calmado–. Recuerde que me puse los zapatos.

¡Qué hombre tan irritante! ¡Qué mezquindad, intentar que le pagara una limpieza de coche cuando tenía dinero de sobra! Estaba enfadado porque conseguía turbarlo. En la breve conversación que habían mantenido el día anterior, había visto en sus ojos ira, excitación, humor… No sabía qué había pasado en su vida, pero era evidente que iba más atrás que el accidente. Tori suponía que el accidente y la pérdida de su padre habían añadido dolor al que ya sentía antes y que por ello se ocultaba tras aquella taciturna fachada.

Gracias a su familiaridad con la fuerza destructiva que representaban los sentimientos reprimidos, Tori había identificado la angustia que se ocultaba en el fondo de sus ojos plateados. Sentía lástima por él, pero ni siquiera su varonil belleza la movía a confortarlo.

Sabía por experiencia que cuidar de un recluso emocional era más peligroso que recorrer un campo de minas.

–Usted ha sido la única persona que se ha aproximado al coche descalza. Supongo que querrá resolver el problema lo antes posible para que no interfiera con nuestro trabajo para el festival de cine

Tori apretó los dientes. Por muy injusta que fuera la situación, Black era el cliente. Aun así, protestó:

–Estoy segura de que podremos encontrar una solución –por mucho que odiara las peleas, no estaba dispuesta a que se aprovechara de ella–. Muéstreme las huellas –salió por la puerta hacia el aparcamiento.

Quería defender su inocencia porque admiraba demasiado aquel coche como para mancharlo, y la acusación le resultaba insultante.

–¿Me cree capaz de hacer las marcas yo mismo? –oyó a Black a su espalda–. ¿Con qué intención? ¿Volver a verla?

Tori se quedó paralizada con la mano en la manija del coche. Por más sarcástico que hubiera sonado, ella sabía que la encontraba atractiva. Quizá esa era la respuesta. Estaba castigándolos a ambos

por la química que había entre ellos.

O quizá eran imaginaciones suyas.

Intentó abrir la puerta. Estaba cerrado. Miró a Garrett con una sonrisa forzada.

–Ábralo, por favor.

Él la miró impertérrito. ¿Qué quería? Ah, esperaba una respuesta.

–Le aseguro que no soy lo bastante vanidosa como para pensar que se ha inventado una excusa para venir a verme. Pero, puesto que no entré en el coche descalza, quiero ayudarle a decidir qué son las marcas.

–Soy capaz de reconocer huellas de dedos –dijo él. Pero accionó el botón y Tori pudo abrir la puerta.

Agachándose, metió la cabeza y aspiró el olor a cuero que tanto le gustaba. Pasó los dedos por la tapicería de color crema y miró la alfombrilla. Había tres marcas próximas entre sí.

–Parecen huellas de gato –dijo, mirando por encima del hombro y descubriendo a Black observándole el trasero. La sangre se le aceleró al instante, pero la aplacó recordándose las complicaciones que representaba: cliente con alma torturada. Se incorporó y lo miró de frente.

–Eso es imposible –dijo él. Al dar un paso atrás, perdió levemente el equilibrio y miró hacia el suelo con expresión contrariada–. A no ser que dejara la ventanilla abierta cuando lo aparcó.

–Solo ajusté el asiento. Ni siquiera tuve que rectificar los retrovisores.

–Entonces, la única explicación es que son sus dedos.

–O que las marcas estuvieran ahí antes de que viniera a la fiesta –dijo Tori obligándose a mantener la calma–. ¿Suele inspeccionarlo antes de meterse en él?

–Por supuesto que no –él frunció el ceño. Su irritación era notoria–. Pero sé que no estaban ahí.

–¿Cómo lo sabe?

–Porque no he conducido descalzo, vivo solo y no tengo gato.

–Está bien –Tori se acercó a él para poder cerrar la puerta.

Garrett dio un paso atrás precipitadamente y al meter el pie en un hoyo, le falló la pierna y cayó al suelo sobre el trasero. Un

gemido de dolor concluyó en una retahíla de juramentos.

Fue uno de esos momentos a un tiempo a cámara rápida y a cámara lenta. Tori vio que iba a caerse, estiró la mano para sujetarlo, pero con el impulso de la caída, él la arrastró consigo. Tori tuvo que girarse para no caer sobre él.

–¿Está bien? –qué pregunta tan estúpida. Black estaba pálido y apretaba los dientes de dolor. Tori se puso en cuclillas a su lado–. ¿Qué puedo hacer para ayudarle?

–Apártese –dijo él con expresión sombría–. Necesito espacio.

Tori hizo lo que le pedía. Se puso en pie sin perderlo de vista. Durante el último año del instituto había trabajado dos meses como socorrista. Por la palidez y el sudor que perlaba su frente, dedujo que iba a desmayarse. Si eso sucedía, llamaría a una ambulancia.

–Garrett, ¿estás mareado? –se arrodilló a su lado.

–Un poco –admitió él.

–Si te desmayas, tendré que llamar a una ambulancia… –la mención de la ambulancia le hizo reaccionar.

–Al hospital no. Solo necesito un poco de tiempo –Garrett se apoyó en un brazo. Con la otra mano se sujetaba la rodilla derecha con expresión de dolor. Intentó incorporarse, pero no lo logró–. La cabeza me da vueltas.

–Está bien. Necesitas incorporarte y echar la cabeza hacia delante –debía de estar viendo puntos negros. Tori le ayudó a cambiar de postura y le masajeó la espalda.

Tras unos segundos, él levantó la cabeza.

–Estoy mejor. Gracias. Siento haber sido tan brusco.

Unos mechones de cabello oscuro le caían sobre los ojos. Al retirárselos, Tori notó sudor en su frente. Habían tenido suerte.

–Muy bien. Ahora tenemos que levantarte.

Sin preguntar, le pasó el brazo por debajo del hombro derecho y tiró hacia arriba. Él consiguió cargar el peso sobre la pierna izquierda y, entre los dos, consiguieron que se pusiera en pie. Se sacudió la ropa, todavía inestable.

–Te mandaré el recibo de la limpieza de la alfombrilla –habría sido una gran frase de despedida de no ser porque la pierna volvió a fallarle y estuvo a punto de volver a caerse.

–Se acabó –Tori invadió su espacio personal, le tomó el rostro entre las manos y lo miró fijamente–. O aceptas que te ayude o pido

una ambulancia. Tú decides.

Por un segundo, él entornó los ojos y dejó que su peso descansara en ella. Al siguiente, se irguió bruscamente, cuadró los hombros con impaciencia y eliminó toda señal de vulnerabilidad de su expresión.

–No quiero ir al hospital –repitió–. Solo necesito llegar a casa y ponerme hielo.

–No puedes conducir.

Garrett apretó los dientes, debatiéndose entre lo que quería y lo que podía hacer.

–Está bien –dijo entre dientes–. Puedes llevarme a casa.

¡Qué afortunada! Como si se tratara de un premio. Tori puso los ojos en blanco, fingiendo que conducir el Maserati le resultaba indiferente. Volviendo a usar el hombro para servirle de apoyo, le ayudó a llegar hasta el coche. De tan cerca, podía oler en él una fragancia de lavanda y cítricos, extremadamente masculina… y cuero, su olor favorito. La combinación estuvo a punto de hacer que también a ella le diera vueltas la cabeza.

Desafortunadamente, una vez llegaron al lado del acompañante, resultó evidente que el coche era demasiado bajo como para poder acomodar a Garrett.

–No va a ser posible –dijo ella, frustrada.

–Por una vez, estoy de acuerdo contigo –Garrett se giró sobre la pierna buena y Tori se encontró de pronto en sus brazos, sujetándolo por la cintura–. Necesito mantener la pierna estirada –su aliento la acarició, provocándole un estremecimiento.

–Podemos usar el coche de la empresa. Es más alto y deja más espacio para la pierna. Espera aquí.

Tori prácticamente corrió al interior de la oficina, diciéndose que se apresuraba para alejarse de él, y no porque la aterrorizaba.

–Mentirosa –masculló a la vez que tomaba las llaves del coche y cerraba la oficina. Tenía que protegerse de aquel hombre, así que cuanto antes lo llevara a casa y pagara por la limpieza del coche, mejor.

Garrett cerró las puertas de su preciado Maserati, arrepintiéndose de haber acudido a la oficina de By Arrangement.

Cuando había encontrado las huellas aquella mañana, se había enfurecido. En su opinión, la impostura de Tori Randall, haciéndose pasar por aparcacoches y descalza, no había sido nada profesional. Había acudido a verla con la esperanza de que la impresión que se había hecho de ella mejorara antes de poner la reputación de sus estudios en sus manos.

Pero debía haberse imaginado que la insolente rubia no iba a limitarse a admitir su error y a acceder a hacer lo que debía. No. Había cuestionado su criterio y sus motivaciones.

Pero era él quien debía haberse cuestionado si estaba en su sano juicio. Debía haber tenido en cuenta la forma en que lo había alterado en su primer encuentro. Aquella mujer era una genuina optimista; tenía unos labios sensuales de fácil sonrisa y centelleantes ojos de color ámbar con los que parecía invitar a unirse a ella en la fiesta de la vida. Y el largo cuello de marfil que su coleta dejaba expuesto, despertaba en él el deseo de mordisquearlo.

¿Cuándo se había transformado en un vampiro?

La respuesta inmediata fue que durante las largas, solitarias y dolorosas noches que había pasado tras el accidente. Prefería caer exhausto por la rehabilitación y el trabajo que permanecer insomne.

Y en ese momento, acababa de permitir que una vivaracha rubia que se saltaba todo límite lo alterara. Con el resultado de un músculo dañado en la pierna mala. Era culpa suya, por haber metido el pie en un hoyo. El dolor le había atravesado la pierna, que había cedido. No era la primera vez que le sucedía, pero seguía siendo humillante.

Un coche blanco se detuvo a su lado. Tori bajó, pero en lugar de esperarla, Garrett abrió la puerta y se sentó. Ella llegó a tiempo de ayudarle a levantar la pierna.

–Así. Mucho mejor.

–Puedo hacerlo solo –protestó él. Su amabilidad y su permanente buen humor lo irritaban a partes iguales –. Pongámonos en marcha.

–Señor, sí, señor –Tori hizo un saludo militar y volvió al lado del conductor.

Garrett cerró los ojos, sin molestarse en reaccionar a su insolencia. Lo único que quería era llegar a casa.

–Toma –Tori le pasó una botella de agua al sentarse tras el volante–. ¿Tienes algún analgésico aquí?

–No me gusta tomar pastillas –replicó él mecánicamente.

Tori le dedicó una mirada severa.

–Si tienes algo, tómalo.

Garrett la miró enfurecido. Una cosa era que se hubiera caído como un niño pequeño y otra muy distinta, que lo tratara como si lo fuera.

–Siempre estamos a tiempo de ir al hospital para que te den algo.

–¿Qué más te da que me duela o no?

Tori miró a Garrett desconcertada.

–¡Cómo no me va a importar que alguien padezca!

–Los analgésicos no me curan. Solo enmascaran el dolor.

–Las pastillas contra el dolor te ayudan a relajarte. Si lo que tienes es un tirón, tal y como parece, la relajación acelerará el proceso de curación.

–Me dan sueño –dijo él. Pero sacó unas pastillas del bolsillo y se las tomó con un trago de agua–. Para ser una coordinadora de eventos pareces saber mucho de primeros auxilios.

–Trabajé de socorrista durante un tiempo. ¿Dónde vamos? –acababan de llegar a la autopista–. ¿Norte o sur?

Garrett le indicó la dirección y ella programó el GPS.

–¿Estás viviendo en los estudios Obsidian? –preguntó Tori al reconocer las señas.

–A veces tengo esa sensación. Pero no, estoy en la vieja mansión.

–Creía que estaba cerrada –dijo Tori.

–No toda. Después de su último divorcio, mi padre habilitó una de las alas de la planta baja –Garrett no sabía por qué le daba explicaciones, pero hablar le ayudaba a permanecer despierto–. Preferiría ir a mi casa de Santa Bárbara, pero me mudé a la mansión cuando empecé a trabajar en el estudio. Está más cerca y es más práctico.

No necesitaba reconocer que a su pierna no le sentaba bien conducir. De hecho, no tenía por qué hablar de sí mismo.

–¿Qué te hizo pasar de socorrista a coordinadora de eventos?

Tori frunció sus sensuales labios.

–Después de acabar el bachillerato fuimos a UCLA –miró a

Garrett un instante–. Como tú.

–Sí –confirmó él–. Aunque supongo que unos años antes.

–Cuatro –precisó ella.

–¿Cómo lo sabes?

Tori sonrió.

–Te busqué en Internet antes de presentarnos al concurso para el contrato con Obsidian.

–¿En qué te graduaste? –Garrett prefería mantener el foco en ella. Disimuló un bostezo, diciéndose que lo que sentía era sueño y no desilusión. Era lógico que hubiera hecho averiguaciones sobre él por trabajo y no por razones personales.

–Empecé Comunicación, pero me licencié en Empresariales cuando montamos By Arrangement.

–¿Empezasteis el negocio en la universidad?

Tori se rio.

–A veces pienso que empezamos antes de nacer. Mi madre es la reina de las celebraciones. Cualquier motivo era bueno para organizar una fiesta, así que crecimos entreteniendo a los invitados. Cuando llegamos al tercer curso de universidad, nos ofrecimos como organizadoras de los eventos de nuestra clase. Pronto se corrió la voz y empezaron a llamarnos desde fuera de la universidad. En el último año, establecimos la compañía y desde entonces no hemos parado.

La pasión por lo que hacía permeaba sus palabras, así como el orgullo que sentía por lo que había logrado junto a su hermana, a la que obviamente la unía un fuerte vínculo de afecto y respeto. Por lo que había contado de su madre, debía de haber tenido una infancia muy feliz.

Demasiada felicidad para el gusto de Garrett.

–Tengo que admitir que todo el mundo os recomienda. Es evidente que soy el único cliente al que le has manchado el coche.

De soslayo, vio como la animación de Tori se apagaba. La oyó suspirar antes de que dijera:

–Lo siento. Mándame la cuenta y la pagaré.

Un reconfortante silencio se estableció entre ellos. Garrett miró por la ventanilla, sintiéndose como si hubiera pegado a un cachorro. Pero Tori se lo tenía merecido. Si hubiera asumido la culpa desde el principio, se habría marchado de inmediato y ya

estaría en casa.

Le rugió el estómago. Pasándolo por alto, y tratando de bloquear a Tori de su mente, cerró los ojos y fingió dormirse.

Tori mantuvo la mirada fija en la carretera. Estaba ansiosa por dejar al desagradable Garrett en su casa.

Afortunadamente, las pastillas hicieron efecto y se quedó dormido. Su conversación solo contenía quejas y gruñidos. Una cosa era que hubiera pasado un mal año y otra, muy distinta, que proyectara su frustración en ella.

Tomó la salida que llevaba a los estudios Obsidian y a la vieja mansión. Se merecía vivir en una casa fantasmagórica. Se llamaba La Vieja Casa Solariega porque había sido utilizada para filmar una película de terror en blanco y negro con ese título.

Estaban a punto de llegar.

En ese momento, Tori volvió a oír el estómago de Garrett y trató de recordar si había mencionado que tuviera servicio. Seguro que contaba con cocinera y doncella. Por otro lado, Garrett había pasado meses en el hospital y era posible que hubiera despedido al personal. Además, vivía habitualmente en otra casa.

Maldiciendo por ser demasiado buena, se dijo que no podía dejarlo hambriento. Miró por el retrovisor y vio la señal de un restaurante chino de comida para llevar. Dio media vuelta y aparcó delante. Garrett ni se movió. Mejor para ella. Una cosa era que le comprara algo para comer y otra que quisiera hablar con él. Tomó el bolso y entró. El olor a jengibre, ajo, cebolla y pollo le hizo la boca agua.

Como no conocía los gustos de Garrett, pidió una porción de ternera y otra de pollo. No tenía pinta de ser vegetariano.

Al volver al coche, dejó la bolsa en el asiento trasero. Unos minutos más tarde, se detuvo delante de una verja de hierro. Para abrirla, se necesitaba un código de seguridad.

–Señor Black –lo llamó. Al ver que no contestaba le sacudió el brazo–: Garrett.

Él abrió los ojos, que en la penumbra del vehículo brillaron como dos rayas de plata.

–Hemos llegado –masculló, tras unos segundos de desconcierto.

–Sí, necesito el código.

Garrett le dictó un número para que lo marcara, la verja se abrió y Tori avanzó con el coche. A su lado, Garrett gruñó y se frotó la cara.

En cuanto cruzaron la verja, se encendieron unos focos a los lados del camino de acceso a la casa. Delante de esta, se abría un círculo en torno a una fuente. Para llegar a la puerta de entrada había que subir una escalera de seis peldaños.

–¿Hay una entrada sin escalera? –preguntó Tori.

–Sí, ve a la parte de atrás. Solo hay dos peldaños.

Tori siguió sus indicaciones y detuvo el coche de frente para que los faros iluminaran la escalera. Un gato gris desapareció entre la maleza de un salto.

–Así que no tienes gato, ¿eh?

–No lo había visto nunca.

–Claro –dijo Tori, sarcástica.

–Y jamás ha entrado en mi coche –Garrett abrió la puerta y bajó–. Gracias por traerme.

–Espera –Tori acudió a ayudarle.

–No te necesito –dijo él. Evidentemente, el sueño no le había mejorado el carácter.

–Puede que no –repuso ella, tomándolo del brazo–, pero voy a ayudarte de todas formas. Está oscuro y el suelo es desigual. Prefiero no correr riesgos.

En cuanto llegaron al pie de la escalera, Garrett se soltó de ella y subió por su cuenta, como si quisiera demostrar que no la necesitaba. ¡Era insoportable! Pero Tori esperó a que abriera la puerta y encendiera la luz.

–Buenas noches, señorita Randall –dijo él, volviendo al trato formal.

–Buenas noches, señor Black –replicó ella, aliviada de librarse de él por fin–. ¡Un momento! –corrió al coche y volvió con la bolsa del restaurante. Tras subir la escalera, se la dio bruscamente–: ¡Que le aproveche! Yo que usted no daría de comer al gato.

Capítulo 3

LAUREN rodeó el Mustang de Tori y ocupó el asiento del acompañante mientras su hermana iba hacia la puerta trasera de la mansión. Justo al cerrar la puerta del coche oyó que Tori llamaba a la de la casa.

Lauren no llegaba a creerse que Black, tal y como le había contado Tori, hubiera aprovechado que estaba cerca de la oficina para ir a presentarse. Pero lo de la caída debía de ser cierto porque, de otra manera, no habría dejado atrás su Maserati.

La luz del porche trasero se encendió y Garrett Black abrió la puerta en pantalón de chándal y con el torso desnudo. Tenía un físico impresionante, y, por un instante, Lauren envidió a Tori por poder verlo de tan cerca.

Pero enseguida notó un calor en el pecho y sus ojos se abrieron desorbitadamente al sentir que aumentaba en intensidad hasta que, cuando Tori se alejó de Black y caminó hacia el coche de Garrett, se fue apagando. La puerta del garaje se abrió y Tori condujo el Maserati al interior. Cuando reapareció, volvió al porche y devolvió las llaves a Black. En cuanto estuvo a su lado, el calor volvió a crecer en el pecho de Lauren. Estaba tan aturdida por el descubrimiento que acababa de hacer que se sobresaltó cuando Tori abrió la puerta del coche y entró.

–Bruto desagradecido –masculló al tiempo que daba marcha atrás con el Mustang.

–¿No se ha alegrado de que le devolvieras el coche?

–En absoluto –la gravilla crujió bajo las ruedas–. Solo él puede conducirlo.

–Tú lo condujiste ayer –comentó Lauren.

–Eso mismo le he dicho. Parece ser que los aparcacoches son una excepción.

Su obvia indignación hizo reír a Lauren, que decidió ponerla a prueba:

–Te gusta.

–¿Estás loca? –preguntó Tori, airada–. ¡No ves que tiene los modales de un animal!

–Y el cuerpo de un semental –al ver que no contestaba, Lauren insistió–: Venga, Tori, no estás ciega.

Esta puso los ojos en blanco antes de admitir:

–¡Dios mío, es espectacular! –se abanicó con la mano–. Ha tenido que repetir lo que decía porque me he quedado mirándolo boquiabierta. ¡Qué vergüenza!

Lauren tuvo la certeza de que Tori había encontrado su media naranja.

–Voy a contratar a un matón para que acabe con Garrett Black –anunció Jenna Vick–. Ha prohibido que Mark venga al estudio. El trabajo es un aburrimiento.

A Tori no le sorprendió la animadversión que la actriz sentía por Black.

–Cuenta conmigo –Cindy brindó con ella–. Los guardas de seguridad no han dejado entrar a mi madre. He pedido unos días libres para pasarlos con ella y me los han negado porque dicen que vamos retrasados.

–Yo también contribuiré –dijo Olivia Fox, que reposaba en una hamaca.

–¿Has tenido algún problema? –preguntó Jenna.

Las tres actrices trabajaban juntas en una película de acción futurista, similar a *Los ángeles de Charlie*, pero en el espacio.

–No –Olivia se ajustó las gafas de sol–. Pero el estudio parece un cementerio. No se oye ni una risa.

Tori tuvo que morderse la lengua para no ofrecerse a contribuir al fondo común. Estaba claro que Garrett Black se hacía enemigos allí por donde pasaba.

–¿Por qué le echáis la culpa a Black? –preguntó, intercambiando una mirada con Lauren. Estaban en la piscina de Jenna, ultimando los planes para su fiesta de compromiso.

–Porque él ha dado la orden –dijo Cindy, haciendo una mueca–. Ha prohibido las visitas. Y, si la película se pasa de fecha o de presupuesto, ha amenazado con cancelarla.

Jenna gimió.

–¡Qué suerte la mía! Después de esta, hago otra película en sus estudios –se echó en una tumbona junto a Olivia–. Me encantaba tener a Mark conmigo. Ahora apenas lo veo –señaló a Lauren y a Tori–. Vosotras nos presentasteis, así que ya sabéis cuánto lo echo de menos.

–Aparte de complicaros la organización de la boda –apuntó Cindy–. Tori y Lauren son fantásticas –les dedicó una espléndida sonrisa–. A mí también me presentaron a mi marido y organizaron una boda espectacular, aunque ocasionalmente necesitaran alguna sugerencia.

Lauren estuvo a punto de atragantarse con el té helado al recordar el ataque de nervios que Cindy había sufrido tres meses antes de su boda, cuando no le habían contestado al teléfono porque estaban en un evento y ella había creído fundamental decirles que acababa de probar un vino fantástico que quería en su fiesta.

–No te preocupes –dijo Lauren a Jenna–. Hay tiempo de sobra.

–¡Pero me caso en marzo! –Jenna hizo un mohín–. Estaré en mitad de otra filmación y no voy a poder irme de luna de miel.

Tori sintió lástima por su amiga y clienta, pero también entendía que la película no pudiera pararse porque ella quisiera irse de vacaciones. Aun así, no pensaba expresar su opinión en alto.

–Está claro que, si Garrett Black tuviera una vida propia, se comportaría de otra manera –dijo Cindy, dando un suspiro.

–He oído que se pasa el día en la oficina. Parece no saber que las películas siempre sufren retrasos –masculló Jenna–. Las tres últimas que he hecho se han salido de plazo.

–¿Eran producciones de Obsidian? –preguntó Lauren.

Jenna sacudió la cabeza.

–No, solo esta. Pero las otras usaron sus estudios, y el retraso se produjo porque los platós no estaban preparados a tiempo.

–Black acaba de incorporarse al trabajo –dijo Tori, aunque no entendía qué le hacía defenderlo–. Puede que esté intentando resolver los problemas con los que se ha encontrado.

–No te pongas de su lado –dijo Cindy–. Es un bastardo sin corazón.

–Lo que necesita es una mujer –apuntó Olivia–. Si hubiera una mujer en su vida, dedicaría menos tiempo a fastidiarnos.

–Sí –Jenna se puso en pie, animada–. Una mujer lo suavizaría y haría que fuera más comprensivo.

Tori intuía cómo iba a acabar aquello. Miró a su hermana y supo que había llegado a la misma conclusión. Y que ya no había nada que hacer.

–Una mujer es la solución perfecta –aprobó Cindy, mirando a las gemelas alternativamente–. Y sabemos quién puede encontrarla.

–¡No me lo puedo creer!

Tori acababa de abrir un correo de Garrett Black en el que le adjuntaba la factura de la limpieza del interior del coche: doscientos dólares.

Para: randall@byarrangement.com
De: garrett.black@obsidianstudios.com
Asunto: Factura limpieza
Señorita Randall, disculpe el retraso en enviarle la factura. Me alegro de que haya aceptado asumir la responsabilidad de sus actos. Con ello me demuestra la profesionalidad de By Arrangement. Puede enviarme un cheque a nombre del estudio.

Tori no comprendía por qué se extrañaba. ¿Cómo podía tener la arrogancia de hablar de profesionalidad al mismo tiempo que la acusaba de haber dejado unas huellas que eran claramente de gato?

Era evidente que haberse molestado en devolverle el coche no contaba para nada.

Tori respiró hondo y respondió recordándose que pronto tendrían que trabajar juntos.

Para: garrett.black@obsidianstudios.com
De: randall@byarrangement.com
Asunto: Factura limpieza
Señor Black, me mortifica pensar que su coche pueda sufrir el más mínimo daño. Le enviaré el cheque a la mayor prontitud.
PD: ¿Qué tal está el gato?

–Estaba segura de que algún día nuestra habilidad para formar parejas iba a darnos problemas –dijo Lauren mientras iban de camino a una reunión improvisada en los estudios Obsidian.

–Yo también –confirmó Tori–. Aunque siempre había creído que sería por una relación fallida y como hasta ahora siempre hemos tenido éxito…

–Es verdad. Hasta Kate y Brad, que se conocieron en el instituto, siguen juntos.

Tori se estiró la falda y preguntó a su hermana:

–¿Qué sientes tú cuando dos personas hacen una buena pareja?

–Noto un intenso calor en el pecho y una peculiar felicidad.

–Yo también. Pero solo me pasa con personas lo bastante abiertas.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Lauren.

Tori buscó la manera de explicar algo que nunca había expresado.

–A veces, puedo percibir distintas emociones si son lo bastante fuertes: felicidad, tristeza, miedo, ira, culpabilidad.

–Perdona, hermana, pero eso es fácil.

–Me refiero a que lo noto incluso a distancia. ¿A ti te pasa lo mismo?

–Supongo que cuando me concentro sí –Lauren se encogió de hombros–. Pero evito concentrarme.

–Yo también –dijo Tori. A menudo sintonizar con los sentimientos de los demás le hacía sentirse como una intrusa–. Pero si se trata de una pareja entre la que surge una chispa lo percibo. Yo creo que eso es lo que nos llega.

–Parece lógico. ¿A qué viene tanto análisis? –preguntó Lauren como si se estuviera impacientando.

–A que Black es menos accesible emocionalmente que el diario de una adolescente. Cuando estoy a su lado, no percibo absolutamente nada.

–¿De verdad? –Lauren pareció sorprenderse–. ¿No te llega ninguna vibración?

–No. ¿A ti sí? –Tori se giró en el asiento hacia su hermana–. Por cierto, no me habías dicho que lo habías visto en la fiesta.

–Porque me habías advertido que no era un buen momento para presentarnos. En cambio, yo sí te vi a ti hablar con él.

–¿Le viste robarme los dulces? –comentó Tori. Lauren le dirigió una mirada de impaciencia para que no se fuera por las ramas–. Perdona. ¿Notaste algo al verlo con alguien? Nos sería de gran ayuda.

Se produjo un silencio tras el que Lauren contestó:

–No estoy segura.

Tori iba a preguntarle a qué se refería, pero habían llegado al estudio. En el puesto de seguridad, dieron sus nombres y les indicaron dónde debían ir.

Ya en el ascensor, Tori pidió explicaciones a su hermana.

–Les dijimos a Jenna, Cindy y Olivia que intentaríamos encontrar a alguien para Black, pero no hicimos ninguna promesa –dijo Lauren.

–No, pero esperan resultados, y son nuestras clientas. Si no tenemos éxito, van a amargarnos la vida.

–Puede ser, pero si no podemos acceder a Black no es por nuestra culpa. Que vayamos a trabajar para su estudio no significa que vayamos a coincidir con él a menudo.

A Tori le tranquilizó la actitud de Lauren. En su caso, prefería tener el menor contacto posible con Garrett Black. La perturbaba de una manera peculiar. Debía de ser por su constante mal humor. Nunca estaba cómoda con las personas negativas.

Los recuerdos le hicieron sentir una presión en el pecho. El retraimiento, los cambios de humor, aquella última y trágica llamada… Shane. Nunca había intentado conectar con nadie desde que lo hiciera con él cuando había llevado su aislamiento al límite. El dolor y la rabia que había percibido la habían sobrecogido de tal manera que no lo había vuelto a hacer.

La puerta del ascensor se abrió a una amplia recepción. Tori logró apartar el pasado de su mente y siguió a Lauren hasta un mostrador de cristal. Lauren dio sus nombres a la joven que se encontraba sentada al otro lado.

–Bienvenidas –dijo, poniéndose en pie–. El señor Black las espera –salió de detrás del mostrador y las acompañó hacia una puerta.

Mientras la seguían, Lauren articuló con los labios a Tori: «¿Black?». Tan sorprendida como ella, esta abrió los ojos desmesuradamente. El día anterior habían recibido una llamada

convocándolas a una reunión para hablar del festival de cine, pero nadie había mencionado a Black.

Tori sintió pánico, temiendo que fuera a despedirlas. ¿No le habría mandado el pago lo bastante deprisa? ¿Le habría sentado mal la broma del gato?

Si las consecuencias solo le afectaran a ella, le habría dado lo mismo. Pero estaba Lauren. El contrato con Obsidian era el mayor y más prestigioso que había conseguido By Arrangement, y representaba el primer paso hacia su objetivo final: organizar el baile del gobernador posterior a la ceremonia de los Oscar.

Aunque odiaba los enfrentamientos, estaba dispuesta a luchar por Lauren. No dejaría que Black acabara con su empresa por unas marcas en su coche.

–Señorita Randall; Tori –Garrett se puso en pie al verlas entrar.

Era la primera vez que Tori lo veía con un traje impecable, hecho a medida. Les indicó una zona con sillones, próxima a un ventanal.

–Por favor, siéntense. Estoy esperando a Kira, con la que han estado en contacto hasta ahora. También he pedido a la directora de Relaciones Públicas que nos acompañe.

–No comprendo –dijo Lauren, ocupando uno de los sillones–. ¿Tiene algún problema con nuestras propuestas? Hemos recibido un mensaje con su aprobación.

Tori sintió la mirada de Garrett clavada en ella mientras se sentaba. Cruzó una pierna sobre la otra y lo miró a los ojos.

–Las he visto –dijo él, volviendo su atención a Lauren–. Son muy ambiciosas, pero quiero que los estudios causen una gran impresión, así que las he aprobado. He convocado esta reunión porque quiero añadir un nuevo evento a los ya contratados.

Tori sintió un nudo en el estómago. El calendario estaba ya demasiado apretado y lo último que quería era tener más relación que la imprescindible con Garrett. Miró a Lauren, pero esta dio su aprobación con una leve inclinación de cabeza. Tori suspiró. Tal y como habían aprendido de su padre, había que ir a por todas… o irse a casa.

–Por supuesto –dijo Lauren con firmeza–: ¿Qué quiere que organicemos?

–La celebración del noventa aniversario de los estudios

Obsidian.

Capítulo 4

–¿CUÁNTA gente pensaba invitar? –preguntó Tori, intentando no dar la menor muestra de nerviosismo.

Garrett se encogió de hombros.

–Unas trescientas personas.

Tori miró a Lauren y supo que estaba haciendo cálculos. Una cosa era una celebración íntima y otra una fiesta como aquella.

–Va a ser muy difícil encontrar un local adecuado para una fiesta de ese tamaño. Entre el festival y las fiestas, están todos reservados.

Se abrió la puerta y entraron una rechoncha mujer pelirroja y una esbelta afroamericana con trenzas. Garrett las presentó como Irene Allan, la jefa de Relaciones Públicas, y Kira, respectivamente; y puso a estas al tanto de lo que acababan de hablar.

–No entiendo –comentó Kira–. Habíamos programado un año entero de actividades para celebrar el noventa aniversario de los estudios.

–Sí, pero el festival recibe mucha atención mediática y el aniversario no es hasta diciembre. Quiero aprovechar la presencia de famosos y de la prensa –Garrett miró a Tori–. Seguro que habrá algún local.

–Puede ser –Tori intentó ser positiva–, si es que está dispuesto a ir a las afueras.

–No –dijo Black con firmeza–. Tiene que ser en Hollywood Hills. Quiero que la fiesta sea parte del festival. Y hay que encontrar un local pronto. He quedado con la directora del festival en darle la información esta semana para que la incluya en el programa.

–Garrett –los ojos claros de él se entornaron. Tori carraspeó–. Señor Black, no hay nada disponible. Esta semana he recibido dos llamadas exigiendo que confirmara las reservas que tenemos porque había más solicitudes.

–Yo he recibido las mismas llamadas –comentó Kira.

–Señor Black –dijo Lauren en tono conciliador–, teniendo en

cuenta las limitaciones de tiempo, quizá podamos alcanzar un punto intermedio. Hay unos hoteles excelentes en Beverly Hills, a apenas diez millas…

–La Vieja Casa Solariega –soltó Tori.

Lauren se volvió hacia ella, desconcertada.

–¿Disculpa?

–Perdona –Tori sonrió a su hermana–. Acabo de pensar en el sitio perfecto: La Vieja Casa Solariega.

–Ni hablar –la interrumpió Black–. De eso nada.

–Esta semana es el Día de Acción de Gracias, lo que significa que solo tenemos cuatro días de trabajo. La mansión es perfecta –repitió Tori–. Está en Hollywood Hills; es un símbolo de los estudios Obsidian. Y la gente acudirá en masa a verla.

–He dicho que no. No está habilitada para una fiesta.

–Tenemos tres semanas. Si empezamos…

–He dicho que no –Garrett se puso en pie y se abrochó la chaqueta–. Encuentre un local próximo al festival.

–Mamá y papá llegarán en una hora –Lauren se apoyó en la puerta del despacho de Tori–. Deberíamos ir a casa. ¿Has tenido suerte con el local?

–Solo hay dos. Uno se sale del presupuesto y el otro está por debajo de nuestras exigencias. Hay un tercero, pero queda fuera del perímetro marcado por Black. Es un hombre insoportable.

–Estoy de acuerdo en que la mansión es la mejor idea, pero teniendo en cuenta que fue donde su padre pasó sus últimos años, es comprensible que no quiera organizar allí la fiesta.

–Vale –admitió Tori a regañadientes–. Eso no cambia el hecho de que pide un imposible.

–Es el cliente –Lauren se cruzó de brazos–. ¿Has hablado con Kira?

–Sí, está tan desesperada como yo –Tori se volvió hacia el ordenador, terminó el correo que estaba escribiendo con los *links* para los locales y lo mandó–. Ahora está en manos de Black.

Lauren puso los ojos en blanco.

–Dime que no has hecho algo de lo que vayamos a arrepentirnos.

–Solo le he mandado las opciones que tenemos. Mañana es fiesta y tendrá tiempo para pensárselo –Tori apagó el ordenador y buscó sus zapatos. No quería seguir pensando en Garrett Black–. Vayamos a casa. Estoy deseando ver a mamá y a papá.

–Yo también –Lauren enlazó el brazo con el de Tori y fue con ella hacia la puerta–. ¿Estás segura de que quieres cocinar? Estamos a tiempo de encargar un pavo.

–No, echo de menos cocinar –Tori cerró la oficina con llave–. Además, ayer hice la mayoría de los preparativos. Están en el coche. No quiero que mamá trabaje, así que tendrás que ayudarme tú –Tori se rio al ver que Lauren se estremecía–. No te preocupes, será poca cosa.

–Menos mal, porque pensaba ver el partido con papá y con Nick.

Tori compartía con su padre la pasión por los coches. Lauren, el fútbol.

–Puedes pelar patatas mientras ves el partido –la tranquilizó Tori.

–¡Qué considerada!

–Recuérdalo cuando toque limpiar.

–Mamá, deja ese cuchillo –Tori le quitó a su madre el cuchillo de la mano mientras iba hacia el horno para sacar el pavo–. Hoy eres una invitada. ¡Qué bien huele! –dejó la bandeja en la encimera de granito.

–Quiero ayudar –protestó Liz Randall–. ¡Qué hermosura de pavo! –añadió, apretando el brazo de Tori.

–Tienes que descansar. Siempre cocinas tú –Tori abrazó a su madre–. Hoy quiero que disfrutes.

–¡Fiesta de abrazos! –exclamó Lauren, uniéndose al de Tori y su madre.

–¡Cómo han crecido mis chicas! –dijo Liz. Y separándose, pero manteniendo una mano en la cabeza de cada una de sus hijas, añadió–: Contadme, ¿hay algún hombre en vuestras vidas?

–¡Mamá! –protestaron las dos al unísono.

–Vamos, contadme –insistió su madre a la vez que recuperaba el cuchillo que Tori le había quitado y empezaba a cortar cebollino para las patatas.

–Tori tiene un enemigo –dijo Lauren.

–Muchas gracias –mascullό Tori.

–Yo no tengo nada que contar –Lauren tomó un trozo de zanahoria–. Y no finjas que no estás obsesionada con Black.

–Esto suena prometedor –dijo su madre, quitándole la zanahoria y dándole un mordisco–. Quiero todos los detalles.

–Ni hablar –Tori hizo un gesto con la mano–. Me niego a que ese hombre me estropee el Día de Acción de Gracias.

–¡Aburrida! –bromeó Lauren. Y al sonar su teléfono, gruñó–: Es Ray Donovan.

–No contestes –dijo Tori–. Hoy es fiesta.

–¿Ray Donovan, el director? –preguntó su madre–. ¡Cómo no vas a contestar!

–El otro día dijiste que era un idiota –recordó Tori a Lauren, aunque lo cierto era que con ella siempre había sido encantador.

–Lo sé –Lauren se mordió el labio inferior, claramente indecisa–. Tengo que contestar. Hola –salió de la cocina y cerró la puerta tras de sí.

–¿Ray Donovan es un idiota? –la desilusión de su madre hizo que Tori se sintiera culpable.

–La verdad es que no. Pero él y Lauren han tenido un par de enfrentamientos.

–Que vuestro padre, que es dentista, o vuestro hermano, que es médico, reciban llamadas de emergencia tiene sentido –su madre removió la salsa–. Pero nunca me hubiera imaginado que vosotras también.

–Ofrecemos un servicio –Tori probó el punto de los boniatos–. Los clientes creen que tienes que estar disponible las veinticuatro horas del día.

–El éxito tiene sus inconvenientes –como de costumbre, su madre daba en el clavo.

–Así es. Pero como nos encanta lo que hacemos, no suele importarnos –al ver que Lauren volvía, preguntó–: ¿Qué pasa?

–Se le ha presentado un invitado inesperadamente y confiaba en que pudiéramos hacer un milagro.

–¿A las tres de la tarde un día de fiesta? Lo mejor es que vayan a un restaurante.

–Eso le he sugerido. O que pida que le lleven comida a casa.

Por el tono de su hermana, Tori intuyó que algo no iba bien. Dejó la cuchara en un plato.

–Lauren, ¿qué has hecho?

–Nada. Decirle que estábamos a punto de sentarnos a comer con nuestra familia.

Tori conocía a su hermana demasiado bien como para relajarse. Poniendo los brazos en jarras, insistió:

–¿Y?

Lauren suspiró.

–Y nos ha invitado a todos a su casa.

Su madre lanzó un gritito de entusiasmo mientras Tori miraba a su hermana con ojos centelleantes.

–¿Qué pasa? –su padre y su hermano, Nick, se asomaron por la puerta.

–Ray Donovan nos ha invitado a su casa –dijo su madre sin ocultar su alegría.

–¿El director de *Robots y policías*? –preguntó su padre–. ¿Lo conocéis?

–Es uno de nuestros clientes –informó Lauren, aproximándose a su madre para protegerse de la mirada de Tori.

–Quiere nuestro pavo, no a nosotros –masculló esta.

–Así es –al menos, Lauren no intentaba ocultar la verdad–. Pero dice que está con un amigo que necesita compañía. Debe de haber tenido un mal año.

–Yo voto por que vayamos –dijo Nick.

–¿De verdad? –Tori miró la comida.

–Es un día para agradecer lo que uno tiene –dijo Nick, incluyendo a todos en su mirada–. Podemos dar las gracias compartiéndolo con aquellos menos afortunados.

–¿Te das cuenta de que vamos a ir a una mansión de Malibú? –le aclaró Tori.

–El dinero no es lo importante –intervino su madre. Y le dio un beso en la mejilla–. Yo te ayudaré a organizar las tarteras.

–Está bien –Tori suspiró–. Pero voy a tener que recalentarlo. Que nadie se queje si está seco.

Una hora más tarde, Nick detenía el coche detrás del Maserati rojo que estaba aparcado en la puerta de la casa de Donovan. Su padre lanzó un silbido de admiración.

Tori intercambió una mirada con Lauren.

–Esta me la vas a pagar –masculló.

–¿Qué pasa? –preguntó su madre.

–El problema no es qué, sino quién –aclaró Lauren–. El dueño del coche es el enemigo de Tori.

Garrett bebió de su cerveza fingiendo prestar atención al partido de fútbol.

Cuando Ray había insistido en que fuera a pasar el día con él, le había parecido una buena idea, pero había cometido un error. Debía haberse quedado en su casa o ir a Santa Bárbara. No era una buena compañía. El accidente había tenido lugar justo un año antes.

Llamaron a la puerta y Ray se puso en pie de un salto.

–¿Esperas compañía?

–Es la comida –dijo Ray, frotándose las manos.

–¿Has pedido una pizza? –a Garrett le parecía bien. Ni siquiera tenía hambre.

–Mucho mejor que eso –Ray fue hacia la puerta–. He invitado a las gemelas Randall y a su familia.

Garrett se quedó paralizado con la cerveza en el aire. ¿Tori Randall estaba allí? Definitivamente, debía haberse quedado en casa.

–Vamos –dijo Ray, dándole una palmada en el hombro–. Ayuda a traer el pavo.

Garrett terminó la cerveza y súbitamente pensó que un poco de animación no le iría mal.

Cuando llegó a la puerta encontró a los recién llegados alrededor de su Maserati. Se presentaron unos a otros y hablaron de coches y de motores. Encontrar un tema de interés común sirvió para mitigar la incomodidad del encuentro entre extraños.

Ray se fue con Lauren y con la señora Randall. Los hombres de la familia eran agradables e inteligentes, y lo mejor de todo era que solo querían hablar de coches con él; no querían sugerirle nuevas ideas, ni presentarle ninguna queja. Garrett se sintió más relajado que en mucho tiempo.

Hasta que miró a Tori, que pasaba los dedos por la superficie del Maserati y él sintió aquella caricia sobre su piel. Había estado

callada, observando sin participar, como si quisiera pasar desapercibida. Pero eso ya no fue posible.

–Tengo entendido que has traído pavo –comentó cuando Tori alzó la mirada hacia él.

–Sí –dijo ella, cambiando el peso de pierna y llamando con ello la atención de Garrett hacia sus caderas–. Hemos traído la comida completa.

–Estoy muerto de hambre –Nick dio una palmada a Garrett en el hombro–. Las mujeres de mi familia cocinan de maravilla, pero de aperitivo Tori solo sirve vegetales.

–Como médico deberías apreciar el valor de la verdura –protestó Tori–. Es un milagro que no peses una tonelada.

–Necesito muchas calorías para trabajar diez horas al día.

–El tiempo que pasas jugando al golf no es trabajo.

–Al menos yo hago ejercicio.

Nick abrió el maletero del coche y una mezcla de deliciosos aromas llegó a la nariz de Garrett. Al instante se le abrió el apetito.

–Yo también hago ejercicio –dijo Tori.

–Lo que tú haces es mover el trasero al ritmo de la música.

Era evidente que se trataba de una discusión habitual entre los hermanos. Garrett confió en que cambiaran de tema. Imaginar a Tori sudorosa, meciendo las caderas, no contribuía a aplacar su libido.

–Niños, no discutáis delante de compañía.

La jovial amonestación de su padre hizo que Tori se ruborizara.

Dando un suspiro, Garrett tomó una de las cajas a la vez que se proponía ignorar a Tori en la medida de lo posible. Pero al seguirla al interior y observar su trasero subiendo las escaleras delante de él, se preguntó si lo lograría.

Desafortunadamente para Tori, que se sentía más segura en la cocina, ocultándose a la mirada del dueño de los estudios Obsidian, calentar la comida apenas le llevó unos minutos.

¿Por qué la desconcertaba tanto? Había superado la prueba de verse sometida a su mal humor. No tenía miedo de él, en el sentido de que pudiera hacerle daño físicamente. Sin embargo, pensar en que la acariciara, la angustiaba… porque la idea le gustaba

demasiado. Y lo peor era saber que a él le pasaba lo mismo aunque fingiera lo contrario. La química que había entre ellos era innegable.

Pero Garrett cargaba con demasiado equipaje emocional. Lo veía en sus ojos cuando bajaba la guardia. Lo habitual era que ocultara sus sentimientos y esa era otra prueba de su inaccesibilidad emocional.

Ella evitaba a los hombres traumatizados. Aquellos que se quedaban atascados, no lograban superar el dolor. Y, si no se enfrentaban a él, si no superaban la ira o no admitían que sufrían, se convertían en una bomba de relojería emocional.

Tori lo sabía por propia experiencia, y no quería volver a vivirlo. Así que también ella estaba decidida a ignorar la atracción que había entre ellos.

–A tu padre le gusta tu hombre –comentó su madre al volver de poner la mesa.

Tori dejó sobre la encimera el plato que tenía en la mano.

–¿De qué estás hablando, mamá?

–No te hagas la tonta. De Garrett Black. Estás loca por él.

–De eso nada –Tori colocó las patatas en una fuente.

–Pues hay algo entre vosotros –su madre la siguió al comedor–. He visto cómo os miráis.

–Shhh. Te va a oír –susurró Tori, aunque al mirar hacia el salón vio que estaban concentrados en el partido.

Volvieron a la cocina a por el pavo. Puso en la mano de su madre el brócoli y añadió:

–No nos relacionamos con nuestros clientes, mamá. Lo de hoy es una excepción.

–Puede ser, pero me alegro. Ray Donovan es encantador. Tu padre y tu hermano lo están pasando en grande y yo tendré mucho que contar al volver a casa –dejó la fuente y dio un abrazo a Tori–. Y me alegro de que tengas la oportunidad de pasar tiempo con Garrett. Eres coordinadora de eventos, querida, no médico. Una vez haya acabado el festival de cine, nada os impide explorar la atracción que hay entre vosotros.

–Mamá –dijo Tori, entre el afecto y la exasperación.

–Aquí huele de maravilla –al oír la voz masculina, se separaron–. ¿Puedo ayudar?

–Garrett –Tori rogó por que no las hubiera oído. Carraspeó–. La comida está lista.

–Llegas a tiempo de llevar el pavo –su madre devolvió el brócoli a Tori y enlazando el brazo con el de Garrett lo acompañó hasta la bandeja–. Pesa bastante.

–Tendré cuidado –dijo Garrett.

–No lo dudo –soltándolo, la madre de Tori fue hacia la puerta–. Tori te ayudará. Yo voy a avisar a los otros.

Tori lanzó una mirada furibunda a la espalda de su madre.

–Esto tiene un aspecto delicioso –comentó Garrett, aspirando. Luego miró a Tori–. Hace mucho tiempo que no tomo una comida de Acción de Gracias tradicional.

Por cómo habló, Tori intuyó que el comentario tenía un significado especial.

–Muchas familias lo celebran sin pavo –comentó–. ¿Qué hacen en la tuya?

–Nada.

Tori se rio.

–Igual que nosotros –movió la mano indicando el salón–. Pero la idea es reunirse, ¿no?

–Cuando digo «nada» quiero decir «nada». Mi familia éramos mi padre y yo. El año pasado era la primera vez que nos reuníamos desde hacía años. También la última vez que lo vi. Voy con esto –Garrett tomó la fuente y la llevó al comedor.

¡Oh, Dios! No era de extrañar que Ray las hubiera llamado. Tori se frotó la frente para controlar un incipiente dolor de cabeza, y lo siguió.

Para su sorpresa, disfrutó de la comida plenamente. Su madre insistió en que quitaran el volumen a la televisión para poder charlar. Su padre bendijo la mesa y la comida empezó a circular. Como anfitrión, Ray cortó el pavo mientras Garrett se metía con él para provocarlo.

Nick preguntó a Ray por sus películas y este los entretuvo con numerosas anécdotas, y Garrett contó otras tantas. Era la primera vez que Tori veía la pasión que sentía por su trabajo.

Después de lo que le había contado en la cocina, había temido que se mostrara taciturno durante la comida. Y se descubrió contemplándolo cada vez que se reía. No recordaba haberlo visto

reírse con anterioridad y le alegró comprobar que era capaz de hacerlo.

Su padre y Nick contribuyeron con sus propias anécdotas de dentista y de médico. Ella intercambió una mirada con Lauren y coincidieron en silencio en no compartir las suyas. Tenían numerosas historias sobre los eventos que habían organizado, pero no habría sido apropiado contárselas a sus clientes.

–He hecho tarta de calabaza –anunció su madre. La noticia fue recibida con exclamaciones de aprobación y cumplidos a Tori por la comida.

–Gracias –respondió ella, halagada–. Estoy deseando probar la tarta, mamá, pero prefiero esperar un rato.

Los demás coincidieron con ella. Ray y Garrett se mostraron interesados en la partida de póquer anual que mencionó Lauren.

–Muy bien –Nick se frotó las manos–. Despejemos la mesa.

–No os preocupéis por los platos. El servicio los fregará mañana –Ray tomó el suyo y fue hacia la cocina–. Tengo una mesa de juegos en el desván. Voy a prepararla.

–Yo te ayudo –dijo Lauren.

Una sensación cálida brotó en el pecho de Tori, dejándola paralizada. Era evidente que entre aquellos dos no había solo antagonismo. Tendría que sonsacarle a Lauren en cuanto estuvieran solas.

Al llegar al fregadero, hizo correr el agua caliente. Una mano grande apareció desde detrás y la cerró.

–Ray ha dicho que el personal recogerá mañana.

Garrett. Quién hubiera imaginado que le gustaba pasar tanto tiempo en la cocina…

–Sí, pero tengo que limpiar las tarteras. Y al menos aclarar los platos. Me llevará solo unos minutos.

Garrett le quitó el estropajo.

–Tú has cocinado, así que yo hago los platos.

–Está bien. Si insistes… –Tori le cedió el sitio–. Yo los meteré en el friegaplatos.

Garrett se remangó y empezó a trabajar.

–¡Qué encanto eres! –dijo la madre de Tori, entrando con más vajilla–. Si os ayudo acabaremos en un instante.

–Mamá, no hace falta que trabajes.

Pero ella volvió al comedor a por las fuentes. Tras dejarlas junto al fregadero, se fue.

–Es pura energía –comentó Garrett–. Ya veo a quién salen sus hijas.

–Lo dices como si fuera un defecto.

–No, pero puede ser apabullante –Garrett pasó a Tori el último plato y se secó las manos en un paño–. También es evidente de dónde sacáis vuestra belleza. Tu padre es un hombre afortunado.

Tori no pudo reprimir una sonrisa. Así que la encontraba atractiva.

–Gracias por ayudar. Voy a llevar las cosas al coche –tomó una de las dos cajas en las que había transportado la comida y la colocó sobre la nevera con ruedas.

–Permite que te ayude –Garrett puso encima la otra caja y fueron juntos hasta el coche.

Tori se estremeció de frío. Olía a salitre y al humo de la chimenea. En la oscuridad, no llegaba a verse el mar, y una tenue bruma ocultaba las estrellas.

–Parece que va a bajar la niebla. No deberíamos tardar en irnos –comentó.

–Sí. Noto la humedad en la pierna.

Tori tenía la sensación de meter la pata todo el tiempo. Garrett por fin actuaba decentemente y ella parecía decidida a recordarle todo lo que había perdido. Lo observó mientras él cargaba las cosas en el maletero.

–Siento mucho tu pérdida. Supongo que hoy ha sido un día difícil para ti –dijo.

–Sí y no –repuso él, cerrando el maletero–. Tu familia ha hecho que sea más fácil. Mi padre y yo no estábamos demasiado unidos.

–Pero no dejaba de ser tu única familia. Debes de echarlo de menos.

Por un instante, Tori pensó que Garrett iba a contestar, pero dio media vuelta hacia la casa y subió los escalones cojeando levemente. Tori lo siguió, irritándose consigo misma por no ser capaz de mantener la boca cerrada.

Garrett se detuvo con la mano en el pomo y volviéndose, dijo:

–Echo de menos que no esté ahí. Aunque no estuviéramos unidos, había un vínculo entre nosotros que ha desaparecido.

Estaba solo en el mundo. Tori sintió lástima y, sin pensárselo, le tomó la mano.

–Lo siento –dijo. E, impulsivamente, lo besó en la mejilla.

Garrett le acarició el cabello y, haciendo que alzara el rostro hacia él, le susurró:

–No sientas lástima de mí.

Y la besó.

Capítulo 5

LOS labios de Garrett sedujeron a Tori, comenzando con suavidad e incrementando la fuerza de su presión. Recorrió con la lengua la costura de su boca buscando la entrada, que ella le concedió con un suspiro. El calor de su cuerpo la atrajo hacia él al tiempo que el mundo desaparecía a su alrededor.

Aquel hombre sabía besar. Una de sus manos mantenía su cabeza cautiva contra sus labios mientras la otra fue bajando por su espalda hasta la curva de su trasero, que presionó con suavidad. Tori sintió que se derretía y se arqueó contra él, anhelando aumentar el contacto.

Todo pensamiento sobre complicaciones o incompatibilidad se borró de su mente. Solo importaba el instante; sus manos contra el pecho de Garrett, el deseo de acariciar la piel debajo de la ropa.

Garrett liberó sus labios para besarle y mordisquearle el cuello hasta que Tori pensó que iba a desmayarse de placer. Pero de pronto él la separó de sí y tras sujetarla para que no perdiera el equilibrio, dijo:

–Agradezco el sacrificio que tú y tu familia habéis hecho hoy. Pero jamás vuelvas a sentir lástima de mí –y entró.

Aturdida, temblando de deseo, Tori se quedó mirando la puerta. En una fracción de segundo, Garrett era capaz de convertirse en un monstruo.

Se sintió humillada. Nunca volvería a cometer aquel error.

Garrett recorría su despacho con las manos asidas a la espalda. Había leído el informe de Tori sobre los locales disponibles y no le gustaba. Desafortunadamente, Kira lo confirmó. Y ninguna de las opciones era aceptable.

En la distancia vio el tejado de La Vieja Casa Solariega. Aunque Tori no había vuelto a mencionarla, Garrett entendía las ventajas que podía tener. Entre otras, el hecho de que la prensa y los

profesionales de la industria estarían ansiosos por conocerla por dentro.

Pero para él, era como exponer una herida al mundo entero.

Había pasado muchas horas de soledad en aquel edificio, que era más un museo que un hogar. De no ser porque era un icono del estudio, la habría vendido. No tenía el menor interés en dejársela en herencia a un hijo… que jamás tendría porque para ello debería haber una mujer en su vida, y no pensaba volver a cometer el error de llegar a sentir algo por ninguna.

Apartó la mirada y volvió al escritorio, donde contempló abstraído el mensaje de Tori.

Había algo en él que lo incapacitaba para mantener una relación duradera. Su madre lo había abandonado. Su padre nunca le había dedicado tiempo. Sus sucesivas madrastras no tenían el menor interés en él. Y su prometida lo había dejado cuando su padre lo echó del estudio, demostrando que le importaba más su estatus que él.

Llegaba un momento en el que un hombre decidía que no valía la pena esforzarse. Por eso en el presente prefería las relaciones superficiales, sin ninguna implicación emocional. Y en el último año no había tenido ni siquiera eso.

Eso debía de explicar que hubiera cometido la locura de besar a Tori. Hacía mucho tiempo que no tocaba a una mujer. Por un instante había olvidado que los unía una relación profesional, y que él no mezclaba trabajo y placer.

Volviendo su mente al asunto que lo ocupaba, tomó una decisión. Le desagradaba la idea de que invadieran su espacio personal, pero probablemente era la mejor manera de demostrar que los estudios no estaban en decadencia. Exigiría una buena limpieza y hacer algunas reparaciones, pero era la mejor solución.

Tomó el teléfono para llamar a Lauren. Dadas las circunstancias, prefería mantener el contacto con Tori al mínimo.

Lauren entró en el despacho de Tori y se sentó al otro lado de su escritorio.

–Ha llamado Garrett para hablar del local.

Tori frunció el ceño.

–¿Por qué te ha llamado a ti?

Lauren cruzó las piernas.

–¿No quieres saber qué ha decidido?

–Luego me lo dices –Tori se inclinó hacia delante y clavó la mirada en su hermana–. ¿Sabías ayer que Garrett era el invitado de Ray?

Lauren alzó ambas manos a la defensiva.

–Te prometo que Ray no me lo dijo.

Tori tamborileó sobre el escritorio, recordando la sensación que había sentido al ver a Ray con Lauren.

–Estuvisteis mucho tiempo solos. ¿Hay algo que quieras contarme?

–¿Sobre Ray y yo? No hay nada que contar.

Tori estaba segura de que no decía toda la verdad. Por otro lado, quizá la romántica compenetración que había percibido entre su hermana y Ray, era, como la suya con Garrett, una atracción que Lauren no tenía intención de explorar.

En su caso, aún menos después de la forma en la que la había dejado plantada después del beso.

–Está bien, ¿qué local ha elegido Black?

–Ha optado por la mansión.

–¿De verdad? ¡Fantástico!

–Sí, pero representa mucho trabajo. Ha estado cerrada muchos años.

Tori sacó un cuaderno para tomar notas.

–Lo sé. ¿Está en muy mal estado?

–Espero que no –Lauren vaciló, lo que hizo que Tori la mirara–. Tengo una cita con él mañana para evaluarlo.

Tori dejó el bolígrafo en el escritorio.

–¿Se puede saber qué está pasando, Lauren? Tú te encargas de los clientes y de las contrataciones, así que entiendo que te haya llamado aunque la idea fuera mía. Pero yo soy quien se ocupa de los locales y de la comida. Debería ir yo.

–Me ha pedido que sea yo quien actúe como contacto.

Tori parpadeó. ¿El beso le resultaba tan ofensivo que no quería volver a saber nada de ella? Muy bien. Era comprensible. Tampoco ella estaba deseando verlo. Pero la actitud de Garrett dificultaba su trabajo.

–¿Le has explicado cómo trabajamos? –preguntó.

–Claro. Pero insiste en utilizarme como intermediaria.

Tori se sintió herida en su orgullo, pero no quiso dejarse llevar por sus sentimientos. Era una profesional.

–¿Al menos tendré acceso a la casa después de tu inspección?

Lauren negó con la cabeza.

–Quiere reducir las visitas al mínimo.

–Eso no va a ser posible.

–Efectivamente. ¿Qué ha pasado entre vosotros?

–Nada –si Lauren podía reservarse información sobre Ray, Tori decidió que ella también estaba en su derecho.

–Tiene que haber alguna razón por la que no quiere trabajar contigo –dijo Lauren.

Sí, y el mensaje era alto y claro, pensó Tori. Pero, si Garrett quería que hiciera su trabajo, tendría que dejarse de jueguecitos.

–Ya oíste a Jenna y a las otras. Es temperamental. No actúa lógicamente. La cuestión es que no podemos permitir que nos dicte cómo conducir nuestro negocio.

–Desde luego que no –Lauren enarcó una ceja–. Así que ya sabes lo que tenemos que hacer.

–¡Lauren, hace años que no lo hacemos! –Tori abrió los ojos desorbitadamente.

–Pero nunca nos han pillado.

Tori alzó las manos.

–No me puedo creer que seas tú quien lo sugiera. Siempre estabas en contra.

–Porque lo hacíamos sin motivo y no porque lo necesitáramos.

–Vale, pero si Black se entera se va a poner hecho una furia.

–Por eso mismo no puede enterarse –Lauren miró fijamente a Tori–. Tú misma lo has dicho: no podemos dejar que nos diga cómo hacer nuestro trabajo, pero tampoco podemos enfrentarnos a él. Circunstancias desesperadas requieren medidas desesperadas.

Tori se pasó las manos por el traje de chaqueta de Lauren y siguió a Garrett a una sala que se abría a un invernadero.

Por el momento, todo iba bien. Tori se había puesto la falda de tubo con un jersey de cuello alto negro y llevaba el cabello recogido

en un moño, además de haberse maquillado con más cuidado que de costumbre.

–Esta habitación es preciosa. Y me encanta que dé acceso tanto al invernadero como al jardín. Sería perfecta como centro de la fiesta.

Recorrió la habitación antes de salir a la terraza.

–¡Qué gato tan bonito! –comentó.

Un gran gato gris, muy parecido al que había visto la noche que llevó a Garrett a la casa, tomaba el sol sobre la balaustrada. Pero claro, Black no tenía gato.

Él frunció el ceño y replicó:

–Yo no tengo gato.

Tori volvió al interior.

–La moqueta está desgastada cerca de la puerta. ¿Cuándo la pusieron?

–La eligió mi primera madrastra, así que hace unos veinte años. La segunda la conservó, pero cambió todo lo demás, así que las cortinas y el mobiliario son de hace quince años.

Tori se preguntó si el tono de indiferencia que usó Garrett era sincero. Para un niño no era fácil asumir tantos cambios en tan poco tiempo.

–¿Cuántas veces se casó tu padre?

–Cinco. Ni su cuarta ni su quinta mujer quisieron vivir aquí, así que les compró una casa a cada una.

–¡Vaya! ¿Tienes hermanastros?

–No. A mi padre no le gustaban los niños. ¿Habrá que renovar la moqueta?

Cuatro madrastras, un padre al que no le gustaban los niños… ¿Habría conocido el amor? Tori podía entender mejor su actitud retraída, pero sabía que no podía dejarse llevar por la compasión. Era mejor concentrarse en el trabajo.

–Tori es la que toma ese tipo de decisiones –dijo, no pudiendo reprimir el impulso de reivindicarse–. Se lo preguntaré a ella.

Para entonces ya tenía un montón de ideas. Podría poner una alfombra colorida encima, o cortar la sección estropeada y embaldosarla.

–Si hiciera buen tiempo, nos bastaría con la planta baja, evitando el estudio, claro –donde Garrett dormía–. Pero, si hace frío

y no podemos usar el jardín, puede que también tengamos que usar el primer piso.

Garrett frunció el ceño.

–Preferiría evitar que la gente se pasee por la casa.

–No te preocupes, pondremos guardas de seguridad para que nadie entre donde no quieras. Pero, si vienen trescientas personas, vamos a necesitar acceso a todos los cuartos de baño disponibles.

Por la cara que puso Garrett, Tori supo que estaba a punto de arrepentirse. Su siguiente comentario lo confirmó:

–Puede que no valga la pena tomarse tanto trabajo.

–Garrett, no te queda otra opción –Tori supo que tenía que actuar con la educada firmeza que habría usado Lauren–. El festival de cine empieza en menos de tres semanas. By Arrangement está organizando otros tres eventos para los estudios Obsidian. Si quieres celebrar una fiesta de aniversario, este es el lugar ideal. Y el equipo de limpieza tiene que ponerse a trabajar de inmediato.

Garrett se tensó.

–Yo soy el cliente y yo tomo las decisiones.

–No –Tori se cuadró de hombros–. Firmamos un contrato para tres eventos y accedimos a organizar la fiesta fuera de contrato. Si no podemos empezar hoy mismo, tendremos que cancelarla.

El corazón le latía desbocadamente, pero estaba segura de que Lauren aprobaría que adoptara una actitud firme. Y como habría hecho su hermana, la suavizó al añadir:

–Podemos hacerlo, Garrett. Pero necesitamos tu cooperación.

–Tiene gracia que hables de cooperación.

El tono sensual con el que Garrett hizo aquel comentario le puso la carne de gallina. Alejándose de él, fue hacia el vestíbulo, rezando para que no la siguiera.

–¿Podemos ver las habitaciones de arriba? –sugirió–. Y también me gustaría ver la cocina.

–Espera –la voz de Garrett sonó a apenas unos centímetros. Él la tomó por el brazo y la obligó a volverse–, Tori.

Tori alzó el rostro y enarcó las cejas.

–Soy Lauren –forzó una risita, como si la confusión le hiciera gracia–. No te preocupes, le pasa a mucha gente.

Garrett se cruzó de brazos y la observó atentamente.

–Eres Tori. Y me debes una explicación.

–Te equivocas…

Los labios de Garrett sellando los suyos le impidieron seguir hablando. Ella apoyó las manos en su pecho para intentar empujarlo. Él suavizó el beso y ella terminó entregándose a él. En una fracción de segundo estaba de pie, tambaleante, mientras él se alejaba de ella y se apoyaba en la repisa de la chimenea.

–Ahora, Tori, dame una razón para que no rompa el contrato con By Arrangement en este mismo instante.

Desconfiando de que sus piernas la sostuvieran, Tori se apoyó en un sillón.

–Eso ha sido muy poco profesional.

Garrett enarcó una ceja.

–No me hables de profesionalidad. Se suponía que hoy venía Lauren.

–Es verdad –Tori terminó por indignarse–. Y me alegro de que te hayas dado cuenta. No te habríamos engañado si no nos hubieras obligado a hacerlo.

–Así que yo tengo la culpa de que me hayáis mentido.

–Sí. Y no doy crédito a que hayas besado a mi hermana. Puede que nos parezcamos, pero no somos intercambiables.

–No he besado a tu hermana, sino a ti.

Tori se apartó del sillón.

–¿Y se puede saber por qué insistes en hacerlo si no sientes el menor afecto por mí?

Los ojos de Garrett centellearon.

–Será que sacas lo peor de mí mismo.

–Supongo que por eso me hablas de un periodo difícil de tu vida y después de besarme, te indignas porque me compadezco de ti –Tori fue hasta la puerta del jardín y volvió–. ¡Como si fuera posible tenerte lástima!

–¿Has acabado? ¿Podemos volver al tema que nos ocupa?

–No –su impasibilidad sacó a Tori de quicio–. Uno no besa así y luego actúa como si no hubiera pasado nada.

–Tori –Garrett sonó amenazador–, ¿quieres que vuelva a hacerlo?

–No –Tori retrocedió, indignada–. Tenemos que mantener nuestra relación en un plano estrictamente profesional.

–Estoy de acuerdo al cien por cien. Si quieres que reconozca que

me gusta besarte, lo haré. Por eso mismo le pedí a Lauren que fuera la interlocutora de By Arrangement.

–Ah.

–Y ya que los dos pensamos que una relación personal es imposible, puede que por fin podamos ponernos a trabajar.

Tori necesitó unos segundos para asimilar lo que Garrett acababa de admitir. Se estiró la chaqueta.

–Estoy de acuerdo. A partir de ahora vamos a entendernos mejor.

–¿Estás segura? –preguntó él, sarcástico.

–Claro que sí. La comunicación es esencial en cualquier relación.

–Si es así, sigo sin entender por qué te has hecho pasar por tu hermana.

–Somos una empresa pequeña, y cada una cumplimos una función. ¿Le pedirías a uno de tus contables que editara una película?

–Por supuesto que no –Garrett se frotó la nuca–. Requieren conocimientos distintos.

–Precisamente, pero eso es lo que pides de nosotras. Cada una tiene su especialidad. Lauren tenía hoy varias reuniones, y no podía cancelarlas.

–¿Por qué no me ha programado para otro día?

–Porque no hay tiempo que perder –Tori tomó aire–. No podíamos acceder a tu petición, pero tampoco podíamos rechazarla.

–Así que te has transformado en Lauren para que pudiera estar en dos sitios al mismo tiempo.

–Y porque esta es mi especialidad. Necesitaba ver qué trabajo es necesario. Yo me ocupo de los espacios y de la comida. Soy yo quien evalúa las necesidades del local y calcula cómo llevar a cabo el evento.

Tori parpadeó ante los ojos plateados de Garrett. El acaloramiento le había llevado a avanzar hasta colocarse delante de él.

Garrett la observó por un instante, luego fue hacia la puerta del jardín y guardó silencio.

–¿Y en tu opinión profesional la mansión es apropiada para la fiesta? –preguntó finalmente.

–Creo que es maravillosa –Tori fue hasta él–. Va a ser la mejor

fiesta del año. Pero para ello, tenemos que ponernos manos a la obra desde ahora mismo.

–¿Lo crees posible?

–Los cambios necesarios son más bien cosméticos. La casa está en perfecto estado de conservación. Así que sí. Si empiezo hoy, puedo acabarla a tiempo.

Garrett la miró con una expresión inescrutable.

–Hazlo.

–¡Sí! –el alivio y la alegría se apoderaron de Tori que, instintivamente, le dio un fuerte abrazo–. No lo lamentarás –empezó a enumerar ideas al tiempo que recuperaba su cuaderno de notas y se descalzaba–. Quiero ir arriba y a la cocina. Luego recorreremos cada habitación.

A su espalda, el murmullo de Garrett: «Ya me estoy arrepintiendo», casi le pasó desapercibido.

Capítulo 6

–ESTO no va bien –dijo Garrett en el teléfono–. Hay constantes interrupciones. Tienes que venir.

–No puedo. Estoy demasiado ocupada –contestó Tori–. El polvo se asentará en cuanto hayan repasado todas las habitaciones.

¡Y solo habían pasado dos días!

–Eso dices tú –dijo él, exasperado–. Han venido a ver la moqueta y, por lo visto, debajo hay madera.

–¿De verdad? Eso puede ser una solución. ¿Está en buen estado?

–No lo sé. Dicen que a lo mejor cuesta más recuperarla que poner baldosas encima. Tienes que estar aquí. El personal hace preguntas que no puedo contestar, y eso nos está retrasando.

–Iré mañana a hablar con el encargado de las reformas.

–Sí, y en cuanto te vayas tendré que llamarte. Yo también estoy muy ocupado.

–¿No podrías trabajar unos cuantos días desde casa?

–No soy diseñador –masculló Garrett tras un breve silencio–. Tú tuviste la idea y tú tienes que llevarla a cabo.

Y colgó.

Era el hombre más irritante que Tori había conocido. Con él todo eran complicaciones. Tori repasó su calendario y encajó una visita a la mansión al día siguiente. Luego continuó trabajando en el evento que tendrían en unas horas.

Suponía que tendría la misma conversación en persona. Si algo caracterizaba a Garrett era la tenacidad. Y a pesar de todo, estaba deseando verlo.

–La alfombra roja está activa –le llegó la voz de Lauren por el pinganillo, lo que significaba que quedaban tres horas para la fiesta del estreno de *Asesinatos tatuados.*

Tori trasladó la información al personal de cocina. Estaban trabajando fuera del local porque el espacio en el que celebraban la

fiesta no contaba con cocina propia, así que la comida llegaría cuando faltara media hora para que terminara la película.

Hasta entonces, Lauren y ella estaban supervisando la transformación del teatro anexo al cine en una cómoda sala. Habían creado varios espacios con sillones y sofás y mesas de cromo que reflejaban las luces. La comida sería servida por camareros.

Las paredes estaban cubiertas por grandes pósters con imágenes de la película. Y en varias superficies había cestas con tatuajes temporales para los invitados.

Tori tomó un caramelo y le ofreció uno a Lauren, que entraba en ese momento.

–Los primeros invitados llegarán enseguida –dijo Lauren, rechazando la oferta con la cabeza–. El local ha quedado espectacular. Has conseguido crear el ambiente perfecto.

–Está todo listo –comentó Tori–. Quiero a alguien de seguridad cerca de las barras de bebidas, no vaya a ser que alguien decida servirse por su cuenta.

–Yo me ocupo de eso –Lauren probó un dulce–. Garrett viene esta noche.

–Supongo que sí –no lo había mencionado cuando había llamado para quejarse. El día anterior había sido por el polvo, aquella mañana por la moqueta. Con toda seguridad al día siguiente protestaría porque el sol brillaba demasiado a través de las ventanas limpias.

Lauren se rio.

–¡No puede ser tan terrible!

–Peor –Tori sacudió la cabeza–. Como está nervioso por el proyecto, ve problemas por todas partes.

–O puede que quiera hablar contigo.

Tori le puso una mano en la frente a Lauren.

–¿Estás segura de que te encuentras bien?

–Perfectamente. Si vamos a buscarle pareja, deberíamos aprovechar hoy. Obsérvalo cuando lo veas con alguna mujer.

–¿Como que «si»? ¿Acaso tenemos opción?

–Podríamos decirles a las chicas que no podemos anteponer las necesidades de un cliente a las de otro.

–Voto por ello –a Tori no le gustaba la idea de buscar pareja a Garrett–. ¿Crees que lo entenderán?

–Dudo que les guste –Lauren corrigió la posición de un plato–. Pero ¿qué pueden hacer?

–Amargarnos la vida, cancelar sus contratos, hablar mal de nuestro trabajo –enumeró Tori. Aunque las tres mujeres le caían bien, eran sus clientas, no sus amigas.

–No me preocupa. No nos une a ellas amistad, sino trabajo –Lauren expresó en alto lo que Tori pensaba–. Dudo que puedan desprestigiarnos.

–Nuestro mayor contrato es el de Obsidian –dijo a su vez Tori–. Así que con quien no queremos enemistarnos es con Garrett.

–Pues tú has estado a punto de conseguirlo con la idea de que intercambiáramos papeles.

–¿Yo? –Tori puso los brazos en jarras–. ¡Fue idea tuya!

–Sí, pero te pilló. ¿Cómo lo hizo?

Tori se preguntaba lo mismo.

–Estábamos hablando de si buscarle pareja o no. Yo voto por que no.

–¿De verdad? –Lauren la estudió con una peculiar expresión–. Yo voto que sí. Tómatelo como si hiciéramos una buena obra ayudándole a encontrar el amor. Y con suerte, no se enterará.

–Está bien –accedió Tori a regañadientes–. Estaré atenta. Aunque no va a ser fácil mientras trabajo.

–También estábamos trabajando cuando encontramos pareja para Jenna y para Cindy.

–Aquí llegan los primeros invitados –apuntó Tori, aliviada–. En marcha.

Garrett llegó a la fiesta cuando estaba en su apogeo. Un periodista lo había retenido. En la industria cinematográfica las noticias viajaban deprisa, y le habían llegado rumores sobre los cambios que estaba introduciendo en las nuevas producciones. Garrett le había quitado importancia, aduciendo que eran las transformaciones lógicas de un cambio en la dirección. Lo que, en cierta forma, no era mentira. No hacía falta explicar que su padre había tenido una actitud excesivamente laxa.

Un camarero le ofreció una selección de aperitivos. Eligió un champiñón relleno y fue hacia una de las barras. Con la copa en la

mano, empezó a circular por la sala. Numerosas personas lo saludaron, estrechó manos y charló brevemente con unos cuantos.

Todo el mundo hablaba de lo bien organizada que estaba la fiesta, y Garrett tuvo que admitir que By Arrangement había hecho un gran trabajo. La comida estaba deliciosa, los espacios para sentarse eran cómodos y acogedores y no obstaculizaban el paso; muchos invitados llevaban puesto un tatuaje de los que se podían encontrar por la sala, en un evidente guiño al título de la película.

Todo parecía fluir espontáneamente, pero Garrett vio a Tori en un ángulo indicando a un camarero que recogiera las copas vacías. Llevaba un vestido negro de corte asimétrico en el escote y el cabello, suelto, le caía en cascada como un río de oro por su cuello de marfil.

Probablemente creía que pasaba desapercibida, pero se equivocaba. Garrett vio a más de un hombre girar la cabeza al verla pasar.

Felicitó al director y a las estrellas de la película, y se dijo que en cuanto saludara a la protagonista, Olivia Fox, habría concluido con su función de anfitrión. La localizó a cierta distancia, de espaldas, junto a Tori y Jenna Vick, y se encaminó hacia ellas.

–Confiaba en que Black viniera acompañado –oyó decir a Vick.

–Yo también –Fox sonó desilusionada–. Ahora sé a lo que te referías. Pasar el filtro de seguridad en el estudio es más difícil que en el aeropuerto. Es una lata.

–Lo siento –dijo Tori–. Estamos muy ocupadas, y apenas tenemos contacto con él.

¿De qué estaban hablando y por qué se disculpaba Tori?

–¿Y si hay aquí alguien apropiado? –sugirió Vick. Las dos actrices, que flanqueaban a Tori, miraron a su alrededor–. ¿Cuál es su tipo?

«¿Tipo?». Garrett siguió sus miradas con un mal presentimiento.

–No funciona así –explicó Tori–. No es como si tuviéramos un cuestionario ni nada así. Es más intuitivo.

–Sea como sea –dijo Olivia en tono suplicante–, haz algo, Tori. Black necesita urgentemente una mujer que lo dulcifique.

–A ser posible, antes de Navidad –añadió Vick. Cuando Olivia y Tori la miraron, se encogió de hombros–: Para que todo el mundo pase unas buenas vacaciones.

Garrett decidió entrar en escena.

–Buenas noches, señoras.

Las tres mujeres se volvieron sobresaltadas.

–Espero que os haya gustado la película –dijo amablemente–. Olivia, estás magnífica en el papel de Grace.

–Gracias –contestó ella, recuperando el aplomo–. Se oyen rumores de que puede ganar varios premios.

–Yo también lo he oído. Crucemos los dedos.

–De las manos y de los pies, como diría mi madre –la sonrisa seductora de Olivia puso en evidencia que su sensual personaje se inspiraba en la vida real.

–Tendrás que invitarla a los Premios de la Academia –sugirió Garrett–. Puede que nos dé suerte –dirigiéndose a Tori, añadió–: ¿Puedo hablar contigo un momento?

–Tengo que volver al trabajo –dijo Tori, haciendo ademán de marcharse.

–No –Garrett la sujetó del brazo–. Es mejor que hables conmigo.

–Os dejamos solos –dijo Vick, despidiéndose con un gesto de la mano.

–Adiós, Tori –dijo Olivia–. Y suerte con el proyecto.

Garrett llevó a Tori hacia un rincón que quedaba medio escondido por unas cortinas.

–¿Me puedes explicar de qué estabas hablando con las chicas? –preguntó, cruzándose de brazos.

Tori cerró los ojos y suspiró.

–Nos has oído.

–¿Lo del hombre que necesita dulcificarse? Sí –Garrett enarcó las cejas–. Espero una explicación.

–Te la daré. Pero quiero que quede claro que la culpa es tuya.

–¿De qué? –preguntó Garrett, teniendo que reprimir una sonrisa.

–Por hacer la vida en el estudio insoportable para todo el mundo.

Garrett frunció el ceño.

–¿Qué tiene eso que ver contigo?

–Nada, Y preferiría no verme implicada.

–¿Quieres aclararme de qué demonios estás hablando?

–Tori –Lauren apareció desde detrás de la cortina–. Te buscan en la cocina –entonces se dio cuenta de que estaba con Garrett y

sonrió–: Hola. Siento interrumpir. ¿Puedo ayudarte en algo?

–No, gracias –Garrett estaba seguro de que Lauren había acudido al rescate de su hermana–. Hablaré con Tori mañana, cuando pase por casa.

Tori llegó a La Vieja Casa Solariega antes de la hora porque no quería que Garrett pensara que intentaba evitarlo. Había decidido ser sincera con él sobre el plan de emparejarlo.

Prefería dejar las cosas claras y pedirle que cooperara. Después de todo, también a él le beneficiaría llevarse bien con los profesionales de la industria… Como si necesitara la aprobación de Jenna u Olivia…

Como tenía tiempo, decidió recorrer la casa y comprendió que el caos que reinaba tuviera desesperado a Garrett. La necesaria destrucción que precedía a la reconstrucción siempre era molesta. Y ruidosa.

Tori habló con el servicio de limpieza y con los albañiles, les dio su tarjeta y les pidió que la llamaran directamente en lugar de hablar con Garrett.

–¿Qué quiere que hagamos con el suelo? –preguntó el especialista en limpieza, refiriéndose al espacio próximo a la puerta.

Tori lo inspeccionó. El carpintero había pulido una sección para dar una idea de cómo quedaría. El grano de la madera refulgía bajo el sol.

–Es madera noble –dijo el hombre–. Sería un crimen cubrirla. Yo sugiero quitar la moqueta de toda la sala y barnizarla.

Tori estuvo de acuerdo, pero el constructor señaló las posibles complicaciones.

–Dado el poco tiempo que tenemos, yo me limitaría a pulirlo. El barniz exige que todos los demás trabajos cesen hasta que se seque.

–Hagamos solo esta zona. Hablaré con el señor Black por si quiere hacer el resto después de la fiesta.

Los hombres asintieron y volvieron al trabajo.

Como Garrett no aparecía, Tori llamó a la puerta de la habitación que usaba de dormitorio y, al no obtener respuesta, se asomó. No estaba allí. Había una cama grande y todo estaba en orden, aunque todas las superficies tenían polvo. Un raíl de ropa

ocupaba una pared, y en otra había un magnífico escritorio de roble. No se veía ningún objeto personal.

Tori volvió hacia el pie de la escalera, buscando el dormitorio principal, al que solo había echado una ojeada en uno de sus recorridos. Quizá, si conseguía crear un oasis para Garrett alejado de las obras, las soportaría mejor. Garrett le había dado un generoso presupuesto de su cuenta personal, aparte del estudio para la fiesta.

Revisó las demás habitaciones y vio muebles que podía utilizar. Garrett la encontró en la cocina, preparando un listado para los trabajadores.

–Gracias por esperarme, Tori.

Ella miró el reloj y vio que eran las diez y media.

–No tiene importancia –le sirvió una taza de café y se la dio–. Enhorabuena. *Asesinatos tatuados* ha recibido muy buenas críticas.

–Sí. Tu amiga Olivia debe de estar muy contenta –Garrett bebió café y soltó a bocajarro–: Explícame qué demonios os traéis entre manos.

Tori suspiró y decidió ser directa.

–Lauren y yo formamos parejas.

–Creía que erais organizadoras de eventos –dijo él, masajeándose las sienes.

–Somos las dos cosas –Tori le explicó los sucesos que habían conducido a la escena de la noche anterior–. En definitiva, que By Arrangement está intentando hacer feliz a todo el mundo.

–¿Actuando como mis alcahuetas?

Tori alzó la barbilla.

–No hace falta ser tan grosero. En el fondo todo el mundo quiere tu felicidad. ¿Tan mal te parece?

Garrett apartó su taza a un lado.

–No necesito que nadie me busque una mujer.

–¿No necesitas o no quieres?

–Ninguna de las dos cosas –Garrett se pasó las manos por su oscuro cabello y, poniéndose en pie bruscamente, fue hasta la encimera y cortó un trozo de papel de cocina.

Su inhabitual falta de control emocional hizo pensar a Tori en algo que había leído cuando hizo averiguaciones sobre él.

–He leído en Internet que estuviste prometido.

Garrett secó de la mesa una mancha de café en silencio.

–Eso significa que temes el compromiso –añadió Tori.

–Por favor, olvídalo. Tus amigas se equivocan. No necesito una mujer en mi vida –Garrett tiró el papel a la basura.

–Me temo que no van a darse por vencidas tan fácilmente.

–Pues no pienso darte ninguna información para ayudarte a encontrarla –dijo Garrett.

–No nos hace falta –Tori se acomodó en el asiento con calma–. Lauren y yo no trabajamos así. Es una cuestión de sensaciones.

–¿Qué sentís? ¿Una descarga eléctrica? –Garrett volvió a sentarse–. Debe de ser doloroso.

–¡Qué gracioso! –Tori se inclinó hacia él–. Cuéntame qué pasó con tu prometida.

–No –Garrett se cruzó de brazos–. Dime tú qué vas a hacer con la casa.

–Ya me he ocupado de todo –Tori estaba decidida a sacarle información para conseguir que se abriera–. ¿Rompiste tú o ella?

–No es asunto tuyo. ¿Qué has pedido que hagan?

–He hablado con los supervisores y han quedado en llamarme con cualquier pregunta. Van a dejar la moqueta excepto en la zona de la puerta, y, si pueden, restaurarán la madera en lugar de poner baldosas. Pero en el futuro, deberías quitar la moqueta del todo.

–Lo pensaré.

–También he pedido un segundo equipo de limpieza para que acaben antes.

Garrett asintió y se relajó lo bastante como para apoyar los brazos en la mesa e inclinarse hacia Tori.

–Ya te había dicho que debías estar aquí.

¡Bingo! Él quería algo de ella y ella también de él. Tori sonrió, y se inclinó a su vez hasta quedar a unos centímetros de sus ojos grises.

–Vendré cada dos días si accedes a ir a unas cuantas citas.

Garrett la miró con los ojos entornados.

–Ni hablar. Tienes suerte de que no cancele el contrato. No me gustan las mentiras. Dime por qué no debo despedirte.

–Porque eres demasiado honrado como para responsabilizar a By Arrangement de algo que está fuera de nuestro control –respondió ella sin titubear, porque era verdad que consideraba a Garrett justo–. Y porque es demasiado tarde para sustituirnos. Acéptalo.

–Puede ser. Pero tú tuviste la idea y tú tienes que llevarla a cabo.

–¿Tienes hambre? –Tori se puso en pie, fue al frigorífico y encontró ingredientes como para hacer unos sándwiches–. Voy a ocuparme de todo –llevó las cosas a la mesa y sacó un cuchillo de un cajón–. Me encargaré de las llamadas, pero sabes que estamos muy ocupadas. No puedo venir más a menudo.

–Me estás chantajeando.

–Me temo que no hay más remedio. Entiendo que como director y presidente de Obsidian prefieres el orden y el control, pero coordinar eventos es cuestión de planificación y de resolución de problemas. Tenemos que estar en todo para prevenir un desastre –puso fiambre y tomate en el pan–. Vamos, solo cinco citas. Mejorará tu reputación. Jenna y Olivia no se quejan solo con nosotras.

–Maldita sea –masculló Garrett, consciente de que tenía razón.

–Quién sabe, quizá conozcas a alguien que te guste –Tori le puso un sándwich delante y empezó a preparar otro.

–Lo dudo mucho –Garrett la miró mientras daba un bocado.

–¿Por qué no le das una oportunidad? –Tori se manchó el dedo con mostaza y se lo chupó. La mirada de Garrett siguió el gesto y el calor que Tori percibió en sus ojos cuando alcanzaron los de ella la hizo estremecer.

Pasando por alto lo que consideraba una reacción inapropiada, cortó el sándwich en cuatro y puso dos trozos en el plato de Garrett.

–Te dejo poner condiciones –ofreció.

Garrett terminó un trozo de sándwich mientras lo pensaba.

–Vale, voy a dos citas y tú vienes dos veces al día.

Tori se mordió el labio inferior. Eso descompensaría todo su horario, pero no le quedaba opción.

–Tres citas y una vez al día –contraatacó, cruzando los dedos.

Garrett apretó los dientes, pero asintió con la cabeza.

Tori tomó su tableta y preguntó.

–¿Cuáles son tus condiciones?

–Solo profesionales, nada de jovencitas aspirantes a famosas.

–Muy bien –Tori tomó nota–. ¿Qué más?

–Solo citas públicas, nada de privadas.

–Pero… –Tori se calló al recibir una mirada de hielo de Garrett–. Solo eventos públicos –confirmó.

–Y tú tienes que estar a mano por si necesito que me rescates.

Tori se quedó paralizada. La idea de ser testigo de las citas de Garrett no la seducía.

–¿Es verdaderamente necesario?

Garrett volvió a clavar la mirada en ella.

–O lo aceptas o no hay trato.

Tori lo apuntó apretando los dientes.

–¿Eso es todo?

–Por ahora. Excepto que quiero que acabemos con esto lo antes posible para quitármelo de encima antes de las Navidades.

–De acuerdo –también Tori prefería que fuera cuanto antes. La tarea de encontrar una mujer para Garrett le resultaba crecientemente molesta.

Llamaron a la puerta con los nudillos y entró María, una encantadora mujer latina de unos treinta años.

–Señorita Randall, la habitación del señor está lista para su inspección –anunció.

–Gracias, María –Tori la siguió–. Estoy deseando ver cómo ha quedado.

–Está preciosa –dijo María–. Sus sugerencias han hecho que esté moderna. El señor Black estará feliz.

–Eso espero –Tori necesitaba ganar puntos con Garrett, sobre todo porque tenía preparada su primera cita.

La habitación fue un éxito. Tori la había mantenido elegante y sencilla, añadiendo algunos toques modernos a la decoración clásica de muebles de maderas nobles. El mejor elemento era la cama, con una colcha en gris marengo y almohadones a juego. El conjunto resultaba cálido y confortable.

–¿Está contenta? –preguntó María.

–Mucho –Tori fue al cuarto de baño y vio que estaba inmaculado–. ¿Qué tal van las otras habitaciones?

–Todas limpias, incluido el estudio de la planta baja. Ya ha vuelto a ser solo despacho.

–Magnífico –Tori hizo un rápido recorrido por la casa y luego mandó a María continuar con la planta superior. Luego fue a por su ordenador. Tenía que acudir a una reunión. Después volvería para

hablar con Garrett.

Garrett entró en la casa por la cocina, dejó sus cosas y fue a buscar a Tori. Su coche seguía en la entrada, así que todavía no se había marchado. La encontró en el estudio.

–¿Qué haces aquí? ¿Dónde están mis cosas?

Había tenido mucha paciencia con aquella mujer. Su precipitación le hacía gracia, aunque no comprendía por qué. Nunca sabía qué esperar de ella. Pero había ido demasiado lejos.

–Garrett –ella se levantó de un salto–. ¡Qué bien que estés aquí!

–Te he hecho una pregunta.

–Ven conmigo –Tori rodeó el escritorio y Garrett deslizó la mirada por la curva de sus senos–. Tengo una sorpresa para ti.

–No me gustan las sorpresas –dijo él. Como si Tori no lo supiera.

A él le gustaba el orden y la disciplina y ella carecía de ambas cosas. No conseguía comprender cómo hacía tan bien su trabajo. Como no comprendía por qué los hoyuelos de sus mejillas ejercían tal fascinación en él.

–No me va a gustar –masculló, siguiéndola al piso superior sin poder retirar la mirada de su trasero–. Las habitaciones de arriba tienen aún más polvo que las de abajo.

–Ya no –Tori abrió la puerta del dormitorio principal con una sonrisa de oreja a oreja–. He hecho que las limpien –le indicó que entrara–. Y esto es para ti, para que puedas aislarte del caos de abajo: tienes tu propio baño y una cama grande en lugar de la pequeña del estudio.

Garrett miró a su alrededor en silencio y dijo:

–Excelente. Veo que has hecho algunos cambios.

–Quería darle un aire nuevo. Espero que te guste.

Garrett interpretó el «aire nuevo» como que había querido borrar los malos recuerdos, y mentalmente le agradeció el gesto.

–Creo que puedo soportar esta sorpresa.

–Me alegro, porque tengo otra –dijo Tori, cegándolo con una luminosa sonrisa. Cuando vio que Garrett la miraba con prevención, explicó–: Resulta que tenías razón. Hace falta supervisar el trabajo continuamente.

–Creo que es lo primero razonable que te oigo decir.

–¡Muy gracioso!
Garrett esbozó una sonrisa.
–¿Quieres decir que vas a venir más a menudo?
–No, quiere decir que voy a instalarme aquí.

Capítulo 7

GARRETT se rio.

–Supongo que estás bromeando –dijo al ver que Tori lo miraba enojada.

–En absoluto. Para terminar a tiempo voy a tener que trabajar desde aquí.

–Eso no significa que tengas que mudarte aquí –dijo Garrett aproximándose a ella.

–Llevo dos días corriendo entre esta casa, la oficina y las citas. Si me instalo aquí, puedo organizar el trabajo por la mañana y volver a lo largo del día para supervisarlo.

–¿No te preocupa que dé lugar a rumores?

–¡Qué detalle por tu parte preocuparte por mi reputación! Pero estamos en el siglo XXI, Garrett, y no le va a importar a nadie.

–A mí sí.

Durante una fracción de segundo, Tori dio un significado a aquellas palabras que se apresuró a rechazar.

–Me instalaré en el estudio. Y como tu despacho está en la biblioteca no tienes por qué enterarte de que estoy aquí –explicó.

–Lo dudo –dijo él, sarcástico.

–No hace falta ni que nos veamos –insistió ella.

Garrett sacudió la cabeza.

–No puede ser, Tori.

–Garrett, si quieres que acabemos a tiempo, no tienes otra opción. Y ahora, tienes que cambiarte de ropa y ponerte cómodo. Te espero en la cocina.

–¿Dónde vamos? –preguntó Garrett cuando ella ya se iba–. Necesito una ducha.

–Quince minutos –contestó Tori, alzando la voz.

Confiaba en que le bastaran para calmarse. La expresión que había atisbado en la mirada de Garrett cuando le había dicho que no podía quedarse, la había dejado temblorosa. Había estado tentada de echarse en sus brazos y demostrarle lo bien que podían

trabajar en equipo.

El sentido común había acudido en su rescate. Porque la alegría que había visto reflejada en la cara de Garrett al ver el dormitorio había expuesto una vulnerabilidad a la que no podía sucumbir. Muy a menudo la asaltaban recuerdos de desesperación y traición, recordándole las consecuencias de tender la mano a un alma torturada.

No. No se dejaría llevar. Tenía que mantener la cabeza fría para concluir la renovación.

–¿Me has traído a comprar un árbol de Navidad? –preguntó Garrett, incrédulo.

–No uno. Varios –le corrigió Tori. Enlazando su brazo con el de él para evitar que saliera huyendo, caminaron hacia el invernadero. El aire estaba perfumado del olor a pino–. ¡Qué bien huele! Necesitamos al menos tres.

Dos niños corrieron hacia ellos y estuvieron a punto de tirar a Tori. Garrett posó la mano en su espalda.

–Ten cuidado. Está todo mojado por la lluvia. Me extraña que haya tanta gente.

–¡Es el efecto de la Navidad!

–Eso parece –el tono de sorpresa de Garrett hizo que Tori se preguntara qué experiencia de la Navidad tenía. Él preguntó–: ¿Por qué queremos tres?

–Cada uno ocupará un lugar diferente y creará un ambiente festivo.

Garrett tarareó un villancico con sorna.

–Exactamente –dijo Tori con una sonrisa de oreja a oreja–. Lo primero es encontrar un gran árbol para el vestíbulo.

–Por aquí –dijo Garrett, llevándola hacia la izquierda–. Los más grandes están al fondo.

–Muy bien –repuso Tori, mirándolo de soslayo y considerando un triunfo que no hubiera salido corriendo–. ¿Hay algunas decoraciones tradicionales en tu familia que quieras que utilice?

–No lo sé –Garrett se encogió de hombros–. No recuerdo la última vez que pusimos un árbol.

–¿Ni cuando eras pequeño? –preguntó Tori. Ella no podía

concebir la Navidad sin uno de los fantásticos árboles de su madre

–Quizá en la zona del servicio, pero no en la casa principal –dijo Garrett con un tono plano que indicaba lo poco que había disfrutado de las fiestas–. A mi padre no le gustaban las decoraciones.

–¡Qué pena! –Tori le dio una palmada en el brazo–. Hoy vamos a compensarte por todos esos años.

–No es necesario –contestó Garrett, alarmado.

–No te creo. Todo el mundo se merece unas Navidades felices. ¡Aquí estamos! Árboles de más de dos metros y medio –Tori se frotó las manos envueltas en guantes mientras contemplaba los árboles tendidos en el suelo–. Necesitamos tus músculos para comprobar la forma de la copa.

Garrett le lanzó una mirada dubitativa, pero levantó el primer árbol, un magnífico ejemplar de al menos tres metros.

–No va a caber en el coche –dijo él.

–No. Haremos que nos lo envíen junto con el de la terraza –Tori lo rodeó y vio que tenía una calva en un lado. Indicó a Garrett que levantara el siguiente–. Solo nos llevaremos el del salón.

–¿Y por qué no mandamos los tres? –Garrett levantó pacientemente un abeto de casi cuatro metros.

Era majestuoso y simétrico. El árbol perfecto. Tori aplaudió:

–¡Este!

Garrett hizo una señal al dependiente. El joven de rostro pecoso le puso una etiqueta y ocupó el lugar de Garrett para mostrar los siguientes árboles.

–Necesitamos uno algo menor –dijo Tori, rechazando el primero con la cabeza–. Demasiado delgado.

El siguiente, demasiado cuadrado. Garrett la acompañó con gesto de aburrimiento y Tori supo que pronto perdería la paciencia. Afortunadamente, el tercero fue de su agrado. El chico lo marcó y Tori le dio la dirección de entrega.

–Adoro las Navidades –dijo, frotándose las manos–. Me estoy poniendo de buen humor. ¡Por cierto, hoy he tenido una idea! ¿Qué te parece si ponemos una máquina de nieve en la fiesta para que caiga en la terraza?

–No.

Tori hizo un mohín.

–Solo un poco. Habrá calentadores externos y la chimenea estará encendida. Crearía el ambiente perfecto.

–No. He vivido en Nueva York y te aseguro que la nieve es húmeda y sucia.

–A los californianos les encantaría. Yo siempre he soñado con unas Navidades blancas.

–Hasta que te caigas en un charco –dijo Garrett, inamovible.

–Vale –accedió Tori con un suspiro de resignación–. Nada de nieve.

–Estupendo. ¿Podemos volver a casa ya?

–No –Tori enlazó el brazo con el de Garrett y lo llevó hacia la zona con árboles medianos–. Tenemos que encontrar el árbol familiar, que irá en el salón.

–¿Para qué familia? –preguntó él con sorna–. Solo estoy yo.

–Más que suficiente –Tori se tomó como una victoria que no rechazara la idea–. Esta vez los sujeto yo y tú eliges –se agachó para levantar uno–: ¿Qué te parece?

–Muy bien –dijo él.

–No es verdad –replicó Tori–. Tiene un agujero en un lado. Recuerda que quieres impresionar a tus invitados –lo dejó y levantó el siguiente, pero Garrett sacudió la cabeza y lo dejó de nuevo.

Garrett rechazó los siguientes. Después del cuarto, y al descubrir a Garrett mirándole el trasero, preguntó:

–¿Qué tiene este de malo?

–Demasiado cargado por abajo.

–Y una….

–Mira, mami, es *plecioso* –se oyó decir a un niño.

Tori miró hacia atrás y vio a un niño con una gorra azul que miraba el árbol con los brazos en jarras.

–¿Te gusta? –le preguntó.

–Es *plecioso* –repitió el niño, entusiasmado.

–¡Sam! –una mujer joven con un bebé en brazos llegó a su lado–. Sam, te he dicho, en repetidas ocasiones, que no te separes de mí.

–Pero, mamá, he encontrado el árbol *plefectísimo* –dijo Sam, abriendo los brazos.

Su cara de felicidad podría haber servido para un anuncio de las fiestas y a Tori se le derritió el corazón.

–Cariño, es precioso, pero lo han elegido estos señores –la madre

se volvió a Garrett y a Tori–: Lo siento.

–No es necesario –Tori sonrió–. De hecho, no vamos a llevárnoslo, así que puede quedárselo.

La mujer se sonrojó.

–Se sale de nuestro presupuesto. Vamos, Sammy.

–Pero, mamá –protestó Sam–. ¡Dicen que podemos llevárnoslo!

Tori miró a Garrett y él, agachándose a la altura del niño, dijo:

–Sam, debes obedecer a tu madre. Necesita que seas bueno y cuides de tu hermana. ¿Serás capaz de hacerlo?

–¿Y por qué mamá no quiere el árbol? –preguntó Sam con labios temblorosos.

–A veces las mamás tienen que tomar decisiones complicadas –explicó Garrett–. Puede que si compra un árbol más pequeño pueda compraros a ti y a tu hermana un buen regalo.

–¿De verdad? –Sam parpadeó. Al ver que Garrett asentía, tomó la mano de su madre y dijo–: Lo siento, mamá.

–Gracias –dijo esta a Tori y a Garrett.

Dio media vuelta, pero se detuvo cuando Garrett dijo:

–De hecho, como Sam ha sido tan bueno, nos gustaría hacerle un regalo, si no le importa.

La mujer se volvió, claramente dubitativa. Finalmente, se encogió de hombros.

–Está bien.

Garrett indicó a Sam que se acercara.

–Queremos regalarle este árbol.

Sam se puso a dar saltos de alegría.

–Pe–pero… Es demasiado –protestó la madre.

–Por favor, acéptelo –Tori le pasó el árbol al joven encargado–. Le aseguro que tiene que ganar puntos con papá Noel –añadió, refiriéndose a Garrett.

La mujer vaciló, pero al ver la mirada suplicante de su hijo, terminó por ceder.

–Muchas gracias. Algún día van a ser unos magníficos padres.

–Me temo que no… –empezó Tori.

–¿Están preparados? –concluyó la mujer por ella–. Lo comprendo. Tienen el brillo de los recién casados en la mirada. Disfruten del momento, pero les aseguro que los niños son una bendición. Acaban de hacer a Sam feliz. Les deseo unas maravillosas

Navidades.

Evitando mirar a Garrett, Tori decidió no aclarar la situación para evitar incómodas explicaciones.

–Feliz Navidad para usted también.

Una vez la familia se alejó, Tori le dijo a Garrett:

–¡Ha sido un detalle maravilloso!

Él mantuvo su habitual gesto impasible y contestó:

–Es un buen chico –Tori lo miró fijamente hasta que Garrett se sonrojó levemente y añadió–: Y, por lo visto, necesito ganar puntos con papá Noel.

Tori sonrió.

–Ayudarme a decorar el árbol te dará unos cuantos más. ¿Cuál de estos era tu favorito?

Garrett se agachó para levantar el segundo que ella le había enseñado.

–Este.

–Garrett, antes has dicho que le faltaban ramas.

–Tú lo compensarás con la decoración.

–Pero no quiero…

Garrett se volvió y le plantó un beso en los labios para callarla.

Automáticamente, ella se alzó sobre las puntas de los pies y se arqueó contra él. Garrett prolongó unos segundos el beso antes de levantar la cabeza.

–Vamos, cariño, es hora de que los recién casados vuelvan a casa.

Al día siguiente, Tori se despertó en una habitación desconocida, inundada de luz, y recordó que estaba en el estudio de la casa de Garrett y que no había cerrado las cortinas.

Eran las seis de la mañana y quería estar lista para cuando llegaran los trabajadores. Por lo que sabía, Garrett salía sobre las siete. Como prefería evitarlo, decidió dar instrucciones primero y luego desayunar.

Maldiciendo por haberse olvidado las zapatillas, fue de puntillas a la cocina. Por la puerta abierta, vio el árbol en mitad del salón. Había planeado decorarlo la noche anterior, pero el beso de Garrett le había hecho cambiar de planes. Podía ser insoportable, pero

había algo en él que le gustaba demasiado, y por eso mismo, al llegar a casa había decidido retirarse.

Pero aquella noche sí lo harían. Que Garrett no tuviera buenos recuerdos de la Navidad en su infancia no significaba que no pudiera tenerlos en el futuro.

–Señorita Randall, ha llegado una furgoneta del invernadero con las flores de pascua –le anunció el supervisor de las reparaciones llamando a la puerta de la cocina.

–Estupendo. Por favor, dígale que las lleve al porche –contestó ella. Y fue a la encimera. Afortunadamente había café fresco, aunque tanto los armarios como el frigorífico estuvieran prácticamente vacíos. Puso un trozo de pan seco en la tostadora y apuntó en su lista de recados hacer una compra.

Con la taza en la mano, hizo un recorrido por la casa con el supervisor. La limpieza estaba prácticamente finalizada, así que el equipo de limpieza podía pasar a la decoración. Había cientos de luces blancas que poner en el interior y unos focos en el jardín. Tori quería mantener el exterior de la casa sobrio y el interior luminoso para sorprender a los invitados y ahuyentar la imagen sombría y lúgubre que la gente tenía de ella.

Tras organizar el trabajo, pidió a María que la acompañara al desván a buscar decoraciones para los árboles de Navidad que llegarían a lo largo del día.

Treinta minutos removiendo entre polvo y telas de araña resultaron infructuosos.

–Aquí no hay nada –dijo María, dándose por vencida.

–No –Tori se sacudió las manos de polvo–. Tendremos que ponerlas en la lista de deberes –sacó el teléfono del bolsillo y lo apuntó–. Nos vemos en diez minutos en la cocina.

Después de hacer la compra tenía que ir a la oficina para repasar el menú de un evento del día siguiente. Y tuvo la genial idea de mandar la lista de la compra de comida a su jefe de cocina.

Garrett aparcó en el garaje y se pasó la mano por el cuello para relajarlo. Había pasado el día encerrado, atendiendo reuniones para preparar la estrategia empresarial del año siguiente.

Exhausto, fue hacia la casa, donde las luces encendidas le dieron

una bienvenida que no había recibido en todos los meses que había pasado allí.

–No seas idiota –masculló entre dientes–. Solo se debe a que tu compañera temporal de casa ha llegado antes que tú.

Pero, aun así, subió la escalera con un brío inusual.

En el interior lo recibió un delicioso aroma a comida que le hizo salivar… y afianzó en él una extraña sensación de pertenencia que prefirió ignorar.

Dejó el maletín y fue a la cocina en busca del origen del delicioso olor. Levantó la tapa de una cazuela y aspiró.

–Es un guiso –el anuncio de Tori lo hizo saltar como si lo hubiera pillado con las manos en la masa–. Espero que tengas hambre –añadió con expresión risueña.

–Huele muy bien.

Tori lo sustituyó delante del fogón para remover el guiso.

–Es una receta de mi madre –dijo, y, guiñándole un ojo, añadió–: Con algunos toques míos.

Garrett apenas oyó sus palabras porque estaba concentrado en su boca, en sus suaves y levemente húmedos labios. Ella alzó la mirada hacia sus ojos y, pasándose la lengua por los labios, se desplazó hacia un lado.

–¿Por qué no vas a refrescarte mientras pongo la mesa? Te pondré al día durante la cena.

–Me parece una buena idea –Garrett retrocedió, pensando que el delicioso aroma le había nublado la mente momentáneamente. Estaba decidido a evitar a Tori, pero en la fría noche, tras un largo día de trabajo, el olor del guiso había borrado la irritación de tenerla como compañera de casa y, por una fracción de segundo, su subconsciente había transferido el hambre de la comida a la cocinera.

Se duchó en un tiempo récord.

Tori hablaba demasiado y era demasiado animada. ¿Cómo podía ser tan optimista? Parecía que la gente le importaba de verdad. Trataba a los trabajadores como a iguales, tenía en cuenta sus opiniones y conseguía que todo el mundo se sintiera valorado.

Incluso conseguía arrastrarlo a él con su entusiasmo. No podía negar que había disfrutado de la excursión para comprar los árboles de Navidad y que había sentido un gran placer en regalar a Sam el

suyo. Lo cierto era que Tori representaba un reto. Le obligaba a pensar, le hacía reír, le hacía sentirse vivo. Pero nada de eso cambiaba el hecho de que lo único que él quería era estar solo.

Para cuando volvió a la cocina, Tori había servido dos platos y estaba dejando sobre la mesa un tercero con galletas recién horneadas.

–No tenías que haberte molestado –dijo, sentándose. Su estómago rugió y Garrett sonrió, avergonzado–. Pero te lo agradezco. Tiene un aspecto magnífico.

–Y sabe mejor, aunque peque de falta de modestia –Tori arrugó la nariz–. Adoro comer un buen guiso en una noche fría.

–Yo también –contestó Garrett, aunque no recordaba la última vez que había comido uno. Empezó a la vez que Tori servía el vino.

Tras unos primeros bocados en un cómodo silencio, Tori le puso al día sobre los progresos en la casa y concluyó con el gran árbol del vestíbulo que esperaba a ser decorado.

–Por fin creo posible que lo logres –dijo Garrett–. Sabía que tu presencia aquí era imprescindible.

–Me alegro de que estés contento. Y lo estarás aún más cuando concluyamos con nuestra tarea –Tori entrechocó su copa con la de Garrett–. Después de cenar vamos a decorar el árbol.

Garrett sacudió la cabeza.

–Ya te dije que no tenemos decoraciones. Mi padre no era nada sentimental.

–Ya. He revisado el desván sin éxito. Por eso mismo he ido a comprarlas –contestó Tori con ojos brillantes–. Así podrás usarlas las próximas Navidades.

Tori estaba tan contenta que Garrett no fue capaz de decirle que nos las necesitaría. El año siguiente estaría solo en Santa Bárbara, donde un árbol de Navidad solo serviría para recordarle todo aquello de lo que había carecido.

–No tengo experiencia decorando –advirtió a Tori.

–No te preocupes. Yo tengo un montón –Tori puso los ojos en blanco–. Como te he contado, mi madre era la reina de las fiestas. Solía decorar toda la casa en torno a un tema.

–¿Qué tipo de tema?

–La casa de Papá Noel, Dickens, ángeles, cualquier cosa relacionada con la Navidad. Y hacíamos decoraciones a mano que

conservábamos de un año para otro. Eran mis favoritas.

Saciado después de repetir dos veces, Garrett desplazó el plato a un lado. Los felices recuerdos de Tori le resultaban asombrosos.

–Hemos tenido infancias muy distintas.

–Sé que soy muy afortunada –Tori llevó los platos al fregadero–. Luego fregaré –tomó las copas y la botella de la mesa y añadió–: Vamos, acabaremos esto mientras trabajamos en el árbol.

Garrett la siguió al salón, donde el árbol lucía majestuoso, en una esquina entre dos ventanas. Tori dejó la bebida en la mesa y encendió la luz. El árbol se iluminó con cientos de lucecitas. Garrett lo observó admirado.

–Está precioso solo con las luces.

–Es verdad –Tori se colocó a su lado y contempló el árbol–. Pero estará aún más bonito cuando acabemos. Libera tu creatividad.

Atrajo a Garrett hacia una mesa en la que había lazos dorados, estrellas y copos de nieve de purpurina plateada y bolas de todos los colores y tamaños.

–¡Qué cantidad de cosas! –exclamó él.

–No hace falta usarlo todo. Elige lo que quieras –Tori tomó un lazo–. A mí me gustan más los lazos que el espumillón, por ejemplo –para demostrarlo, colocó varios de ellos–. ¿Puedes ocuparte de las ramas altas?

Garrett siguió su sugerencia y pronto empezó a ver los resultados. Entre las luces y los lazos, el árbol parecía refulgir. Luego continuaron con los copos de nieve, añadiéndole aún más luz.

Inspirado por un sorbo de vino, decidió introducir rojos y seleccionó las decoraciones en todas las gamas de ese color sin tener en cuenta la forma. De vez en cuando, Tori le indicaba que colocara algo hacia el interior de las ramas para crear una mayor profundidad.

Cuando retrocedieron para observar el conjunto, Tori dijo:

–Los rojos quedan de maravilla. Le dan un aire original y tradicional a un tiempo.

–He copiado de tu madre la idea de ceñirme a un tema.

Tori sonrió.

–Es un buen comienzo –y mientras buscaba los últimos ornamentos, le pidió–: Háblame de tu madre.

–¿A cuál de ellas te refieres? –preguntó Garrett, dándole la espalda mientras colgaba una rosa roja.

–La de verdad.

Garrett no supo por qué, pero las palabras brotaron de sus labios irreflexivamente.

–Apenas la conocí. Nos dejó cuando tenía tres años y murió cuando tenía diez.

–¡Tan pequeño! –dijo ella con dulzura–. ¿La viste después de que se fuera?

–Muy poco. Una o dos veces al año –aunque habló con indiferencia, Garrett sintió por primera vez en mucho tiempo la misma sensación de abandono que recordaba de su infancia–. Al principio solo quería que volviera, pero pronto me di cuenta de que no le importaba. No sé si me quiso alguna vez, pero no le impidió utilizarme como moneda de cambio contra mi padre, que nunca quería dejarme con ella.

–Lo siento –dijo Tori, reaccionando al dolor que impregnaba sus palabras–. Al menos eso demuestra que él te quería.

Tori y su incombustible optimismo…

–Mi padre nunca quiso a nadie más que a sí mismo.

–¿Y tus madrastras?

–Todas eran jóvenes y bonitas actrices que buscaban un atajo en su ascenso a la fama.

–¡Qué cínico eres! ¿No tuviste ningún afecto en tu infancia?

–Nunca me faltó nada. El personal se ocupaba de ello. Fui a los mejores colegios, gocé de todos los privilegios. Mi padre me dejó ir a UCLA porque tiene una de las mejores escuelas de cine.

–Debía de estar muy orgulloso de que quisieras seguir sus pasos.

–No especialmente –Tori insistía en dotar a su padre de emociones que era incapaz de sentir. Y en eso él sí había seguido sus pasos–. Quería que fuera una réplica suya; y, cuando vio que me resistía, perdió interés en mí.

–Pero te nombró director del departamento creativo.

–No salió bien.

–¿Qué pasó?

–Teníamos ideas muy distintas.

–¿Por ejemplo?

–A mí me gustan las buenas historias. Él prefería los efectos

especiales.

–Y rechazaba tus sugerencias –adivinó Tori.

–Por poco tiempo. Dimití. Y gané un premio de la Academia con mi siguiente película, que además de tener un buen argumento, incluía efectos especiales.

–Así que le diste una lección –dijo Tori, sonriendo.

Garrett fingió concentrarse en el árbol. Tori leía sus pensamientos con demasiada facilidad. Si no cambiaba de tema, terminaría hablándole de cómo su prometida lo había abandonado cuando dimitió.

–¿Te parece que ya lo hemos decorado suficiente? No quiero pasarme –comentó.

–Nunca se decora un árbol de Navidad en exceso –dijo ella.

Y se inclinó para contar las decoraciones rojas que quedaban. El cuello de su jersey se abrió, dejando a la vista de Garrett la deliciosa visión de su escote. Al instante su cuerpo reaccionó al recordar el dulce sabor de su boca. Con el jersey amarillo, su pálida piel y su rubio cabello suelto, parecía absorber los reflejos del árbol y estar rodeada de un halo de luz.

Tori se irguió y él dio un paso atrás, recordándose que no debía dejarse llevar por fantasías con una empleada. Debía de necesitar una mujer más de lo que creía. O cualquier cosa que le permitiera quitarse de la mente específicamente a aquella.

–Solo hay seis –dijo ella, ajena al ejercicio de control que Garrett acababa de hacer–. Ponlas todas y luego decidiremos qué colocar en lo alto.

–¿Qué pondría tu madre?

–Distintas cosas, pero siempre algo grande. Este es tu árbol, así que eliges tú.

Garrett observó el árbol y le sorprendió comprobar lo satisfecho que se sentía con el resultado y más aún con lo bien que lo había pasado. Le sentaba bien usar su lado creativo.

–No me extraña –contestó Tori, poniendo en evidencia que, sin darse cuenta, Garrett había expresado su último pensamiento en voz alta–. ¿Cuándo hiciste tu última película?

–Hace más de un año. Estaba haciendo el casting de la siguiente cuando tuve el accidente.

–Y empezaste con la cirugía y la rehabilitación –dijo Tori,

acercándose a él.

Garrett se preparó para que lo tocara, pero, aun así, sintió una sacudida cuando ella entrelazó sus dedos con los de él y los apretó, a la vez que le dedicaba una mirada llena de comprensión.

–Has tenido un año muy difícil –añadió ella.

–En cuanto reorganice el estudio… –Garrett tuvo que ejercer sobre sí mismo todo el control del que fue capaz para no besarla–, volveré a hacer películas.

–¿No piensas quedarte al cargo del estudio?

–Espero dejarlo en manos de un director ejecutivo, aunque todavía tengo que resolver algunos asuntos para devolverle el prestigio que se merece –¿de dónde había salido eso? No tenía la menor intención de comentar sus planes con nadie–. Olvida lo que acabo de decir.

–Por supuesto –se apresuró a decir ella–. Espero que el estudio no esté en riesgo.

–No, solo necesita algunos cambios. En cuanto los introduzca, volveré a mis propios proyectos.

–Es una gran idea –Tori se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla–. Entretanto, disfruta de las fiestas. Estás a tiempo de acumular buenos recuerdos.

Aquellas palabras hicieron recordar a Garrett que los árboles de Navidad y los bonitos recuerdos no eran para él. Retrocedió para mirar el árbol y dijo:

–Pongamos un gran lazo dorado en lo alto. Me gusta rematar bien las cosas.

Capítulo 8

TORI entró en calcetines a la cocina a las siete de la mañana y fue directa a la cafetera. Con una buena taza de café en la mano, se apoyó en el fregadero, respiró profundamente el aroma con los ojos cerrados, dio un sorbo y gimió de placer.

–Si prefieres quedarte a solas con tu taza de café, puedo irme.

Tori se volvió bruscamente. Garrett estaba sentado a la mesa con un café y una tostada.

–Buenos días –Tori se sentó frente a él y dejó una carpeta en la mesa–. Lo siento, pero mi primera taza de café y yo tenemos una relación muy especial.

Garrett alzó la suya a modo de brindis.

–Intentaré no olvidarlo. ¿Qué tienes programado para hoy?

–En cuanto deje las cosas organizadas aquí, tengo que ir con Lauren a inspeccionar un local –Tori le quitó un trozo de tostada y la untó con mantequilla–. Luego me toca ultimar los detalles para la cena de esta noche de los jefes de departamento de tus estudios. Por cierto, ¿a qué hora quieres decir unas palabras?

–¿Qué palabras? –preguntó Garrett, desconcertado.

–Lo tradicional es que el director de la compañía dedique algunas palabras elogiosas o que entregue algún premio.

–La verdad es que no lo había pensado.

–Vale –lo que Garrett había dicho la noche anterior sobre la reputación del estudio explicaba su actitud: no estaba introduciendo normas por capricho, sino por necesidad. Evidentemente, estaba preocupado–. Deberías decir algo positivo. Podrías concentrarte en los éxitos cosechados por el estudio a lo largo de los años y concluir con tus planes para el futuro.

–No me parece una mala idea –dijo Garrett–. Tendré en cuenta el consejo.

–Decidas lo que decidas, te doy veinte minutos antes de la cena –Tori se levantó para servirse otra taza de café–. Ah, y había olvidado decirte que esta noche tienes tu primera cita.

–¡No!

–Sí. Ya lo he organizado para que un coche os recoja a Gwen y a ti y os lleve a la cena.

–¿Cómo voy a tener la oportunidad de conocerla si estoy en un evento público? –dijo Garrett, claramente contrariado.

–Creía que eso era lo que querías –replicó Tori, aunque el recordatorio fue más para sí misma que para él–. Es la ocasión perfecta. Estarás rodeado de gente.

Garrett frunció el ceño.

–Está bien –aceptó finalmente–. Pero recuerda que prometiste estar a mano.

–No me necesitarás –Tori no comprendía por qué le resultaba tan difícil aquella conversación. Deslizó la carpeta hacia él–. Ahí tienes información sobre Gwen.

–¿No puedes hacerme un resumen? ¿Qué te dicen tus poderes mágicos?

Tori frunció el ceño, pero pasó por alto el comentario sobre sus poderes.

–¿Quieres un resumen? Quizá te baste con esto: modelo internacional.

–¿Cuántos días más vas a quedarte en la mansión? –preguntó Lauren en cuanto Tori se sentó en el despacho.

–Pocos –Tori se quitó los zapatos y encendió el ordenador–. Solo quedan algunas reparaciones por terminar.

–Te necesitamos. Hannah –dijo Lauren, refiriéndose a su jefa de cocina– está histérica.

–Es la primera persona con quien voy a hablar para los próximos eventos. Hoy usaremos el catering del hotel y ya he confirmado todos los detalles.

Lauren miró una lista en su cuaderno.

–Bien. Y yo he hablado con el coordinador. Después de las tres podemos llevar nuestras cosas.

Tori miró su tableta y vio que era la misma hora que ella había fijado.

–Genial, coincide con mi horario.

–¿Todo va bien con Garrett y Gwen? –preguntó Lauren.

Tori tuvo que sacudirse un súbito abatimiento.

–Le he dado la carpeta de Gwen en el desayuno. No estaba demasiado contento con recibir la noticia tan tarde, pero ha cedido.

–Fuiste tú quien quiso esperar –apuntó Lauren.

–Porque sabía que iba a poner pegas de todas formas. Si le hubiéramos dado más tiempo, habría buscado alguna excusa.

–¿Tan bien lo conoces? –preguntó Lauren con un brillo en los ojos.

Tori consiguió no reaccionar ante la clara insinuación de su hermana.

–Patético, ¿verdad? –dijo con un suspiro, esforzándose por sonar indiferente–. Con suerte, Gwen será la elegida y podremos concentrarnos en el trabajo.

–Si fuera así, tendríamos mucha suerte –Lauren usó un tono peculiar que Tori no supo interpretar y que la intranquilizó.

–Ya veremos –concluyó Tori.

Se quitó de la cabeza a Garrett y su cita. Ya les había dedicado suficiente tiempo. Abrió el documento con los detalles de la cena de la noche y giró la pantalla hacia Lauren. Hablando de trabajo consiguió relajarse. Y no fue consciente de la mirada especulativa con la que su gemela la observaba.

Las palabras de Garrett fueron recibidas con un cerrado aplauso. Suspiró aliviado y a la vez que volvía a su asiento agradeció mentalmente a Tori haberle servido de inspiración. Centrándose en lo positivo no había mentido, aunque quizá había pecado de excesivo optimismo.

–Magnífico, Garrett –Irene Allan, la jefa de Relaciones Públicas, le dio una palmadita en el brazo–. Tu padre estaría orgulloso de ti.

–Lamento tu pérdida –dijo su cita, inclinándose hacia él y proporcionándole una vista privilegiada de su generoso escote. Sus sensuales curvas se completaban con un lustroso cabello negro, piel de marfil y unos espectaculares ojos azules. Era innegable que se trataba de toda una belleza.

–Gracias. Falleció hace más de un año.

–Fue un bonito detalle que te diera trabajo en el estudio.

Garrett había decidido ya antes de llegar al hotel que la belleza

de Gwen superaba con creces su inteligencia.

–Los estudios eran de mi familia y los heredé a su fallecimiento –era evidente que Gwen no había estudiado la documentación de su carpeta.

Miró a su alrededor buscando a Tori y frunció el ceño al verla con un hombre que parecía más interesado en su cabello rubio que en el papel que ella le mostraba.

–Deberías hacer una película sobre mí –dijo Gwen, enredando un dedo en un mechón de cabello–. Todo el mundo dice que mi vida es como un cuento.

Garrett pensó que la noche se le iba a hacer eterna.

Tori siguió a los últimos comensales hacia la sala contigua, donde estaba la pista de baile, y cerró la puerta del comedor.

–Comedor cerrado –anunció a Lauren.

–Muy bien. Daré un repaso por si alguien ha olvidado algún objeto personal. ¿Ha habido alguna queja?

–Ninguna digna de mención –contestó Tori, aunque estaba más atenta a Garrett y a Gwen que a la conversación.

–¿Sientes alguna vibración?

Tori se sobresaltó al oír la voz de Lauren directamente a su lado. Se volvió y vio que miraba en la misma dirección que ella.

–No –contestó–. ¿Y tú? Parecen llevarse bien.

Garrett estaba al borde de la pista de baile, hablando con el jefe de contabilidad. Gwen colgaba de su brazo, con la cabeza apoyada en su hombro. Garrett la miró por un instante, pero Tori no consiguió ver la expresión de su rostro.

–A mí me parece que está incómodo –dijo Lauren.

–¿Sí? –Tori no pudo evitar un esbozo de sonrisa–. ¿Tampoco percibes vibraciones?

–Ninguna –confirmó Lauren. Al ver que Tori suspiraba con alivio se plantó delante de ella y preguntó–: ¿Estás segura de que no quieres decirme nada?

–¡Completamente! –contestó Tori con una firmeza innecesaria.

Era cierto que empezaba a considerar a Garrett un amigo. Y también era verdad que la alegría que había mostrado decorando el árbol y las confidencias que había compartido con ella sobre su

infancia, la habían enternecido. En la misma medida que verlo retirarse al instante tras una máscara de indiferencia había servido para recordarle hasta qué punto era inaccesible. Si Garrett no aprendía a luchar con sus demonios internos, acabaría por explotar y arrastraría con él a cualquiera lo bastante inocente como para sentir algo por él.

–De verdad que no tengo nada que contarte –dijo con más calma–. Es solo que, si no tenemos que estar pendientes de si funcionan como pareja, podremos concentrarnos en el trabajo.

–Ah –dijo Lauren sin abandonar su escepticismo–. Pero como sigue siendo nuestro cliente, tenemos que estar pendientes de él.

Tori obedeció a Lauren y no le quitó ojo de encima. Recorrió la sala. Una luz baja con rayos violetas y dorados le daba un aire de fantasía, y cortinas de gasa creaban espacios de intimidad. Grandes sofás de cuero blanco rodeaban la pista, acogiendo a los bailarines entre canciones. El grupo de música alternaba con brillantez los tempos lentos y los vivos.

Garrett y Gwen bailaban en ese momento al ritmo de una balada, y Tori decidió salir al exterior. En la terraza había una carpa para fumadores, con plantas y biombos de madera a modo de separadores.

–Hace falta un camarero más en la sala de fumadores –dijo Tori en el pinganillo.

–Mando a dos –contestó Lauren.

Atraída por la fresca brisa y la tranquilidad, Tori se alejó hacia la piscina y, quitándose los zapatos, se echó en una tumbona. La música de la fiesta le llegaba amortiguada y unas lámparas con luz amarillenta creaban un ambiente cálido.

–Voy a tomarme diez minutos –dijo a su hermana–. Despiértame si no vuelvo en un rato.

Lauren se rio y contestó:

–El café va a ser servido. Pronto cerraré el bar. Lo último será la sala de fumadores.

–Muy bien.

–No veo a Garrett. ¿Se ha ido?

–La última vez que lo he visto estaba bailando.

–Pues ya no está. Puede que la cita haya ido mejor de lo que parecía y se hayan marchado.

Tori sintió que se le paraba el corazón y trató de pensar con lógica.

–No creo; me dijo que quería despedir a los invitados personalmente –se frotó las sienes para librarse de un incipiente dolor de cabeza–. Si hubiera cambiado de idea nos lo habría dicho.

–Vale, disfruta del descanso.

Incapaz de relajarse sin saber qué había sido de Garrett, Tori llamó al chófer, que le informó que estaba llevando a Gwen a su casa. Sola. Y que Garrett le había dicho que después de dejarla, estaba libre.

Tori se relajó y cerró los ojos.

–¿Contemplando las estrellas, señorita Randall? –la voz de Garrett le llegó en la oscuridad.

Tori sonrió y contestó sin abrir los ojos:

–Cargando las pilas, señor Black.

Lauren la oyó y le pidió que confirmara que había localizado a Garrett. Tori lo hizo y desconectó el pinganillo.

–Un nuevo éxito de By Arrangement –la voz sonó encima de ella.

Poniéndole nerviosa la idea de que estuviera mirándola, Tori abrió los ojos y encontró su plateada mirada fija en ella.

–Me alegro de que te lo parezca –Tori se sentó y puso los pies en el suelo–. Tengo entendido que has mandado a Gwen a casa.

–Sí. Tenía que levantarse temprano.

Garrett habló con una indiferencia que no permitió a Tori hacer ninguna deducción. Optó por una pregunta directa.

–¿Vas a volver a verla?

–¿Qué te dicen tus poderes?

–No se trata de poderes –Tori se puso en pie.

Garrett ladeó la cabeza.

–Entonces, ¿qué es lo que sentís?

En realidad, era una buena descripción, pero a Tori le irritaba el tono sarcástico que usaba Garrett.

–No lo sé. No es algo de lo que solamos hablar.

–¿Y cómo es que he sido arrastrado a esto?

–Tampoco te quejes. No es tan espantoso pasar unas horas con una preciosa supermodelo.

Garrett hizo un gesto de irritación y la acorraló.

–¿Vas a contestarme o no?

Resistiéndose a ser intimidada, Tori se cuadró de hombros.

–Está bien, notamos vibraciones. Y no, no hemos notado nada entre Gwen y tú.

Garrett pareció satisfecho con la respuesta. Inclinándose hacia ella, susurró:

–Si es así, admito que no ha sido una tortura, pero sí una pérdida de tiempo. ¿Quieres bailar?

Desconcertada por la inesperada pregunta, Tori dio un paso atrás.

–Cuidado –dijo él, tomándole la mano y tirando de ella.

–¡Vaya! –al mirar hacia atrás, Tori vio que había estado a punto de caerse en la piscina–. Gracias.

–Aceptaré eso como un «sí».

Rodeándole la cintura, Garrett la atrajo hacia sí y comenzó a moverse con la música.

«¡Oh, Dios mío! ¡Mantén la cabeza!», se dijo Tori.

Pero le sirvió de poco para contrarrestar la calidez del abrazo de Garrett. Dando un suspiro, se fundió con él. Su cabeza encontró el apoyo de su hombro, sus senos se acomodaron contra su torso, su cuerpo se meció al ritmo del de Garrett.

Olía tan bien, bailaba tan bien, estaba tan bien a su lado… Se acurrucó contra él, buscando más y más.

El rumor que oyó en su pecho acompañando a la risa que le llegó por el oído le hizo consciente de hasta qué punto estaba en peligro. Que solo quisiera sonreír y hundir la nariz en su pecho era la prueba de lo adormecidas que estaban sus inhibiciones.

Sentir los labios de Garrett en su cabello la hizo reaccionar.

Alzó la cabeza bruscamente y su mente empezó a buscar frenéticamente algo que decir para romper la intimidad que acababan de compartir.

–Hablemos de tu cita –fue lo más socorrido que se le ocurrió.

–No me apetece.

–Nos serviría para organizar la siguiente –Tori no comprendía por qué se empeñaba en seguir por ahí.

El suspiro que dio Garrett eliminó la distancia que ella había conseguido crear y volvió a poner en contacto sus senos con el pecho de él.

–Un caballero no habla de esas cosas.

–Entonces, ¿ha pasado algo? –definitivamente, su cerebro estaba de vacaciones.

–Yo no he dicho eso –el aliento de Garrett al inclinarse hacia Tori le acarició la sien–. ¿Por qué? ¿Te importaría?

–¡A mí! Por supuesto que no –Tori oyó la falta de convicción en su voz. Carraspeó–. Quiero que encuentres a alguien con quien seas feliz.

–¿Y si soy más feliz solo?

–Nadie es más feliz en soledad –Tori repitió lo que Shane le había dicho tantas veces–. Solo lo finges.

–¿Por qué iba a fingir algo así?

–Porque es más fácil. Porque elimina la improvisación y es controlable. Y porque la soledad autoimpuesta duele menos que el rechazo de alguien a quien uno ama más de lo que es amado.

Garrett se tensó y se separó de ella. Los brazos de Tori cayeron a lo largo del cuerpo. Pasaron unos segundos antes de que se diera cuenta de que la música había cesado.

Él le acarició la mejilla y dijo:

–Gracias por el baile. De hecho, gracias por toda la velada. Ha sido un éxito.

Volvían a la relación profesional y aunque Tori pensó que debía alegrarse, se sintió desilusionada. Empezó a buscar sus zapatos y Garrett se los tendió.

–Gracias –Tori usó su brazo para apoyarse, en una repetición de su primer encuentro–. Es hora de que vuelva al trabajo –fue hacia la puerta y se volvió, preguntándose si lo que iba a hacer era una buena idea, aunque lo fuera en un sentido práctico–. ¿Quieres que te lleve a casa? Tendrás que esperar –le advirtió–. Debo quedarme hasta que todo quede recogido.

Garrett vaciló, pero acabó por asentir.

–Sí. Muchas gracias.

A la mañana siguiente, Tori esperó a que Garrett se fuera antes de ir a la cocina. Quizá era una cobarde, pero llegar juntos la noche anterior como una pareja volviendo a su casa había creado una situación extraña. Tanto que inconscientemente ella lo había

seguido al primer piso.

Estaba claro que, en la medida de lo posible, debía evitar verlo.

Se sirvió un café y se preparó una tostada. Al llegar a la mesa estuvo a punto de atragantarse con la portada del periódico.

Lauren en brazos de Ray Donovan.

El pie de foto decía: *El esquivo Donovan y la misteriosa belleza.*

¡Su estricta hermana y el director más díscolo de Hollywood! ¿Cuándo había pasado aquello?

Tori estaba tan perpleja que tardó unos segundos en identificar el calor en el pecho al que Garrett se refería como «sus poderes». Y recordó haberlo sentido también en Acción de Gracias. Leve pero inconfundible. Y por lo que mostraba la fotografía, real. ¿Debía decírselo a Lauren o dejar que los acontecimientos se desarrollaran por sí mismos?

Apenas se había hecho aquella pregunta cuando sonó el teléfono. Era Lauren.

–Buenos días –dijo Tori con dulzura–. Veo que protagonizamos la portada del periódico.

–Por eso te llamo –dijo su hermana con una sorprendente calma–. Acabo de hablar con Jenna. Ha visto la foto de Garrett y Gwen y está encantada.

–¿Garrett y Gwen? –Tori pasó páginas frenéticamente hasta que vio a Garrett entrando en el hotel con Gwen. Hacían una pareja excepcional. ¿Se habrían besado? ¿Por qué la idea le revolvía el estómago?

–Le he advertido que no sabemos si volverán a verse.

Tori cerró el periódico y se quedó con la foto de su hermana delante.

–Según Garrett, no.

–Lo suponía –dijo Lauren con un suspiro–. Al menos, hemos ganado un poco de tiempo.

–¿Hay algo más que quieras compartir conmigo?

–¿Como qué?

–Como la aparición de Ray y tú besándoos en la portada de *Hollywood Live.*

Al otro lado del teléfono hubo una pausa. Luego oyó el ruido del teclado seguido de una exclamación.

–¿Lauren? ¿Estás bien? –preguntó Tori.

–No –se oyó más ruido–. Tengo que irme. Adiós.

Tori parpadeó ante el abrupto corte de la conversación.

¿Qué acababa de pasar? Estaba claro que su hermana no estaba preparada para hablar con ella de su relación con Donovan. No era habitual que le ocultara nada, pero tampoco ella había sido sincera del todo con Lauren respecto a Garrett.

Aunque, en realidad, tampoco había nada que contar sobre un par de momentos de intimidad y algunos besos robados.

Capítulo 9

LA LLUVIA golpeaba el alero de la vieja casa. El viento sacudía las ramas de los árboles. Sentada delante del fuego, Tori ponía al día la lista de tareas para el día siguiente.

Garrett tenía una reunión a última hora, así que estaba sola. Bostezó. Había podido marcar como concluidas casi todas las reparaciones de la casa. La buena temperatura de los días previos había permitido barnizar el suelo y concluir el trabajo en el exterior. Solo necesitaban un par de días para decorar y la casa estaría lista para la fiesta.

Bebió un sorbo de té.

Un relámpago seguido de un ensordecedor trueno sacudió la casa. Y la dejó a oscuras.

Tori se sobresaltó y parte del té se le cayó encima. Se puso en pie y trató de sacudírselo. Afortunadamente, contaba con el resplandor del fuego. Y podría usar el teléfono.

Lo buscó a tientas. Nada. Buscó el ordenador portátil, que debía de haberse cerrado al saltar ella del sofá. Lo abrió y la luz de la pantalla le permitió localizar el teléfono. El mensaje de *Sin servicio* eliminaba la posibilidad de llamar a Garrett para preguntarle cuándo volvería.

Casi se alegró. Hubiera sido poco profesional, y de miedosa.

–Tengo que encontrar una linterna y velas –dijo en alto. Y fue hacia la cocina usando la luz del ordenador.

Estalló otro relámpago y su correspondiente trueno, que hizo encogerse a Tori. El aguacero arreció.

Había una linterna en un estante. Solo al encenderla y ver cómo bailaba el rayo de luz, se dio cuenta de hasta qué punto estaba temblando. Respiró profundamente para calmarse y buscó velas por los cajones. Nada.

Un nuevo trueno sacudió los cristales y Tori rezó para que no se rompieran. Solo le quedaba mirar en el cuarto de las lavadoras. En un cajón encontró velas, cerillas y pilas… pero no las adecuadas

para la linterna. Volvió a la cocina y encendió dos velas que dejó sobre la mesa, en sendos cuencos de cereales. La suave luz dotó de calidez a la habitación. Tori apagó el ordenador para ahorra batería y se planteó cuál debía ser su siguiente paso. Súbitamente la casa le resultó fría y desapacible.

Volvió al salón, donde el fuego y las velas crearon un espacio acogedor en medio de la oscuridad, y se envolvió en la manta del sofá, acomodándose para esperar a Garrett y contemplar el baile de las llamas rojas y amarillas, que con su poder hipnótico la distrajeron de los crujidos y chirridos de la vieja casa, y del incesante rugir de la tormenta.

La lluvia y las ramas de los árboles golpeaban las ventanas. Cada vez más ansiosa, Tori decidió ponerse los auriculares del iPod y escuchar música.

El inesperado apretón de una mano en su hombro le arrancó un grito. Tori se puso en pie de un salto, blandiendo la linterna como si fuera un arma con la que repeler la sombra que descubrió detrás del sofá.

–¡Tori, para. Soy Garrett!

Tori proyectó el haz de luz sobre él.

–¡Garrett, gracias a Dios! –exclamó, trepando al sofá y echándose en sus brazos–. ¡Cuánto me alegro de verte!

Garrett la estrechó contra su pecho y le acarició el cabello.

–¿Estás bien?

–Ahora que has llegado, sí –dijo ella, aspirando su reconfortante aroma.

–Es una tormenta espectacular –dijo él sin dejar de acariciarla–. La mitad de Hollywood Hills está sin luz.

–¿Se sabe cuándo va a volver?

–No. Siento que hayas pasado miedo.

Tori sabía que debía soltarlo, pero su proximidad le hacía sentirse a salvo. Su carácter taciturno podía resultar irritante, pero aquella noche, Garrett era una roca a la que quería asirse. Aun así, su comentario le hizo reaccionar. Separándose de él levemente, alzó la barbilla y dijo:

–He tenido miedo, pero no me he quedado paralizada.

–Ya me he dado cuenta al ver las velas en la cocina –Garrett se pasó la mano por el cabello y se le quedó empapada.

–¡Estás calado! –Tori le pasó el paño que cubría la bandeja del té–. Usa esto.

–Gracias –Garrett se lo pasó por la cabeza y se quedó despeinado. Con una tímida sonrisa, dijo–: Mucho mejor.

Tori nunca lo había visto tan desaliñado y lo encontró encantador.

–Tienes que ducharte y cambiarte de ropa –le dio dos velas encendidas–. ¿Has comido algo?

–No, quería volver lo antes posible.

Estalló un trueno, seguido de dos rayos. Tori tembló.

–Si prometes darte prisa, tendré algo preparado para cuando bajes.

La oferta le ganó una espléndida sonrisa.

–Es lo mejor que he oído en todo el día. Vuelvo enseguida.

La presencia de Garrett hizo que la oscuridad resultase menos opresiva. Tori calentó un resto de guiso y horneó unas galletas saladas.

–¡Qué bien huele! –exclamó él al entrar.

–Está casi listo. Siéntate.

Tori colocó la comida en la mesa y se sentó frente a Garrett, observándolo en silencio mientras comía.

Al cabo de unos minutos reprimió un bostezo y dijo:

–Las reparaciones están…

Garrett alzó una mano.

–Esta noche no. He tenido un montón de reuniones y no puedo más.

–Son buenas noticias –insistió ella.

–Me da lo mismo.

–Vale –Tori tomó una galleta y la untó con mantequilla y mermelada–. Ummm –exclamó, apreciativa.

Garrett se quedó con un bocado a mitad de camino.

–Y tampoco nada de eso.

–¿No puedo comer una galleta? –preguntó Tori, desconcertada.

–Mientras no hagas esos ruiditos…

Tori parpadeó.

–¿A qué te refieres?

Garrett clavó en ella la mirada.

–Los gemiditos que haces cuando comes. Esta noche estoy

demasiado cansado como para protegerme de ellos.

–Ah –el comentario dio mucho que pensar a Tori. Ni siquiera era consciente de hacer lo que él decía, ni mucho menos de que a Garrett le resultara sensual.

A pesar del par de besos que se habían dado, él siempre mantenía una actitud distante con la que ella se sentía cómoda porque era consciente de que no debía mezclar el trabajo y el placer. Y porque sabía que con Garrett debía estar especialmente alerta porque la vulnerabilidad que ocultaba bajo una fachada de indiferencia le resultaba demasiado atractiva.

Con Shane había sentido lo mismo y había intentado tenderle la mano para recomponer su maltrecha amistad. Pero finalmente no había podido darle lo que él necesitaba. Habían sido los mejores amigos, pero ella le había fallado. Y todavía no se había recuperado de haberlo perdido.

Por eso sabía que no podía sanar a Garrett. Solo él tenía ese poder, bien reconciliándose con el pasado o abriéndose lo bastante como para aceptar las oportunidades del futuro.

Pero aquella noche nada de todo eso parecía tener la menor importancia. Solo eran dos personas refugiándose de una tormenta, acunadas por la luz de las velas y dependientes el uno del otro, en una intimidad que no habían buscado.

Tori no necesitaba acceder al alma de Garrett. Pero sus anchos hombros y sus firmes abdominales eran un buen aliado para pasar aquella desapacible noche.

Sosteniendo la mirada de deseo de Garrett, alzó la galleta pausadamente y le dio un mordisco.

–Ummm –gimió. Un poco de mermelada le cayó en el dedo y se lo chupó con una deliberada sensualidad.

Garrett dejó escapar un gruñido y dijo:

–Te lo he advertido.

Tori se chupó el dedo lentamente.

–¿Has terminado de comer? –preguntó.

–Sí –Garrett llevó el plato y la vela más próxima a la encimera. Luego, con una mirada ardiente, levantó a Tori y la besó apasionadamente–. Pero sigo teniendo hambre.

Retiró lo que quedaba en la mesa hacia un lado y sentó a Tori en ella, sin que le importara estar a punto de tirar al suelo la otra vela.

Ocultó el rostro en el cuello de Tori y le fue dando mordisquitos hacia la barbilla, provocándole un continuo cosquilleo y que la temperatura de su sangre se elevara. Garrett subió a sus labios y volvió a darle un beso en el que se entregaron a una frenética danza de lenguas antes de que él volviera a bajar por su cuello.

Tori pensó que si no lo paraba iban a prender fuego a la casa. Literalmente.

–Garrett –el nombre brotó de sus labios más como un gemido que como una llamada de atención. Lo intentó de nuevo–: Garrett.

–No me pares –él le mordisqueó el hombro–. Lo has elegido tú.

–No –Tori se arqueó contra él, anhelante–. Dormitorio –masculló.

–Aquí –dijo él. Trazando una línea en el cuello de Tori con la lengua hasta llegar a su oreja.

–Vamos a tirar la vela –susurró ella, estremeciéndose.

–Me da igual.

–Es tu casa –dijo Tori, entre la risa y el gemido.

–Precisamente –concluyó él. Y le quitó el jersey por la cabeza.

Tori le tomó la cabeza y hundió los dedos en su cabello, manteniendo su boca donde más la ansiaba. Garrett le dedicó la atención que anhelaba, haciéndole sentir su aliento a través del encaje del sujetador, prendiendo fuego a sus sentidos, consiguiendo que la cabeza le diera vueltas.

Buscando aún mayor intensidad, Tori le tiró de la sudadera para acariciar su piel. Un gemido escapó de sus labios, que él cortó con otro beso ardiente. El erótico castigo le arrancó más gemidos.

–Fuera –dijo, tirando de la sudadera de Garrett hacia arriba–. Ahora.

Él se separó de ella para obedecer. Aquellos segundos de separación, sin el calor del cuerpo de Garrett pegado al de ella, la hicieron consciente de hasta qué punto había bajado la temperatura en la casa. Cuando él se inclinó, Tori le puso las manos en el pecho.

–Hace mucho frío. Y la mesa es muy dura –le tomó el rostro entre las manos–. ¿Podemos ir al dormitorio? El mío está al otro lado del pasillo.

Garrett apoyó la frente en la de ella.

–Si lo que quieres es comodidad, el mío es mejor.

–Tú ganas.

–Como siempre –Garrett la ayudó a ponerse en pie, le pasó el brazo por los hombros y la condujo hacia la puerta.

–Espera –Tori intentó soltarse para tomar la vela de la mesa.

–No, no. Todo aquello que quiero tiende a desaparecer. No pienso soltarte hasta que estés en mi cama.

A Tori le enterneció aquel revelador comentario. Se abrazó al cuello de Garrett y prometió:

–No voy a ir a ninguna parte hasta mañana.

–Eso es lo que quería oírte decir.

Garrett le dejó recoger la vela y, tomándola de la mano, la llevó a su cama. Una satisfacción primaria lo invadió al ver el cabello rubio de Tori esparcido sobre su almohada, bajo la tenue luz de la vela.

Sus preciosos senos se movían al ritmo de su respiración agitada, su pulso corría acelerado por las muñecas que él sujetaba, sus ojos lo observaban con un ardiente deseo.

Era preciosa.

Se incorporó para admirarla, pero el deseo se apoderó de él, recorriéndole la sangre como el oro líquido de sus ojos, alcanzando cada milímetro de su cuerpo. Anhelaba sentirla, tocarla, saborearla. A ella, a ninguna otra mujer.

Garrett no recordaba haber sentido un deseo tan intenso, tan primario, en toda su vida.

Sin dejar de mirarla, alargó las manos hacia el botón de sus pantalones. Ella alzó las caderas para ayudarle a quitárselos, junto con el tanga, y se incorporó para darle acceso al broche del sujetador a la vez que le tiraba de la cintura de los pantalones.

–Déjame a mí –dijo él. Y se los quitó con dedos que temblaron hasta que volvieron a posarse sobre ella para atraerla a un beso profundo. Sabía a miel y a especias, embriagadora.

Tori le asió el cabello con las dos manos y se arqueó contra él en una muda exigencia de que se diera prisa. Los gemidos que Garrett encontraba tan irresistibles se multiplicaron.

Garrett obedeció, acariciando y besando, mordisqueando y lamiendo cada milímetro de Tori. Y ella devolvió cada caricia, cada beso, cada mordisco…

–¡Garrett! –exclamó, convirtiendo el nombre en una plegaria.

La intensidad de la reacción de Tori lo arrastró y acabó con todo

control. Acelerando sus movimientos, Garrett los elevó al cielo, donde tocaron las estrellas y alcanzaron una plena satisfacción que lanzó sus sentidos en un torbellino y dejó sus cuerpos tan sacudidos como si hubieran accedido en el ojo de un huracán.

Capítulo 10

HABÍA un hombre en la cama. Caliente, musculoso, desnudo y abrazado a ella. Tori pasó en una fracción de segundo de adormecida y cómoda a entrar en estado de pánico. Era Garrett Black.

Tenía que calmarse, respirar profundamente. Abrió los ojos y vio una vela agonizante en la mesilla… Y los recuerdos de la noche anterior la asaltaron en oleadas. En un momento, Garrett y ella charlaban a la luz de la vela; al siguiente, había perdido la cabeza y había derribado la barrera entre lo profesional y lo personal.

Lauren iba a matarla. Pero no era solo eso lo que la preocupaba. Ella tenía sus propias razones para haber evitado aquello.

Angustiada por la tormenta, atrapada en la oscuridad en una casa desconocida, había dejado que la intensidad del momento se le subiera a la cabeza. Actuando de manera muy diferente a la habitual, Garrett la había dejado indefensa. Se había dejado arrastrar por la proximidad que se había creado entre ellos, y había bajado la guardia.

En la cocina, relajado, con unos vaqueros y una sudadera, y despeinado, le había resultado más sexy y vulnerable que nunca. E irresistible.

Garrett se removió y colocó una mano en su cintura.

Tori se quedó paralizada. Se le aceleró el corazón temiendo que se despertara. Porque estaba segura de que se arrepentiría de aquella noche de pasión. Ella sabía hasta qué punto le importaba mantener el mundo a distancia; el fanatismo con el que protegía su corazón.

Garrett volvió a moverse y rodó sobre la espalda.

Tori respiró y, tras unos minutos, cuando estuvo segura de que seguía dormido, empezó a separarse de él lentamente, y continuó a pesar de echar al instante de menos el calor de su cuerpo.

¿Se arrepentía de lo que había hecho? Desde luego. A ella le encantaba su trabajo y odiaba haber puesto su reputación en riesgo

por haber dejado que sus hormonas la dominaran. Y más cuando con Garrett la idea de un futuro era imposible. Ella ya había experimentado el dolor y la pérdida que causaba amar a alguien emocionalmente herido; y se había jurado no volver a encontrarse en esa situación.

Una vez salió de la cama, recogió de puntillas las prendas que fue encontrando de camino a la puerta, y se estremeció al asaltarle vívidas imágenes de la noche.

Se planteó despertarlo para hablar, pero optó por dejar pasar más tiempo y crear distancia entre ellos. Afortunadamente, el trabajo en la casa estaba terminado y podría volver a su apartamento. Con suerte, podría recoger sus cosas y marcharse antes de que Garrett se levantara.

–¿Tori?

Tori se quedó parada con la mano en el picaporte y, sin volverse, dijo:

–¿Sí?

–Será mejor que olvidemos esto –dijo él con la voz distorsionada por el sueño.

–Estoy de acuerdo –contestó ella, aliviada y desilusionada a partes iguales.

Y saliendo, cerró la puerta a su espalda.

–¿Vas a ver a Ray esta noche? –preguntó Tori para no pensar en Garrett.

En cuanto se desconcentraba unos segundos, la acosaban los recuerdos y los remordimientos. Tenía que parar.

Había pensado que la mejor manera de que ambos lo olvidaran lo antes posible era organizar a Garrett su siguiente cita, pero no había servido de nada. Al menos, para ella. ¿Cómo le estaría yendo?

No había hablado con él desde que se fue de su casa. Le había mandado la información sobre su cita para la inauguración del festival por correo electrónico. Garrett había contestado que la vería allí. Un recordatorio sutil de que debía acudir en su auxilio en caso de que fuera necesario.

Hasta entonces, había ansiado que llegara aquel día porque era el único evento al que Lauren y ella acudían como invitadas y no

para trabajar. Pero en lugar de disfrutarlo, tendría que pasar la noche viendo a Garrett con otra mujer.

–Supongo que irá –contestó Lauren–. Ya te he dicho que no hay nada entre nosotros.

–No, me dijiste que fue una locura del momento –Tori miró a su hermana, que estaba conduciendo–. ¡No me puedo creer que lo hicierais en su casa cuando estaban mamá y papá!

Lauren la miró de soslayo.

–Has prometido que jamás lo contarías.

–Y mantengo la promesa –Tori prefería concentrarse en la vida de su hermana que en la suya–. ¿Ni siquiera vas a saludarlo?

–Solo si acabamos en el mismo grupo –contestó Lauren, como si lo creyera improbable–. Cuéntame con quién va a ir Garrett.

Tori miró por la ventanilla. Tenía remordimientos por no haberle contado a Lauren que se había acostado con Garrett, y después de que su hermana le contara lo de Ray, se sentía culpable.

–Me he acostado con él –dijo a bocajarro.

–¿Cómo? –exclamó Lauren–. Cuéntamelo todo.

–No sé qué contar –Tori se encogió de hombros para quitarle importancia–. Como tú y Ray.

–Pero con Ray no hemos firmado ningún contrato.

–Lo sé –Tori se miró las manos–. No debería haber pasado. Fue la noche de la tormenta… –sacudió la cabeza–. No te preocupes, no volverá a pasar.

–Cuéntamelo –insistió Lauren.

Tori tragó saliva al darse cuenta de que era su hermana y no su socia quien le preguntaba. Las palabras salieron de su boca a borbotones: la oscuridad, el miedo, la felicidad ante la llegada de Garrett, su aspecto desaliñado y sexy. La forma en que la miraba…

–¿Y? –insistió Lauren cuando concluyó.

–¡Dios mío, fue mágico! –exclamó Tori, sonrojándose.

Lauren sonrió.

–¿Por qué le has preparado otra cita?

Tori suspiró.

–Porque es un cliente, emocionalmente reprimido y lo nuestro nunca funcionaría.

–¿Emocionalmente reprimido? –preguntó Lauren.

–Sí. Está bloqueado. Lo han herido tantas veces que tiene el

corazón de acero –Tori se mordió el labio inferior–. Algunas veces su mirada me recuerda a la de Shane, Lauren.

–Por Dios, Tori. Garrett ha tenido un mal año, pero no pensarás que…

–No, claro que no –se apresuró a decir Tori. Garrett tenía demasiado ego como para darse por vencido. Pero eso no significaba que quisiera vivir plenamente–. Al menos, no creo. Pero tampoco lo hubiera pensado de Shane.

–Shane era un joven egoísta e inmaduro que creía que el mundo estaba en deuda con él –dijo Lauren con firmeza–. Garrett es un hombre que ha sufrido, pero es fuerte.

–Lo sé, lo sé –Tori se había repetido aquellas mismas palabras a menudo–. Pero se bloquea igual que se bloqueaba Shane. Y no podría soportar volver a pasar por lo mismo.

Lauren le apretó una mano y preguntó con dulzura:

–¿Te gusta Garrett?

–Más de lo que debería –admitió Tori–. Por eso mismo debo evitarlo.

–¿Nunca has sentido vibraciones estando con él, alguna señal de que estéis destinados el uno al otro?

Tori parpadeó, sorprendida por la pregunta.

–No. Y me alegro, porque es completamente inaccesible.

–Muy bien –tras una pausa, Lauren preguntó–: ¿Quieres que me ocupe esta noche de él?

–No, disfruta de la fiesta –Tori recordó la pregunta original de su hermana y explicó–. Le he buscado una cita fuera de la industria. Mari es una asesora financiera, más interesante que guapa.

–Buena idea. A Garrett le gustará alguien con cerebro.

–Es posible –contestó Tori. Y añadió–: Ahora, limítate a conducir.

La organización del festival había elegido para la fiesta un precioso salón en el último piso de un antiguo hotel. Garrett se había resignado a tener que pasar por la alfombra roja. Su acompañante, Mari, tenía unos exóticos ojos rasgados que elevaban su aspecto de corriente a interesante. Llevaba un vestido largo azul marino que abrazaba elegantemente las suaves curvas de su cuerpo.

Una periodista de un conocido programa de entretenimiento lo detuvo y le puso un micrófono delante.

–Y aquí tenemos a Garrett Black. ¿Qué tal le sienta dedicarse a la parte ejecutiva de la industria? ¿Tiene pensado retomar la dirección?

–Todavía estoy evaluando mis opciones –contestó él con una premeditada vaguedad–. Por el momento, estamos concentrados en celebrar el noventa aniversario del estudio.

–Es verdad. Se sabe que la fiesta tendrá lugar en La Vieja Casa Solariega, que se utilizó en un clásico del terror –comentó la periodista–. Es un acontecimiento que todos esperamos ansiosamente.

–Me alegro. Espero verla allí.

–No me lo perdería por nada del mundo, señor Black –la mujer se despidió con una sonrisa y se fue a por su siguiente víctima.

Una vez más, Garrett se alegró de haber seguido el consejo de Tori. Toda la industria estaba expectante por acudir a la fiesta.

Como si al pensar en ella la hubiera invocado, se abrió un hueco entre la gente y la vio. En lugar de ir de negro, como acostumbraba, llevaba un vestido corto de color cereza, que brillaba con cada uno de sus movimientos y que, atado al cuello, dejaba sus preciosos hombros al descubierto.

Cuando se volvió, Garrett tuvo que tragar saliva al ver que la espalda también quedaba desnuda, y que su cabello, recogido en un moño bajo, dejaba expuesta desde la nuca a la rabadilla su piel de seda.

–¿Garrett? –notó una mano en el brazo y al mirar vio a Mari–. ¿Quieres pasearte entre la gente?

–Claro. ¿Hay alguien en particular a quien quieras conocer?

Ella sonrió.

–¿Crees que habrá venido Meryl Streep?

Al menos era una novedad. Lo habitual solía ser George Clooney.

–Es posible. Vayamos en su busca –le ofreció el brazo y empezaron el recorrido por el salón.

Por más que lo intentara, Garrett no conseguía desviar su mirada de Tori. Era como un regalo de Navidad que ansiaba abrir.

Le había sorprendido recibir el correo en el que le anunciaba la

cita para aquella noche. De hecho, le había hecho sentirse incómodo, y había estado a punto de sugerirle que fingieran estar juntos para ayudarle a librarse de las actrices.

Pero tras reflexionar, había cambiado de opinión. Ya le costaba bastante librarse de los recuerdos de la apasionada noche que habían compartido; la casa seguía oliendo a ella y creía oír el eco de su risa… Jamás se hubiera imaginado hasta qué punto la echaría de menos. Pero se acostumbraría. En cambio, no podía arriesgarse a perder a otra persona en su vida, si era que alguna vez la había tenido. Su madre, su padre, su prometida, supuestamente lo amaban, pero lo habían abandonado. La conclusión era evidente: carecía de la capacidad de atraer el amor. Y prefería estar solo que no estar a la altura.

Mari resultó una compañía agradable. Era inteligente e ingeniosa. Le habría gustado contratarla para su departamento de contabilidad, pero no había chispa entre ellos. Y se alegraba.

–Buenas noches, Garrett –Tori apareció a su lado cuando estaba contemplando la vista.

–Hola, Tori. Estás muy guapa.

–Tú también. ¿Qué has hecho con Mari? –Tori puso los brazos en jarras–. ¡No la habrás mandado a casa!

–No. Se la he presentado al director del departamento de finanzas.

Tori abrió los ojos desmesuradamente.

–¿Le has pasado tu cita a otro?

Garrett enarcó una ceja.

–Los he dejado charlando. Parecen llevarse de maravilla. A lo mejor tengo talento para formar parejas.

–Eres perverso –dijo ella, entornando los ojos.

–No te preocupes, no voy a hacerte la competencia como casamentera.

–Sigues sin entender. No se trata de casar a nadie, sino de identificar almas gemelas.

–Vamos –dijo Garrett con sorna–, admite que es un invento para estimular el negocio. Si presentáis a una pareja, lo normal es que acudan a vosotras para organizar la boda.

Tori palideció.

–¡Cómo puedes pensar algo tan horroroso! Hemos ayudado a un

montón de parejas sin haber sacado nada de ello.

–Entonces, ¿por qué os molestáis? –Garrett no estaba siendo cínico. No entendía un acto puramente altruista.

–¿Por qué? –repitió Tori, desconcertada–. La gente se pasa la vida buscando el amor. Si podemos ayudar a alguien a encontrar a esa persona con la que quieren envejecer, sentimos hacerlo como una obligación. En todo caso, lo que conseguimos es complicarnos la vida, como tú mismo has comprobado.

–Así que lo hacéis por pura bondad.

–Algo así.

–¿Y no os importa que se casen o que no?

–Cada uno hace lo que mejor le parece.

–Eso tiene gracia viniendo de una organizadora de bodas –apuntó Garrett.

–Que yo crea en el matrimonio no significa que los demás tengan que creer. Hay para quien el certificado no es más que un papel. Nosotras ayudamos a aquellos que sí quieren casarse –Tori se giró y apoyó la espalda en el cristal–. ¿Por qué tantas preguntas, Garrett? ¿Estás pensando en casarte? Porque aunque se me dé muy bien olvidar ciertas cosas, me temo que By Arrangement tendría que declinar la oferta de organizar tu boda.

–Mari no me atrae. Y no te pediría que organizaras mi boda.

–Me alegro. Insisto: ¿por qué tantas preguntas?

–Curiosidad –Garrett creyó percibir que Tori se relajaba, pero no pudo estar seguro porque encontraba su perfume embriagador y le impedía pensar–. La misma razón por la que querría saber qué significa el matrimonio para ti. ¿Es solo un papel?

Tori lo observó detenidamente antes de contestar:

–No. Cuando me case confío en que sea para siempre. Quiero comprometerme ante Dios –ladeó la cabeza–. Y ahora dime, ¿qué significa el matrimonio para ti?

Capítulo 11

GARRETT dio un paso atrás y Tori intuyó que iba a evitar responderle.

–Yo he contestado a todas tus preguntas –dijo, posando una mano en su brazo para detenerlo.

Garrett suspiró.

–Pensaba que significaba comprometerse y permanecer juntos en los momentos difíciles, pero me equivocaba. Debería haber aprendido por la experiencia de mi padre.

–Así que renunciaste a las relaciones, pero no al sexo.

–No hace falta mantener una relación para tener sexo.

Tori le lanzó una mirada airada y sacudió un dedo.

–Hablo de mal sexo. Quiero decir que, si no dejas el sexo por una mala experiencia, tampoco deberías renunciar al amor.

Garrett la miró fijamente.

–¿Quieres decir que el sexo entre nosotros estuvo mal?

–¡No! Fue… –resultó evidente que Tori iba a rectificar sus palabras– adecuado.

Garrett sonrió con sorna e, inclinándose hacia ella, susurró:

–Mentirosa.

Tori le clavó un dedo en el pecho.

–Te estás saliendo por la tangente.

Garrett tomó su mano y le acarició la muñeca con el pulgar.

–Una mala experiencia sexual es fácilmente olvidable. Una mala relación te persigue el resto de tu vida –nada más decir aquellas palabras, Garrett se tensó, como si se hubiera expuesto demasiado. Besándole la palma de la mano, añadió–: Buenas noches, Tori.

–Es-espera –Tori carraspeó–. ¿Qué hay de nuestro acuerdo?

Garrett se encogió de hombros.

–Disfruta de la velada. Creo que estoy a salvo con Mari. Ahora, si me disculpas, he visto a Meryl Streep y he prometido presentársela.

Tori lo siguió con la mirada y sintió una presión en el pecho. Por

un instante había creído que Garrett iba a abrirle su corazón. Quizá lo había hecho. «Una mala relación te persigue el resto de tu vida». ¿Significaba eso que seguía sintiendo algo por su exprometida?

A Tori no le gustó la emoción que esa idea despertaba en ella, y que revelaba que sus sentimientos hacia él eran más profundos de lo que quería admitir. Por eso mismo, a partir de ese momento, tendría que ser Lauren quien estuviera pendiente de él.

Verlo con otra mujer le resultaba demasiado doloroso.

Cuatro días más tarde, Tori daba el último repaso a la mansión. El exterior mantenía el aspecto clásico que los invitados esperaban encontrar; en el interior los recibiría un estallido de belleza festiva y calidez navideña.

Cuando atravesó el vestíbulo encontró a Garrett contemplando el gran árbol de Navidad que habían comprado y que ocupaba el centro, como un centinela.

–¿Te gusta? –preguntó. Habían acabado de decorarlo aquella misma tarde.

–No tengo palabras –dijo Garrett–. ¿Cómo lo has conseguido?

–Con dinero todo es posible –dijo ella con un guiño.

Decorado con bolas plateadas y rojas y estatuillas doradas, el árbol centelleaba desde todos los ángulos. Cada una de las miniestatuas de la Academia llevaba el nombre y la fecha de las películas realizadas en los estudios Obsidian que habían recibido un premio.

–Es espectacular –comentó Garrett.

También él lo estaba con un esmoquin de Armani.

–Hay todavía más estatuas, pero no cabían. Están distribuidas por la casa –dijo Tori.

Garrett dio un paso hacia ella.

–Aunque haya sido testigo del proceso, tengo que reconocer que no sé cómo lo has conseguido.

–Es nuestro trabajo –se limitó a decir ella.

–En esta ocasión te has superado a ti misma –comentó él, tirándole suavemente de la coleta.

–Gracias –contestó ella fríamente–. Mañana termina el festival. Este es nuestro último evento juntos. Quiero que sepas que ha sido

interesante trabajar contigo.

–¿Interesante? –repitió Garrett, haciendo una mueca.

Los días precedentes había conseguido dejar a un lado los asuntos personales y habían colaborado en harmonía. En el festival solo se hablaba de la fiesta y del éxito de la última película de Ray. Los estudios Obsidian habían recuperado su buena fama.

–¿Cómo lo describirías tú? –preguntó Tori.

–En algunos momentos, ha sido incluso placentero.

Tori lo miró enojada. Llevaba días esforzándose por no pensar en ello.

–Habíamos quedado en olvidarlo.

–Yo no lo he conseguido –Garrett deslizó la mirada sensualmente por su cuerpo–. Estás preciosa.

Tori llevaba un vestido negro con escote en pico, mangas caídas que dejaban sus hombros desnudos, y falda con vuelo.

–Tú pusiste las reglas, Garrett. Ahora no puedes cambiarlas.

–Pero si a ti te gusta romper las normas… –Garrett le acarició la mejilla–. Eso tampoco lo he olvidado.

Tori le tomó la mano y se la bajó.

–Excepto cuando mi corazón está en juego.

–Acaba de llegar el primer coche –le anunciaron por el pinganillo.

–Empiezan a llegar tus invitados –Tori apretó la mano de Garrett antes de soltarla–. Pásalo bien. Nosotras nos ocuparemos de todo.

Garrett estaba en la terraza, charlando con algunos organizadores del festival, cuando llegó Ray.

–Enhorabuena –dijo este a los organizadores–. Ha sido el mejor festival de la historia. Y Garrett –le dio una palmada en el hombro–, has conseguido encumbrar de nuevo los estudios a la cima.

–Es cierto –comentó Martin, un hombre corpulento–. Además de tu magnífica contribución al festival, has conseguido que toda la ciudad hable de esta fiesta.

–Se lo tengo que agradecer a By Arrangement. Han hecho un trabajo excepcional.

–Desde luego –comentó Estelle, una actriz todavía espectacular a sus sesenta años–. La decoración es magnífica y al mismo tiempo,

acogedora. Me encanta la idea del fuego al aire libre y el detalle de las mantas. Martin, apunta el contacto de By Arrangement.

–Claro. Garrett, ¿puedes mandármelo?

–Será un placer –dirigiéndolos hacia el jardín, Garrett añadió–: Estelle, ¿por qué no pruebas tú misma qué tal se está al lado del fuego?

–Eso pensaba hacer –Estelle le dio un beso en la mejilla y se fue con Martin.

Garrett y Ray fueron a por una copa al interior.

–Gracias por acceder a hacer el brindis de aniversario –dijo Garrett.

–Será un placer. He hecho algunas de mis mejores películas en tus estudios. Y tú estás haciendo un magnífico trabajo –Ray dio un sorbo a su copa–. Tengo que reconocer que me enfadé cuando cerraste los platós a las visitas, pero hiciste bien –chocó su copa con la de Garrett–. Obsidian tiene un gran futuro en tus manos.

–Espero que tengas razón –dijo Garrett.

–Esas dos han hecho un trabajo increíble –comentó Ray, indicando con la cabeza a Tori y Lauren, que estaban en la entrada, supervisando el salón.

–Son excepcionales –coincidió Garrett. Al ver cómo su amigo miraba a las mujeres se le erizó el cabello. Por algún extraño motivo, se despertó en él un sentimiento protector–. Te he visto en la prensa con Lauren. ¿Qué está pasando?

Ray lo miró con sorna.

–¿Por qué te interesa?

–He trabajado con ellas este tiempo y no me gustaría que ninguna de las dos sufriera.

Ray se rio.

–Suenas como si fueras su hermano mayor.

–Hablo en serio, Ray.

–No te preocupes –Ray alzó una mano conciliadora–. Lo que pasó con Lauren fue intrascendente y no volverá a suceder. Tú sí que tendrías que tener cuidado.

Garrett se puso en guardia.

–No hay nada entre Tori y yo.

–Garrett, soy director. Hay más tensión sexual entre vosotros que entre Brad y Angelina.

–Son imaginaciones tuyas.

–Si es así, deja de mirarla como si fuera un caramelo –Ray se plantó delante de él para bloquearle la visión de Tori–. Porque ella te mira como si fueras una onza de chocolate, y, si piensas mantenerla a la misma distancia que mantienes al resto de la gente, vas a acabar haciéndole daño.

–¿A qué viene tanta metáfora? ¿Quién suena ahora como un hermano mayor? –dijo Garrett, malhumorado.

–Tú has sacado el tema –apuntó Ray. Volvió a colocarse de manera que los dos pudieran ver a las hermanas–. También a mí me caen bien, pero ya has visto cómo es su familia. Está claro que creen en el amor y en el matrimonio, y eso las coloca fuera de nuestros límites.

Garrett guardó silencio porque no tenía sentido discutir lo obvio.

–¡Se terminó! –Tori se quitó los zapatos y abrazó a Lauren–. ¡Lo hemos conseguido!

María y el equipo de limpieza recogerían a primera hora de la mañana. El servicio de catering ya se había marchado.

–Sí –dijo Lauren–. Y la gente va a hablar de esta fiesta durante años. Has hecho un gran trabajo.

–Hemos hecho un gran trabajo –la corrigió Tori.

Lauren le tomó el rostro entre las manos.

–No, el éxito esta vez es tuyo: tú tuviste la idea y decoraste la casa. Enhorabuena –Lauren fue a una mesa, sirvió dos copas de champán, le dio una a Tori y brindaron–: Por By Arrangement.

–Solo nos queda una fiesta y estamos libres hasta Año Nuevo. Necesito unas vacaciones –dijo Tori.

–Amén –la secundó Lauren, entrechocando de nuevo la copa con ella.

Tori se dejó caer en un sillón y suspiró.

–Aunque todavía nos queda la próxima cita de Garrett. ¿Estás segura de que puedes ocuparte tú?

Lauren se sentó frente a ella.

–Había olvidado decirte que estamos liberadas de eso.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Tori, desconcertada.

–He charlado con Jenna y Cindy y resulta que finalmente se han

alegrado del cierre de los platós del estudio. Por lo visto, se han podido concentrar mucho mejor en su trabajo.

–¡Quién lo iba a decir! –Tori puso los ojos en blanco. Después de lo que había padecido tratando de encontrar una pareja para Garrett…

–Ya. ¿Quieres que se lo digamos a él?

–Ha ido a llevar a dos de los organizadores del festival al hotel. Le he dejado mi coche.

Lauren bostezó.

–Estoy muerta. ¿Quieres que te lleve? Podemos recoger el coche mañana.

Tori estuvo tentada de aceptar la oferta, pero cambió de opinión.

–No, voy a esperarlo. Así podré dar un repaso a la casa.

–Yo te ayudo.

–No hace falta. No tardaré nada –Tori acompañó a Lauren y al volver, tomó una bolsa de basura.

Empezó en la terraza, llevó al interior las mantas y apagó las luces. Encontró un pendiente en el cuarto de baño y un chal en un rincón y los dejó sobre la mesa de la entrada.

Luego se sentó dando un gran bostezo. Garrett no tardaría en llegar…

Garrett entró por la puerta trasera y fue en busca de Tori. Aunque quedaban algunas cosas por recoger, sabía que la limpieza concluiría por la mañana. Quería asegurarse de que no estaba trabajando. Aquella mujer parecía estar siempre en movimiento.

Estaba dotada de una energía que llegaba a irritarlo, pero que tenía que admitir, aunque solo fuera para sí mismo, que iba a echarla de menos. Habían acabado por gustarle las características que solían molestarlo: su charlatanería, su incombustible sentido del humor… Y siempre había valorado su inteligencia y que fuera capaz de retarlo.

Por eso mismo era una suerte que la fiesta marcara el final de su relación. Ray creía que él tenía el poder de hacer daño a Tori, pero no sabía que ella podía destrozarlo. No podía soportar la idea de que volvieran a rechazarlo. Prefería ir por la vida solo que

arriesgarse a ser herido.

Entró en el salón y sonrió al verla dormida en un sofá. No era de extrañar. Había llegado a las siete de la mañana y no había parado en todo el día.

Estaba preciosa. El fuego de la chimenea le iluminaba el cabello. Sus largas pestañas proyectaban una sombra sobre sus mejillas de marfil. Sus senos se movían al ritmo de su respiración. Garrett recordó su tacto, su sabor, su sensual respuesta a sus caricias… Pero tenía que olvidarlo. Era hora de dejarla ir.

La idea de despertarla le resultó cruel, pero no había más remedio.

–Tori –susurró. Ella dio un suspiro, pero no se movió–. Tori.

Ella musitó algo y se reacomodó, pero no se despertó.

Garrett decidió que no había nada de malo en que se quedara a dormir. Agachándose, la tomó en brazos. El estudio quedaba al lado, pero tenía un sofá-cama y no podría abrirlo. La llevaría a su cama y él dormiría abajo.

Alzó la mirada hacia las escaleras y por un momento temió que la pierna le flaqueara con el peso añadido de Tori. Subió cuidadosamente. Al llegar arriba sin sufrir ningún incidente tuvo la estimulante sensación de haber ganado una batalla. Acababa de demostrarse a sí mismo que seguía siendo un hombre y que podía cuidar de su mujer aun estando débil. ¿Su mujer? ¿De dónde había salido eso? Una mujer.

Entró en el dormitorio, encendió la luz con el hombro, fue hasta la cama y, abriéndola, dejó a Tori cuidadosamente sobre la sábana. Antes de incorporarse, le quitó el pasador que le sujetaba el cabello y lo dejó sobre la mesilla.

Nunca había visto nada más hermoso. La Bella Durmiente estaba en su cama.

Cuando fue a quitarle los zapatos, sacudió la cabeza y sonrió al ver que estaba descalza. ¡Qué obsesión tenía con quitarse los zapatos!

Fue a taparla, pero se resistía a apartar los ojos de ella. En realidad, no quería dejarla. ¿Y por qué tenía que hacerlo? Ya habían compartido cama con anterioridad.

Dejó caer la sábana sobre ella. Luego retrocedió y se quitó la corbata.

Capítulo 12

TORI se despertó con una extraña sensación de *déjà vu*. Estaba en la cama con Garrett, abrazada a él, con la cabeza en su pecho.

No comprendía cómo había llegado hasta allí. Debía de haberse quedado dormida mientras lo esperaba, pero eso no explicaba que hubiera terminado en su cama.

Suspiró profundamente. Su mente la impulsaba a marcharse sigilosamente, tal y como había hecho la vez anterior, pero Tori dejó que dominaran sus sentidos. Giró la cabeza y besó el pecho de Garrett a la vez que se lo acariciaba. Luego levantó la cabeza y, al mordisquearle el hombro, lo descubrió mirándola con ojos brillantes.

–Buenos días –lo saludó.

–Buenos días –contestó él.

Tori le acarició el mentón.

–¿Te aprovechaste de mí anoche?

–Me habría encantado… –Garrett le mordió la punta del dedo–, pero soy un caballero.

–Menos mal. No me gustaría habérmelo perdido.

–Umm –Garrett rodó hasta colocarse sobre ella–. Es mejor cuando dos participan activamente.

–Estoy de acuerdo –dijo ella, deleitándose en la sensación del peso de Garrett sobre ella. Se abrazó a su cuello.

Garrett le besó la curva del cuello, provocándole un estremecimiento.

–Tengo que lavarme los dientes –fue el primer pensamiento sensato que pasó por la mente de Tori. Quizá así pararía lo que no debía seguir adelante.

–Yo también –susurró él, antes de salpicarle de besos el escote hasta llegar al vestido.

El vestido. En ese momento, Tori fue consciente de que estaba vestida. ¡Qué considerado! Garrett podía haberla desnudado, pero no había querido que se sintiera incómoda al despertarse.

Sin embargo, tal y como comprobó al acariciarle la espalda hasta llegar a su trasero, él sí se había desnudado.

–Y ducharme –añadió.

–Me parece una gran idea –Garrett la besó y, levantándose, la tomó en brazos.

–¡Garrett, peso demasiado!

–No creas –dijo él, dirigiéndose al cuarto de baño–. ¿Cómo crees que te subí anoche?

–¡No lo había pensado! ¿Estás bien?

–Perfectamente –Garrett la dejó en el suelo, le dio un cepillo de dientes nuevo y dijo–: Voy al otro cuarto de baño. Te doy cinco minutos.

Tori tuvo la sensación de que solo habían pasado unos segundos cuando Garrett llamó a la puerta.

–Adelante –dijo ella, esperándolo envuelta en una toalla.

Él entró. Mirándola con ojos turbios de deseo, se acercó, le tomó el rostro entre las manos y la besó.

La toalla se deslizó al suelo y el cuerpo de Tori se fundió con el de él. Se le aceleró la sangre y un intenso calor se extendió por todo su cuerpo.

Garrett alzó la cabeza y apoyó su frente en la de ella.

–Eres tan hermosa…

Tori sonrió con los ojos cerrados.

–Tú me haces sentir hermosa.

–Temía que te echaras atrás –Garrett le besó la barbilla.

–Supongo que habría sido lo más sensato –musitó ella.

–La sensatez está sobrevalorada –Garrett la estrechó contra sí y la besó apasionadamente. Alargando la mano hacia atrás, cerró la puerta–. Verás qué bien te sienta una ducha.

Envuelta en una toalla húmeda, Tori se secaba el cabello con una sonrisa de satisfacción. Podía ver a Garrett por el rabillo del ojo, observándola con una toalla a la cintura, de brazos cruzados. Al ver que lo descubría, enarcó una ceja.

Tori apagó el secador.

–Será mejor que te vistas –se recogió el cabello con el pasador–. El equipo de limpieza está al llegar.

–Me gusta mirarte.

A ella también le gustaba mirarlo a él y sentir sus ojos sobre ella. Pero según pasaban los minutos, iba recuperando el sentido común. Acababa de confirmar sus peores temores: estaba enamorada de él, pero una relación era imposible. Garrett rechazaba el amor, prefería vivir aislado. Ella necesitaba a sus amigos, a su familia, una comunicación sincera.

–Tengo que irme –pasó junto a Garrett de camino al dormitorio.

Él la siguió.

–¿Por qué no le damos a esto una oportunidad?

Tori se quedó paralizada. ¿Estaba hablando de una relación?

–Define «esto».

–A que seamos amantes –Garrett le retiró un mechón de pelo tras la oreja–. Ya no tenemos una relación profesional.

–Es verdad, pero puede que volvamos a tenerla en el futuro –dijo Tori a modo de excusa.

–Yo soy capaz de separar trabajo y placer.

Tori no lo dudaba.

–Yo, en cambio, no soy tan sofisticada.

Garrett la acorraló y le susurró al oído:

–Puedo hacerte cambiar de idea. Vayamos a desayunar y hablemos.

–No creo que sea una buena idea –dijo Tori, precisamente porque temía que lograra convencerla.

–¿Por qué no?

–Porque ya me siento demasiado implicada emocionalmente –no tenía sentido mentir. Sería la manera más sencilla de convencerlo.

Y así fue. Garrett la observó con los brazos en jarras. Tori asumió que iba a despedirse y desearle lo mejor, pero la desconcertó preguntando:

–¿Quién es Shane?

–¿De dónde has sacado ese nombre?

–De ti. La noche de la tormenta lo nombraste en sueños.

–Nadie importante –dijo ella, avanzando hacia la puerta–. Un compañero del instituto.

–Dudo que no fuera importante –contestó Garrett, siguiéndola.

–¿Y qué más te da? –preguntó Tori. Señalando la cama, añadió–: Lo nuestro acaba ahí. No tenemos futuro y no tiene sentido que

hablemos de nuestro pasado.

–Vamos, cuéntamelo –Garrett le tomó la mano y la llevó a sentarse a la cama.

–Pasó hace mucho tiempo y no me gusta hablar de ello.

–¿Por qué te entristece tanto? Es obvio que todavía piensas en él –dijo Garrett con dulzura.

–Hacía mucho que no me pasaba.

–Habrá alguna razón para que lo tengas presente –Garrett le tomó un pie y se lo masajeó–. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

Tori deseó con todo su corazón poder creer en aquel «nosotros». Y por primera vez pudo entender el dolor de Shane. Ella no había podido darle lo que él quería, en la misma medida que Garrett no podía entregarle un amor al que había renunciado hacía tiempo.

–Nada. Todo –el masaje de Garrett venció su resistencia. Quizá contándoselo le ayudaría a encontrar su propio camino–. Shane vivía al otro lado de la calle. Crecimos juntos. Era mi mejor amigo. Nuestra relación se estrechó cuando sus padres se separaron. Odiaba tener que repartirse entre la casa de su madre y la de su padre. Según él, yo era lo único bueno en su vida.

–El divorcio es duro para los hijos, pero la mayoría lo superamos.

–Shane no lo consiguió. Se suicidó.

Garrett se quedó paralizado.

–Lo siento –susurró.

–Su madre se mudó y Shane tuvo que cambiar de instituto. Desde ese momento entró en una depresión. No era fácil estar a su lado y su padre se dio por vencido. Shane se sintió traicionado por todo el mundo –Tori tomó aire–. Fue espantoso. Solo quería estar conmigo, pero ni me hablaba ni me contaba cómo se sentía. Aunque mi madre decía que mi presencia bastaba para ayudarlo, yo me sentía inútil.

–Solo se sentía a salvo contigo –adivinó Garrett.

–Algo así. Aunque hablábamos a diario, nos fuimos distanciando. Entonces se enteró de que salía con un compañero de clase. Yo no se lo había ocultado premeditadamente, pero como solía estar celoso hasta de mi propia familia, evité mencionarlo.

Habían sido los peores meses de su vida, aún peores que después de su muerte. Ver a su amigo sufrir, no saber qué le pasaba por la

cabeza, la entristecía. Y la enfadaba.

Tuvo que pasar mucho tiempo después de su muerte para que dejara de sentirse culpable.

–¿Te hizo daño? –preguntó Garrett, consternado.

–Físicamente no, pero se volvió loco. Dijo que me amaba y que estábamos hechos el uno para el otro. Me acusó de engañarlo y de traicionarlo, como todos los demás. No le importaba a nadie, nadie lo comprendía –incluso después de tanto tiempo, aquellas acusaciones le partían el alma.

Continuó:

–Intenté explicarle que yo lo quería como a un hermano, que siempre seríamos amigos, pero no quiso escucharme. Ni ese día ni las semanas siguientes. Le dejé mensajes, fui a buscarlo a su casa. Su madre me dijo que ni siquiera hablaba con ella.

–Y entonces se quitó la vida –concluyó Garrett, como si quisiera evitarle el dolor de pronunciar las palabras.

–Sí. Hablé con él una última vez; le dije que le echaba de menos. Me dijo que él a mí también, pero que no soportaba verme sabiendo que no me importaba. Dos días más tarde, su madre me llamó para contármelo. Dejó una nota diciendo que siempre me amaría.

–¡Menudo cabrón! –Garrett se puso en pie, indignado.

–¡Garrett!

–Lo siento –se disculpó él, aunque era evidente que no lo sentía. Sacó un pantalón y una camiseta y empezó a vestirse–, pero suena como un niño malcriado incapaz de enfrentarse a la realidad, que decidió culparte de su ineptitud tomando la salida más fácil.

–¿Por qué estás tan furioso?

–Porque te hizo daño y porque está claro que me relacionas con él.

Evidentemente, Garrett había visto las similitudes que podían encontrarse entre ambas historias.

–Por eso mismo no quería hablar de ello –dijo Tori.

–Si crees que sería capaz de suicidarme, es que no me conoces en absoluto.

–Ni lo he creído, ni lo he pensado posible. Pero no puedo negar que la idea se me haya pasado por la cabeza –Tori se puso en pie–. El suicidio es espantoso y no se olvida fácilmente. Siento haberte ofendido.

Garrett la miró con ojos centelleantes, luego dio media vuelta y se pasó las manos por el cabello con impaciencia.

–Yo no soy tan débil.

–Lo sé –ansiosa por concluir aquella conversación lo antes posible, dejó caer la toalla y se vistió precipitadamente.

–Si no me crees capaz de hacer algo así, entonces, ¿por qué nos asocias? –preguntó Garrett en tensión.

–Porque he visto en tus ojos la misma expresión que solía ver en los de Shane: una total vulnerabilidad seguida de una heladora distancia –Tori evitó la mirada acusadora de Garrett y se ajustó el vestido–. Entiendo que distanciarse de aquello que se desea para evitar el dolor sea un mecanismo de defensa.

–Puede que Shane y yo aprendiéramos la misma lección. Cuando la vida te golpea hay que encontrar una manera de sobrevivir.

–Admirable –pero triste. Tori fue hacia Garrett y él retrocedió–. Pero cerrándote emocionalmente te niegas cualquier oportunidad de superar el dolor y de encontrar la felicidad que tanto ansías.

–Eso es psicología barata –dijo él, despectivo–. Ya lo he oído antes.

–Por eso mismo no podemos simplemente pasarlo bien –Tori se encogió de hombros, aunque se le estaba rompiendo el corazón–. Tú prefieres ocultar tus emociones y negar que te sientes solo. Yo necesito alegría en mi vida. Me gusta la gente y compartir mis triunfos y mis dificultades. Tú no te arriesgarías por el amor y yo lo arriesgaría todo –Tori miró a su alrededor. Al no ver ni sus zapatos ni el bolso, supuso que estaban en el salón–. No soy capaz de separar el cuerpo de los sentimientos.

Parpadeó para contener las lágrimas y siguió:

–No creo que vayas a quitarte la vida, pero tampoco lo creía de Shane. Mientras entierres tu dolor en lugar de enfrentarte a él, existe un riesgo –le dolía el corazón como si un puño se lo estuviera apretando–. Perderlo a él casi acabó conmigo. Perderte a ti me destrozaría.

Capítulo 13

–TE HE hecho un té de jazmín –dijo Lauren, entrando con una bandeja y dos tazas.

–Gracias –Tori se incorporó, tomó un clínex y se secó las mejillas.

–¿Estás segura de que Garrett no siente nada por ti? –preguntó Lauren.

–No, solo quiere sexo –contestó Tori–. Y aunque sintiera algo, no lo admitiría. Ni siquiera a él mismo.

–Por cómo te mira no le eres indiferente –comentó Lauren–. Ray también lo ha notado.

–No niego que no haya química entre nosotros. Y me avergüenza decir que estuve tentada de aceptar su oferta de ser amantes.

–¿Y por qué no lo hiciste? Tú lo amas. No hay nada de malo en querer estar con él. Quizá hubiera funcionado.

Tori miró a Lauren con ojos llorosos.

–No puedo estar con alguien sin formar parte de su vida. Me extraña que me animes a intentarlo.

–Ya. Es que he notado… –Lauren se inclinó hacia delante para dejar la taza–. Es la primera vez que te veo tan encandilada con alguien y no quiero que te pierdas algo especial.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Tori, que apoyó la cabeza en el hombro de su hermana.

–Gracias, cariño –gimoteó.

–¿Qué vas a hacer?

–Olvidarlo –Tori parpadeó–. Trabajar hasta que no pueda ni pensar.

Lauren apoyó la cabeza en la de ella.

–¡Menudo plan!

–No puedo hablar con él, Lauren. ¿Te importa quedarte al cargo de todos los contactos con Obsidian?

–Claro que no.

–Te he mandado una fotografía por mail del pendiente que

encontré y he guardado el original en la caja fuerte –concentrarse en el trabajo la ayudaba.

–Tranquila, yo me ocuparé –Lauren le quitó la taza y la dejó en la mesa–. Y ahora, ¿qué te parece un poco de terapia consumista para las Navidades?

–Señor Black –la secretaria de Garrett apareció en la puerta del despacho–. ¿Podemos salir mañana un poco antes de la oficina? Estaría bien poder anunciárselo a los empleados.

Garrett cerró los ojos. ¡Cómo había podido olvidarlo: era Navidad! Y ni siquiera había comprado un detalle para su secretaria. Dejó la pluma en el escritorio.

–Por supuesto. Dígales que pueden marcharse a la una.

–Gracias, señor Black. Hasta mañana.

Garrett se despidió con una inclinación de cabeza. La idea de ir de compras le horrorizaba y su primer pensamiento fue llamar a Tori para pedirle consejo. Pero eso le irritó. No la necesitaba para que lo salvara. Él no necesitaba ser salvado. No tenía intención de acabar con su vida.

En sus peores momentos, había reaccionado esforzándose más, luchando. Jamás se había planteado darse por vencido.

Que ella lo creyera tan débil lo ofendía profundamente.

Al ver que no podía concentrarse en el trabajo decidió marcharse. No poder quitarse a Tori de la cabeza lo sacaba de quicio. Nadie había tenido antes el poder de distraerlo de sus deberes.

Reprimió el impulso de pisar el acelerador del Maserati. Quizá iría a su casa de Santa Bárbara por la tarde. Tenía la pierna mejor, y el viaje ya no le cansaba tanto. Que pensara en irse no tenía nada que ver con que la mansión estuviera habitada por el fantasma de Tori…

¿Cómo se atrevía a acusarlo de estar encerrado en sí mismo? Garrett cambió de marcha bruscamente. ¡Pero si había compartido con ella más de lo que había compartido con su prometida!

Quizá por eso su prometida lo había dejado. O eso le diría Tori.

Aparcó en unos grandes almacenes y en cuanto bajó del coche se desvaneció el impulso que lo había llevado hasta allí. Llamó a Ray y

le contó lo que pasaba.

–¿Se te ocurre alguna idea como regalo?

–¿Me lo preguntas a mí? –Ray estalló en una carcajada–. Hace años que no compro regalos a una mujer. Se ocupa mi ayudante.

–Dame su teléfono.

–Está fuera del país. ¿Por qué no llamas a Tori? Seguro que tiene la idea perfecta.

–No estamos en contacto –Garrett sintió un inesperado dolor al decirlo.

Ray hizo una pausa.

–¿Lo ha decidido ella o tú? –preguntó finalmente.

–Ha acabado el trabajo que hacían para mí –dijo Garrett–. ¿Qué te hace pensar que había otro motivo?

–Entre otras cosas, tu tono –comentó Ray, demostrando lo bien que lo conocía–. Y que a Tori le gusta ayudar a la gente y te echaría una mano aunque no haya un contrato de por medio.

–Lo ha decidido ella –confesó Garrett–. Le propuse tener un affaire, lo rechazó, final de la historia.

–Ya te dije que no era de ese tipo.

–Pues yo no puedo ofrecer más –dijo Garrett, intentando contener el pánico que emergía cuando no ejercía un férreo control sobre sí mismo.

Tori tenía razón respecto a algo: era frío y taciturno; estaba demasiado herido. La soledad era el precio que debía pagar.

–Si no tienes sugerencias, te dejo –dijo al teléfono.

–Escucha –dijo Ray.

–¿Sí?

–Aunque sea meterme donde no me llaman, te diré que con Tori estarías a salvo.

Garrett no supo qué decir, así que Ray se despidió por él:

–Feliz Navidad, amigo –le deseó, y colgó.

Garrett apretó los dientes ¡Ray solo había conseguido hacerle sentir aún peor! Empezó a mirar escaparates, aunque en realidad no veía nada. Por su mente desfilaban todos los momentos que había pasado con Tori: la aparcacoches descalza, la profesional que se enfrentaba a él; el día que eligieron los árboles de Navidad, la noche que bailaron junto a la piscina, la mañana que se despertó a su lado, el sexo en la ducha…

Cada recuerdo era como una puñalada. Después de un año hospitalizado, la noche que acudió a la fiesta de Ray apenas se sentía humano, pero ella lo había devuelto a la vida al instante. Y desde ese momento lo había intrigado, frustrado, atraído…

Se sentó en un banco y se desabrochó los primeros botones de la camisa. Sonó el teléfono. Lo sacó y le dio un salto el corazón: Tori.

–Hola –dijo con un nudo en la garganta.

–Garrett –oír la voz de Tori le resultó desgarrador–. Ray dice que necesitas ayuda.

–No debía haberte molestado.

–No pasa nada –tras el shock inicial, Garrett percibió la frialdad del tono de Tori–. De todas formas, quería hablar contigo. Nos ha llamado la mujer del pendiente. Prefiere ir al estudio a recogerlo porque le queda más cerca.

–Haré que mi secretaria se ocupe.

–Muy bien. ¿Dónde estás comprando?

–En Hollywood y Highland.

–Hay un spa en el hotel contiguo. Un vale regalo le encantará. Y pide que te hagan una cesta con productos de belleza.

–Magnífico. Gracias por la ayuda –Garrett carraspeó–. ¿Cómo estás?

Hubo una pausa.

–Sufriendo.

Garrett cerró los ojos.

–Lo siento.

Garrett habría querido decir más, volver a verla. Pero no podía. Temía no ser capaz de dejarla ir.

–Adiós, Garrett –Tori colgó.

Y él supo que aquella era la última vez que hablaban.

Garrett aceleró camino de su casa de Santa Bárbara. Estaba seguro de que se encontraría mejor en cuanto llegara allí.

No conseguía quitarse de la cabeza la conversación con Tori. Por la frialdad con la que se había despedido, estaba seguro de que By Arrangement no volvería a trabajar para él. Y la idea le producía tal opresión en el pecho que no podía respirar.

Para distraerse encendió la radio, pero después de pasar de una

emisora a otra, la apagó. No encontraría consuelo hasta que volviera a ocultar sus sentimientos tras la armadura que había erigido para proteger su corazón.

Pero en aquella ocasión no estaba seguro de poder enterrar también su dolor. Tori, con su optimismo, su creatividad y su genuina bondad, había conseguido resquebrajar su pantalla protectora; le había devuelto la luz. A él le correspondía recomponer las grietas que ella había abierto o abrazar la luz y disipar la oscuridad.

Se le aceleró el corazón, recordándole que estaba vivo. Pensó en el riesgo de que lo rechazara, pero lo asaltó una extraña calma. Tori lo amaba. Él confiaba en ella. Como había dicho Ray, con ella estaría a salvo.

Miró por el espejo retrovisor antes de dar media vuelta para ir en busca de la mujer a la que amaba.

Activó el móvil y marcó un número de teléfono. Cuando contestaron, dijo:

–Lauren, necesito tu ayuda.

Tori aparcó ante la mansión con sentimientos encontrados. Lauren iba a ocuparse de llevar el pendiente, pero había tenido que acudir a una cita urgente, y le había asegurado que Garrett estaba fuera de la ciudad.

Con suerte, no tendría ni que bajarse del coche. La temperatura había bajado durante la noche y el cielo estaba cubierto por nubes amenazadoras. Tras unos minutos, el frío hizo que se decidiera a entrar.

Por otro lado, así podría devolver la llave que Garrett le había dado. La dejó con dedos temblorosos en la mesa de la cocina y trató de olvidar las veces que había comido allí con Garrett.

Echaba de menos verlo por las mañanas, charlar, trabajar con él. Lo echaba de menos.

Fue hacia el salón, acariciando el pendiente que llevaba en el bolsillo. ¿Dónde estaba la dueña? Cuanto más tiempo pasara en la casa, más probabilidades habría de encontrarse con Garrett. Una mirada al reloj le indicó que la mujer se retrasaba diez minutos.

Oyó un coche y suspiró aliviada hasta que vio que era el

Maserati. ¡No podía ser! Se afianzó la correa del bolso en el hombro y fue a la puerta principal.

Garrett llegó frente a ella cuando había alcanzado el último escalón, lo que los dejaba a la misma altura, y Tori percibió en él una peculiar serenidad. Le tendió el pendiente.

–La dueña no ha llegado todavía. Ahora que has venido, puedo marcharme.

Garrett cerró su mano sobre la de ella.

–¿Puedes quedarte unos minutos? Quiero hablar contigo.

Tori sacudió la cabeza y liberó su mano. Ver a Garrett estaba rompiéndole el corazón.

Garrett le bloqueó el paso.

–Solo unos minutos –insistió.

–No tenemos nada que decirnos –Tori dio un paso a un lado para sortearlo e ir hacia el coche.

–Te amo.

Tori se quedó paralizada. ¿Había oído bien?

Garrett posó las manos en sus hombros y le susurró al oído:

–Te amo.

Tori se volvió hacia él y sacudió la cabeza.

–No digas eso. Tú no crees en el amor.

–Tú me has enseñado –Garrett le tomó la mano y se la besó–. Entra conmigo. Tengo un regalo para ti.

–No –Tori dio un paso atrás. Lo último que quería era un recuerdo de Garrett–. Dáselo a otra persona.

–Es solo para ti.

–No, Garrett –Tori no comprendía por qué le infligía aquel dolor; solo sabía que no podía creer en sus palabras–. Tengo que irme.

Garrett le tomó la mano.

–Tú también me amas.

–Te amaba cuando me fui. Eso no ha cambiado.

–Pero yo sí he cambiado. Deja que te lo demuestre.

Tori se mordió el labio inferior. Sonaba tan sincero…

–Cinco minutos.

A Garrett se le iluminó el rostro.

–No te arrepentirás. Ven –Garrett la llevó dentro y la condujo hasta la terraza.

Tori se estremeció.

–¿Por qué no entramos? Hace frío.

–Desde aquí veremos llegar a la señora Davis –explicó él.

Tori se frotó las manos.

–Encendamos el fuego –Garrett la llevó hasta la estufa, que estaba preparada para ser encendida. Luego se sentó al lado de Tori en un banco–. Te he echado de menos.

–Yo también a ti –dijo ella, mirándose las manos–. Solo han pasado dos días, pero parece un siglo.

–Lo mismo digo. Ahora en la mansión vive tu fantasma. No puedo dormir ni pensar en otra cosa que no seas tú.

–Me olvidarás –susurró ella–. Igual que has conseguido enterrar tus sentimientos.

–Tienes razón –Garrett le tomó la mano–. Y sin darme cuenta he acabado enterrando lo bueno junto con lo malo. Con el tiempo, me he conformado con proyectar mis sentimientos en las películas.

–Por eso contar historias es tan importante para ti.

Garrett le retiró un mechón de cabello de la cara y ella inclinó la cabeza. Ante sus ojos, empezaron a pasar motas blancas. Pensó que era algo que flotaba en el aire, hasta que algunas le cayeron en el regazo y se derritieron en sus vaqueros. Alzó la cabeza bruscamente. Copos de nieve descendían sobre la terraza.

Tori miró a Garrett asombrada.

–¡Está nevando!

–¡Feliz Navidad!

–¡Dios mío, Garrett! –Tori lloró de emoción. Garrett había convertido su sueño en realidad. Se abrazó a su cuello–. ¡Gracias!

–Tori, has transformado mi vida. Mi mal carácter no te ha impedido tratarme bien, provocarme, quererme. Incluso intentaste engañarme…

–Nunca me has dicho cómo supiste que no era Lauren –dijo Tori, sonriendo.

–Porque siempre sé cuándo eres tú –dijo él como si fuera obvio.

Tori todavía no estaba segura de poder creer que Garrett hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo.

–Yo no quería engañarte. Fue culpa tuya.

–¡Vamos, no niegues que me manipulaste! Y luego te mudaste aquí; y me arrastraste a ir a comprar árboles de Navidad, y

conseguiste que decorara uno. Hemos comido y desayunado juntos. Tori, me has dado un hogar. Ahora no puedes quitármelo.

Cada recuerdo que enumeró significaba algo para Tori. También para ella la mansión se había convertido en un hogar. ¿Podía arriesgarse a creer?

–Garrett, no puedes dar a un interruptor y cambiar de un día para otro. No dudo que lo desees, pero puede que dentro de un mes te resulte abrumador y quieras volver a estar aislado.

–Me dijiste que debía enfrentarme al dolor que me llevaba a comportarme así, o que acabaría aplastado bajo su peso. Sé que no puedo cambiar el pasado. Pero también sé que confío en ti, y que, si tú crees en mí, yo nunca dejaré de luchar por nosotros.

–¡Garrett, eso es precioso!

Tori se sentía avergonzada. Le había acusado de temer al amor sin darse cuenta de que ella había actuado de la misma manera. Por temor al poder que Garrett tenía sobre ella, había temido al amor.

Lo miró a los ojos y lo que vio en ellos hizo que su corazón se expandiera. Garrett se inclinó hacia ella y la besó delicadamente. Las murallas cayeron. También Tori confiaba en él. Con todo su corazón, con toda su alma.

–Te amo –susurró Tori contra los labios de Garrett.

–¿Te casarás conmigo?

Tori alzó la cabeza.

–¿No te parece que eso es ir demasiado deprisa?

Garrett volvió a besarla.

–¿Por qué ir despacio cuando estás seguro de algo? ¿Qué tal te suena una boda en San Valentín?

–¿Una boda en menos de dos meses? –a Tori le gustó cómo sonaba–. Afortunadamente, conozco una compañía muy buena que puede organizarla.

Una sonrisa iluminó el rostro de Garrett. Volvió a inclinar la cabeza para besarla y susurró:

–Me tomaré eso como un «sí».